



SEGUNDO LIBRO DE LA SERIE
SUEÑO AMERICANO

CONRAD

EMMA
MADDEN

CONRAD

Segundo libro de la serie Sueño Americano

EMMA MADDEN

—Cielo santo, coronel... cielo santo, cielo santo... ¡cielo santo!... Coronel, coronel... ¡coronel!

—¿Puedes callarte?

—No.

Negó rotunda y Conrad Williams frunció el ceño bastante incómodo, pero ya estaba metido en faena y no era el momento de parar la máquina, así que la besó para que guardara un poco de silencio y la empotró contra los azulejos oyendo como llegaba a un orgasmo escandaloso, tan escandaloso que salió de un salto de la bañera y del cuarto de baño.

—¿Dónde vas, coronel?

—Me llamo Conrad, no es necesario que uses mi rango aquí.

—Me gusta saber que siempre llevas el mando, guaperas.

—Ok...

Buscó la ropa por el suelo y ella se le acercó completamente desnuda, se le agarró la espalda y le mordió el hombro, pero él no le hizo caso y se puso los pantalones de pie, intentando huir de ahí antes de que fuera demasiado tarde.

Estaban en Turquía después de una misión bastante complicada en Oriente Medio, y había caído como un idiota en brazos de esa periodista de la CNN que lo llevaba persiguiendo años. Una tejana muy guapa con la que se lo había pasado bastante bien en más de una ocasión, pero con la que no le convenía mantener contacto. Ningún contacto, menos aun cuando él mismo había advertido a sus hombres que a la prensa mejor tenerla lejos, a una distancia prudencial siempre, por muy estadounidense que fuera.

—¿Te marchas a la Base de Pendleton?

—Esa es información confidencial, Jennifer.

—Esa es tu base, Conrad, tú y yo lo sabemos, solo pregunto por si me puedo pasar por San Diego un día de estos.

—Yo no lo haría.

—Joder, tío, eres insoportable. Vete a la mierda.

—Lo mismo digo. Adiós.

Agarró la chaqueta, la miró de reojo, salió al pasillo y cerró la puerta de la habitación pensando en llamar a uno de sus chicos para que lo recogiera en el hotel, pero se arrepintió de inmediato y bajó corriendo por la escalera de emergencia hasta la recepción dónde pidió un taxi a uno de los botones.

Con algo de suerte esa misma tarde estaría en casa, porque los movilizaban en pocas horas, y al fin podría dormir en su piso, en su cama, en Washington, donde lo habían destinado hacía seis meses, aunque casi nadie lo sabía, mucho menos sus “ligues de combate” como las llamaba él. Esas mujeres dispuestas y divertidas con la que llevaba manteniendo aventuras esporádicas por medio planeta desde que había ingresado en las Fuerzas de Operaciones Especiales de los Estados Unidos, hacía ya diez años.

—Coronel, tu primo se ha salido en el partido contra Dallas. Los Patriots ya tienen la Super Bowl en el bolsillo.

—Joder, me perdí el partido.

—Ya te digo, jefe.

Su sargento lo recibió con la buena noticia y él pensó en llamar a Bradley para felicitarlo, pero miró la hora y supuso que estaría celebrando la victoria con sus colegas, o durmiendo, porque tenía un bebé de dos meses y ya se sabía cómo era eso, así que tomó nota mental de contactar con él en cuanto pisara los Estados Unidos y entró en el dormitorio que le habían asignado en esa Base de Incirlik, decidido a ponerse cómodo para salir a correr un rato.

1

—Me vi el partido en el viaje de vuelta, menudo repaso a Dallas, mi comandante en jefe estaba muy cabreado.

—No nos lo pusieron fácil. ¿Cuándo vienes a Boston, tío?, no te veo desde mi boda.

—Lo sé, Brad, y es una faena, pero ya sabes que no depende de mí. Tal vez consiga escaparme la semana que viene y así conozco a Matthew. ¿Qué tal Eddie?

—Bien, también tiene muchas ganas de verte.

—¿Cómo lleva lo del hermanito?

—Genial, está encantado con el título de hermano mayor y nos ayuda muchísimo con el bebé.

—Es un chico estupendo. ¿Y Martina?

—Perfecta, preciosa, un poco cansada, pero está muy bien, todos estamos bien. A ver si es verdad y vienes a comprobarlo con tus propios ojos.

—Te doy mi palabra de honor, me pasaré por Boston a la primera ocasión.

—Más te vale.

—A ver si lo hago coincidir para cuando juguéis en casa. Mándame la agenda de partidos por email.

—La tienes en la página Web de la NFL, Conrad, búscate la vida. Tú míralo, decídetelo y aquí tienes tu casa, ya lo sabes.

—Lo sé, primo.

—¿Vas a ver a Robert?

—Sí, en una hora como con él, ahora que estoy en Washington es más fácil vernos, aunque también anda muy ocupado.

—Tú más que ninguno de nosotros.

—Ya, pero la cosa puede cambiar en cualquier momento. Tengo que dejarte, Bradley, saluda a tu mujer de mi parte, también a Tom y a Edward, espero veros pronto.

Colgó a su primo hermano, el gran Bradley Williams, Quarterback de los New England Patriots, y se puso de pie al ver que la enfermera le hacía una seña para que la siguiera por un pasillo muy elegante camino de la consulta del médico.

El Cuerpo de Marines de los Estados Unidos había decidido que los oficiales de alto rango, activos en las Fuerzas Especiales, o sea Marines como él, pasaran por un reconocimiento médico externo, fuera de la Base, para evitar algunas irregularidades que se habían producido en el pasado con bajas y altas, y licencias varias, y para comprobar que todos estaban bien y cuerdos desde el punto de vista civil, y no del militar, que manejaba una horquilla muy amplia para esas cuestiones, así que ahí estaba, en un hospital civil para dejarse examinar y tratar por unos matasanos que no conocían la naturaleza de su trabajo, ni de su entrenamiento, ni de su estupendo y robusto estado de salud.

Una puta pesadilla, pero eran las órdenes y él cumplía órdenes, así que en cuanto había pisado Washington había decidido someterse al protocolo y esa mañana, la cuarta en casa, iba a recibir los resultados de algunas de las pruebas antes de largarse a comer con su hermano.

—Pase, señor Williams ¿cómo está usted?

—Perdone —miró a ese pibón pelirrojo con cara de desconcierto y ella, desde su mesa y con una bata blanca, le indicó una silla.

—Siéntese... ¿pasa algo?

—¿Dónde está el médico?

—Yo soy el médico, la doctora Pine, siéntese, por favor.

—Me dijeron que hablaría con un tal... —miró los papeles y leyó Pine como un idiota, así que la miró encogiendo los hombros—. Disculpa, di por hecho que...

—¿Qué?

—Que sería un hombre o una persona de más edad, tú pareces una estudiante o... —sonrió notando que ella se ponía tensa y se levantaba muy seria.

—Tengo experiencia más que suficiente para atenderlo, señor Pine, pero si lo prefiere, haré que lo remitan a otro colega. No hay ningún problema.

—No, no, no pasa nada, es igual, si solo se trata de leer unos simples resultados ¿no? Vamos allá.

Se desplomó en la silla que tenía delante de su escritorio sin mucha ceremonia y apoyó la espalda en el respaldo estirando las piernas, dejó los papeles a un lado y respiró hondo antes de levantar la cabeza y mirarla a los ojos, unos impresionantes ojos marrones que parecían indignados u ofendidos, o algo peor, así que le regaló la más seductora de sus sonrisas, pero no funcionó.

—Le rogaría que se marchara, señor Pine, le pediré a Lucy que le dé hora con otro médico. Buenos días —agarró el teléfono y él estiró la mano para detenerla.

—¿Qué?, no, gracias, prefiero hablar contigo ahora. Estoy preparado.

—Tal vez la que no esté preparada para tratar con usted sea yo, así pues...

—Ok, mensaje recibido, lo que he dicho es injusto y estúpido. No dudo de tu capacidad y experiencia —insistió en tutearla y ella entornó los ojos—. Mis más sinceras disculpas. Te ruego, por favor, que hablemos de las pruebas, acabamos con esto y prometo dejarte en paz en seguida.

—Madre mía —masculló en español antes de sentarse y él sonrió.

—¿De dónde eres?

—¿Eso importa? —de nuevo la escopeta cargada y él levantó las manos en son de paz.

—No, no importa, solo es una pregunta inocente. Me encanta el español y llevo años intentando aprenderlo.

—Vaya... —se puso unas gafas muy sexys y se concentró en la pantalla del ordenador—. ¿A qué se dedica, señor Williams?

—Fuerzas armadas.

—Me refiero a Cuerpo, Unidad y rango.

—¿Eso importa? —la parafraseó y ella lo miró por encima de las gafas provocándole un subidón de testosterona instantáneo—. Cuerpo de Marines, Fuerzas especiales, coronel.

—Todos sus valores están en orden, coronel Williams. Tiene treinta y seis años y su estado físico general es inmejorable. El test de agudeza visual, oído y motricidad, óptimo, su prueba de esfuerzo, su electrocardiograma, su resonancia magnética y su PET Tac perfectos. No puede estar más sano, sin embargo, tiene parásitos estomacales, seguramente fruto del contacto con agua contaminada. Algo muy normal en el tipo de trabajo que usted realiza, porque viajará mucho y no siempre alojará en las mejores condiciones, ¿no?

—¿Eso es grave?

—El consumo de agua contaminada puede producir Dracunculosis, Esquistosomiasis,

Amebiasis, Criptosporidiosis o Giardiasis, pero no se preocupe, está usted demasiado fuerte y sano como para desarrollar alguna de estas enfermedades.

—¿Y qué puedo hacer al respecto?

—Procure hervir el agua y mantener una higiene básica cuando esté movilizado, lávese siempre las manos, no se meta en masas de agua almacenadas como piscinas, embalses o acequias, en resumen, trate de seguir el protocolo sanitario que seguro su Unidad ya se ocupa de recomendar. ¿Qué?

—¿Qué? —se dio cuenta de que estaba sonriendo y ella movió la cabeza otra vez enfadada—. Tenemos protocolos sanitarios y de higiene, pero si pudiera contarte las condiciones en las que a veces trabajamos sabrías que son imposibles de asumir, no obstante, lo tendré en cuenta, gracias.

—Me lo imagino, pero usted preguntó.

—Muy bien, ¿algo más?

—Si tiene cualquier molestia estomacal, como diarrea, dolor abdominal, vómitos o náuseas, venga a verme, pero creo que si sigue unos días más en casa eliminará cualquier problema y no hará falta que le hagamos un estudio más amplio.

—Ok.

—¿Duerme bien?

—Como un tronco.

—¿Ha hecho la evaluación psicológica de...?

—Cada seis meses, a veces después de cada misión. Todo en orden, no te preocupes.

—No me preocupo.

—Espero que esto de los parásitos no lo informes como un problema importante que me impida cumplir con el servicio.

—Por supuesto que no.

—Vale, pues, me voy. Muchas gracias.

Se puso de pie y ella con él, le extendió una carpeta con su expediente y él lo sujetó con una sonrisa, buscando algo de complicidad en esos ojazos que tenía, pero fue imposible porque esa mujer imponía una distancia helada a su alrededor, así que le guiñó un ojo y salió de la consulta a toda velocidad para ir a buscar a su hermano Robert, que trabajaba en el mismo hospital, pero en otra planta, concretamente en la de Urgencias.

—Tío, ¿qué tal todo? —Bobby lo abrazó y luego estiró la mano para que le dejara leer el informe médico— ¿Te tocó Frozen?

—¿Perdona?

—Anna Pine, la reina de hielo, Frozen la llaman todos los tíos del hospital.

—¿En serio?

—Es muy rarita, ¿te trató bien?

—Claro, un poco seca, pero yo tuve la culpa porque la ofendí un poco.

—¿Cómo?

—Le pregunté si ella era el médico o...

—¡Madre mía, Conrad!

—Es muy joven y está muy buena, jamás hubiese pensado que había médicas con semejante planta, chaval.

—Las hay y cada vez más —lo animó a caminar hacia el restaurante y él se volvió para mirar a

la doctora Pine, que en ese momento salía del hospital y se detenía en una parada de autobús mirando su Tablet—. Veo que estás como una manzana.

—¿Y los parásitos?

—Una nimiedad, normal con tus viajes por esos mundos de Dios. Yo te haría otras pruebas dentro de seis meses para descartarlos del todo. ¿Qué ha dicho Pine?

—Que no me preocupara. ¿Qué sabes de ella? —observó como se subía en el transporte público y luego buscó los ojos de su hermano.

—Que estudió fuera de los Estados Unidos, pero que hizo la especialidad en Georgetown, por lo tanto, que es una tía muy lista. Hay quien dice que está demasiado cualificada para atender consultas, pero que no ha encontrado otra cosa en Washington, que es dónde necesita vivir.

—¿Por qué?

—Por sus padres, creo.

—¿Dónde estudió?, la oí hablar en español.

—Una vez coincidimos en Urgencias y me contó que había vivido en medio mundo por culpa del trabajo de su padre y que su madre era española, igual por eso habla español, no lo sé, no suele confraternizar con nadie, ni se apunta a ninguna actividad fuera del hospital. Solo habla con su amiga Lili, que es un huracán oriental que da miedo.

—¿Qué?

—Tiene fama de come hombres, una verdadera fiera, o eso dicen.

—Siempre me ha alucinado el nivel de promiscuidad que tenéis en vuestro oficio, Bobby, en serio, luego dicen de los de “Anatomía de Grey”.

—El estrés se tiene que compensar con otras cosas más placenteras, hermano.

Se echó a reír a carcajadas y entraron al restaurante donde hacía un calorcito muy agradable. En pleno enero las calles de Washington estaban cubiertas de nieve y no subían de los dos grados, algo que Conrad disfrutaba especialmente, sobre todo después de pasarse mucho tiempo metido en el desierto, así que se sentó en su silla sin perder de vista la preciosa estampa invernal que los rodeaba.

—Me encanta el invierno y me encanta estar aquí.

—Papá dice que te van a dar otra medalla, ¿es cierto?

—Me han propuesto, pero no lo sé, ni quiero saberlo.

—No te voy a preguntar por qué, ya sé que no me lo vas a contar.

—No puedo —lo miró a los ojos y le sonrió—. He hablado con Bradley y le he prometido ir a Boston para conocer a su nuevo bebé y para ver a Eddie ¿Te apuntarías?

—Depende, no creo, pero dime una fecha concreta cuando lo tengas claro y a ver si puedo organizarme, cosa que dudo. Mamá y papá fueron a conocer al pequeño Matthew, dice mamá que Brad está como loco con él y con su mujer, y no me extraña porque está buenísima.

—Es una tía inteligente, normal y muy simpática, Brad se ha sacado la lotería con ella, y se lo merece.

—Estoy de acuerdo ¿Qué pedimos?, los chuletones de aquí son estupendos, creo que pediré eso y...

—¿Qué edad tendrá la doctora Pine? —preguntó por impulso y Robert apartó los ojos de la carta y lo miró.

—Veintiocho y lo sé porque las enfermeras le regalaron una tarta el día de su cumpleaños. Eso fue hace unos tres meses. ¿Por qué?

—Curiosidad.

—No te molestes, Conrad, no está a tu alcance.

—Eso lo dirás tú.

—Un guaperas ligón que nunca se sabe dónde está, con quién o qué hace, no es el mejor partido del mundo, hermanito. Te quiero, pero sabes que eres un puto desastre.

—Yo también te quiero, Bobby.

2

—Hola, papá, siento el retraso, pero he tenido que esperar a que Andy...

Entró corriendo en la Unidad de Hemodiálisis del Centro Médico Militar Nacional Walter Reed, en Bethesda, y sonrió a su padre, que leía un libro mientras pasaba por su sesión de diálisis. Él levantó los ojos y le devolvió la sonrisa sacándose las gafas.

—Te dije que cogieras el coche de tu madre, Annie.

—Lo sé, pero es que no me ha dado tiempo a pasar por casa, me endosaron un paciente a última hora y perdí quince minutos con él, luego Andy llegó tarde y... en fin, ¿cómo te encuentras?

—Perfectamente, como siempre —ella se acercó para mirarle las pupilas e hizo amago de coger su historial de los pies de la cama, pero él se lo impidió—. Quieta y cuéntame cosas divertidas antes de que vuelva tu madre de comer. ¿Has traído algo para picar?

—Sí, un bocadillo de tortilla, gracias a Dios que sobró algo de la cena de anoche. Un milagro.

—¿Has mirado lo del coche nuevo en los enlaces que te mandamos?

—No puedo comprarme un coche ahora, papá, el crédito universitario me está asfixiando.

—Porque tú quieres, nosotros...

—Vosotros ya me tenéis alojada en casa y me ahorro el alquiler, además, trabajando y viviendo en Washington D.C puedo hacer uso del transporte público perfectamente. No te preocupes —sacó su bocadillo de tortilla española y se le sentó al lado—. Hoy he tenido a uno de los tuyos en la consulta, el último paciente que me colocaron sin previo aviso.

—¿Sí? ¿de qué Unidad?

—Fuerzas especiales, un coronel joven y bastante arrogante.

—Esos chicos hacen un trabajo encomiable, hija, y son nuestro escudo contra el resto del mundo, no hables así de...

—Lo sé, pero eso no quita que muchos se crean Superman y rocen la mala educación.

—¿Te dijo algo?, ¿fue grosero?

—Dudó de que yo fuera médica. Seguro que pensó que era la enfermera o la secretaria de turno, sin quitar mérito a las enfermeras o las secretarias de turno, que también hacen un trabajo encomiable, pero estoy hasta el gorro de que me confundan con ellas y pongan en duda mi cualificación o mi experiencia.

—Eso pasa porque eres joven y pareces mucho más joven, la gente se confunde, los prejuicios son así y no puedes luchar contra eso, tesoro.

—Puedo pasarlo por alto cuando se trata de gente de cierta edad, pero este tío tiene treinta y seis años, bastante mundo por lo que ve, y me fastidió que preguntara dónde estaba el médico como si yo fuera un adorno allí, con mi bata blanca y mi estetoscopio... encima, después de aclararle de que yo era su doctora me suelta: “ok, me vale, total, solo se trata de leer los resultados de unas pruebas...”. ¿Se puede ser más maleducado?

—¿Te dijo exactamente eso?

—No son las palabras exactas, pero en resumen fue eso. Yo quise que se marchara para que lo viera un médico más de su estilo, el doctor Harris, por ejemplo, que tiene sesenta y siete años, pero no quiso irse y tuve que lidiar con él durante quince minutos.

—Jesús bendito, cuanto lo siento.

—La culpa la tiene el Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, por mandar a sus oficiales fuera del sistema sanitario militar a hacerse unos simples controles rutinarios. Ellos no se fían de nosotros y este coronel de las Fuerzas Especiales seguro que sigue pensando que estaba perdiendo el tiempo conmigo, que no conozco la naturaleza de su trabajo, ni sus protocolos médicos, etcétera, etcétera.

—¿No le dijiste que eras hija y hermana de marine?

—Por supuesto que no, entró con mal pie y no quise confraternizar con él.

—Annie... dime que al menos estaba sano —sonrió, cogiéndole la mano.

—Como un toro, acaba de volver de Oriente Medio y solo tiene lo previsible en estos casos, pero nada más, afortunadamente, porque espero no tener que volver a verlo en mi vida.

—¡Annie! ¿qué tal, hija? —Su madre entró en la habitación y le besó la cabeza—. Ya me ha dicho tu hermano que te había dejado en la entrada. Lo he visto de refilón en la cafetería, tenía dos operaciones de urgencia.

—Sí, dos apendicectomías, nada serio. ¿Qué tal tú?

—Bien, ¿te ha dicho tu padre que hemos avanzado en la lista de espera?

—No, ¿en serio?, eso es estupendo.

—Sí, esta tarde le pongo una velita a mi virgen del Rocío —esto último lo dijo en español y con su acento andaluz, y Anne le apretó la mano—. Me he encontrado con William Forbes en el ascensor y me ha preguntado por ti, aún no ha tenido noticias sobre tu posible entrevista de trabajo.

—Eso no depende de mí, yo envié mi expediente a recursos humanos hace un mes. Perdonad —sintió el teléfono móvil, lo sacó del bolso y respondió a Lili pensando que se trataba de un tema de trabajo—. Hola, Lili, ¿qué hay?

—Gretchen se va a vivir con su novio y deja libre la habitación, ¿la vas a querer tú o no?

—Pues no lo sé —salió al pasillo y se apoyó en la pared pensando en que esa era una gran noticia, pero respiró hondo intentando no precipitarse—. Me encantaría, pero hasta que no le hagan el trasplante a mi padre no quiero dejarlos solos en casa.

—Vivo a diez minutos de casa de tus padres, Anna.

—Sí, pero...

—Se va dentro de un mes, igual ya han conseguido un riñón y le han hecho el trasplante. ¿Te pongo la primera en mi lista?. Tienes veintiocho años, no puedes seguir viviendo con tus padres, guapa.

—Ok, hazlo, cruzaremos los dedos.

—Así me gusta. Otra cosa, el próximo viernes celebraremos el cumpleaños de Jeff en el Bier Baron Tavern, espero que te apuntes y no nos dejes tirados.

—Si mi padre está bien y no me cambian los turnos, allí estaré. Necesito un poco de distracción y hace mil años que no salgo.

—¿Te puedes traer al buenorro de tu hermano ahora que vuelve a estar soltero?

—Madre mía.

—Vamos, Anna, que Andrew también necesitará distraerse.

—Se lo preguntaré.

—Ok, hasta mañana y saludos a tus padres.

Adiós, susurró y miró el trajín de esa Unidad de Hemodiálisis conteniéndose para no meterse en faena, porque su impulso inicial siempre era querer colaborar cuando veía batas blancas,

pacientes u olía a medicinas o el inconfundible aroma a cortisona. No podía evitarlo, era así desde siempre, desde bien pequeña y, a pesar del cansancio que llevaba encima por su propio trabajo, podría haber seguido de guardia un rato más y tan a gusto.

Adicta al trabajo, trabajólica, la había calificado un sicólogo laboral de Georgetown, y ella le había contestado que afortunadamente, porque un médico que no vivía para su trabajo no podía superar los diez años de formación, entre la carrera y la especialidad, el internado, las guardias, los turnos inhumanos y el estrés constante, y el tío se había callado la boca y le había dado el visto bueno para que la contrataran en el hospital universitario. Toda una hazaña teniendo en cuenta que había tiros por conseguir una plaza allí, aunque fuera para ejercer de currante para todo, que era lo que estaba haciendo ella desde hacía casi dos años.

El móvil volvió a sonar y lo miró de reojo sin ganas de contestar, pero al ver que se trataba de Diego respondió de inmediato en español y con una gran sonrisa.

—Hola, cariño.

—Hola, guapísima, ¿cómo estás?, ¿puedes hablar?

—Sí, estoy en el hospital con mi padre. Le quedan dos horas para acabar la diálisis.

—¿Y cómo va todo?, supongo que no hay ninguna novedad.

—Ninguna, aunque mi madre dice que hemos avanzado en la lista de espera, no sé yo si...

—Bueno, tendremos paciencia —la interrumpió y ella oyó un poco de interferencia—. Tengo muchas ganas de verte.

—Y yo a ti, pero mientras esto no avance, ya sabes...

—Lo sé, no te preocupes. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien y Lili me ha avisado de que se queda sin compañera de piso, así que a lo mejor me mudo con ella, tengo unas semanas para pensarlo.

—Hazlo, no lo pienses y hazlo, tienes que vivir con algo de normalidad, cari, tienes que salir un poco de tu zona de confort y pasártelo bien, y seguro que con Lili te lo pasas genial.

—Ya, lo sé, la semana que viene su novio celebra su cumpleaños, así que saldré de fiesta con ellos.

—Así me gusta, tú disfruta un poco y desmelénate.

—¿Tú qué tal?

—Bien, solo quería despedirme porque me voy a Kuando Kubango, a la frontera con Namibia, y no sé cómo andaremos de cobertura.

—¿Te vas muchos días?

—Lo que tarde la misión, tenemos vacunas y un oftalmólogo recién llegado de Granada, así que aprovecharemos al máximo los recursos.

—Estupendo, cariño, me alegro mucho.

—Ya te contaré, tengo que de-jar-te... —se empezó a cortar la llamada y ella respiró hondo.

—Hasta luego, yo también te quiero.

3

“El Mando de Operaciones Especiales de las Fuerzas del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos está formado por expertos en contraterrorismo y cuenta con más de tres mil hombres y mujeres. Fue creado el 23 de noviembre del año 2005 por el Secretario de Defensa Donald Rumsfeld, activado oficialmente el 24 de febrero de 2006 y forma parte de las Fuerzas de Operaciones Especiales de los Estados Unidos. Se trata de un cuerpo de élite constituido por los mejores mujeres y hombres de este país, un orgullo para los Marines y solo podemos felicitarlos y honrarlos con un fuerte aplauso”.

La gente se puso de pie para aplaudirlos y Conrad Williams bajó la cabeza un poco azorado, porque no estaba acostumbrado al reconocimiento público de su trabajo y porque, además, odiaba esas cenas de gala entre los mandos y los oficiales de alto rango en la que sus hombres, sus compañeros, su Unidad, no participaba, cosa que le parecía bastante injusta.

Aguantó el tirón lo mejor que pudo, miró a sus dos colegas, otros dos oficiales igual de incómodos que él, les sonrió y brindó con champagne por su nueva distinción militar, la Medalla por Servicio en la Guerra Global contra el Terrorismo, pensando en largarse cuanto antes de allí porque, desde luego, tenía otras cosas mucho más relajantes que hacer.

—¿Qué haces con todas las medallas?, ¿se las das a tu madre, a tu novia o a tu mujer, quizás?
—Barbara Higgins, una de las jefazas de Defensa, lo detuvo por el brazo y él sonrió.

—Van todas a un cajón.

—Eso me gusta, nada vanidoso. ¿Tienes un minuto, Conrad?, me gustaría hablar contigo.

—¿De qué se trata?

Salieron de ese salón de ceremonias del Edificio Eisenhower, sede de la Oficina Ejecutiva del presidente, y también sede de la Oficina del vicepresidente, y miró a esa mujer a los ojos. Ella, que no debía tener más de cincuenta años y que presumía de ser un verdadero bellezón, respiró hondo y se acarició el collar de perlas antes de hablar.

—La CIA necesita gente como tú, me lo han...

—No, no, no, no vayas por ahí, ya os he dicho que no me interesa, al menos por ahora.

—¿Y qué piensas hacer cuando dejes las Fuerzas Especiales?. Tienes treinta y seis años, estás en tu mejor momento, pero hay que pensar en el futuro y entrarías en la CIA con tu rango y...

—Ya pienso yo solito en mi futuro, gracias —zanjó la charla levantando la mano y ella asintió.

—Ya hablaremos más adelante.

—No hace falta. Ahora debo irme y muchas gracias.

Se despidió de ella muy educado y salió corriendo camino de su casa, que no estaba muy lejos del Edificio Eisenhower, para sacarse el uniforme, ponerse algo más cómodo y volar a un famoso local del centro donde su hermano estaba celebrando el cumpleaños de uno de sus colegas.

Una ocasión perfecta para distraerse con civiles, lejos del trabajo, de las charlas entre Marines y de todo el estrés que tenía encima. Llevaba casi dos semanas inactivo, solo trabajando desde el despacho, pero el estrés era incluso peor que en el terreno, así que una buena noche de juerga con Bobby y sus compañeros le vendría de perlas.

—Te presento a Lili Cho, la novia del cumpleaños.

Robert lo abrazó para darle la bienvenida y luego le presentó a esa chica tan sexy con una gran sonrisa. Ella se puso de puntillas y le dio un par de besos en la mejilla, a lo europeo, dejando claro que era una mujer de mundo y muy cariñosa.

—Vaya, vaya con el hermanito de Robert Williams, deberían patentaros, chicos —comentó coqueta, mirándolo de arriba abajo, y él sonrió—. Vuestra familia debería ser reconocida como patrimonio nacional, estáis todos buenísimos.

—El hermanito es él, yo soy mayor catorce meses.

—¿Ah sí? Entonces sabrás bastante más de la vida.

—Eso seguro.

—Ya veremos, Conrad... —le guiñó un ojo y luego hizo un gesto hacia el local lleno de gente—. Entra y diviértete, mi novio es ese que está intentando beberse un barril de cerveza, los demás son sobre todo gente del hospital. Pasadlo bien y guárdame un baile, guapetón.

—Gracias.

Miró a Bobby muerto de la risa, muy sorprendido por el desparpajo de esa doctora tan directa y divertida, y se giró hacia la barra para buscar con los ojos al cumpleaños, pero en el recorrido se encontró con una figura mucho más guapa e interesante, y que no esperaba ver por allí, así que se despidió de su hermano y se encaminó hacia ella sin pensárselo dos veces.

—Doctora Pine, buenas noches.

—¿Perdona? —ella lo miró entornando los ojos, sin oírlo muy bien por el ruido de la música, pero en seguida lo situó y se puso seria—. Vaya por Dios.

—Menuda sorpresa, me encanta volver a verte. ¿Quieres una copa?

—Tengo una copa, gracias. ¿Qué hace usted aquí?

—¿Vas a seguir tratándome de usted? —le regaló su célebre sonrisa demoledora, pero ella ni parpadeó—. Me llamo Conrad, estamos en un bar, podemos tutearnos, y estoy aquí porque mi hermano Robert me ha invitado.

—¿Robert?

—Robert Williams.

—¿Eres hermano del doctor Williams?, ¿el de Urgencias?

—El mismo, gracias por tutearme.

—¿Por qué no me lo dijiste en la consulta?

—No lo vi necesario. ¿Qué tal estás?, ¿de verdad no quieres otra copa?, esa cerveza ya no tiene muy buena pinta.

—Está bien, yo no bebo y esta me parece perfecta. No sabía que eras familiar de alguien del hospital. ¿Qué tal va todo?, ¿qué tal el MARSOC (1)? ¿No han vuelto a movilizarte?

—Se ve que no. Espera un segundo —fue a la barra, pidió dos botellines de cerveza y volvió con ellos sin quitarle los ojos de encima—. Mejor el botellín, se conserva mucho mejor. Controlas muchos términos militares, en tu consulta ya me llamó la atención.

—Mi padre es marine, retirado, pero marine, y mi hermano...

—¿En serio?, ¿eres hija de un camarada?. Eso mejora incluso más las cosas.

—¿Qué cosas?

—Nada, es una forma de hablar. ¿Por qué no me lo dijiste cuando nos conocimos?

—Tampoco lo vi necesario.

—¿Por eso hablas español?, ¿viajaste mucho por el trabajo de tu padre?

(1)MARSOC. Mando de Operaciones Especiales de las Fuerzas del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos

—Viajé mucho por su trabajo, pero no hablo español por eso, principalmente lo hablo porque mi madre es española, de Cádiz, se conocieron cuando a él lo destinaron a la Base Militar de Rota.

—Tengo un primo casado con una chica de Madrid, se casaron el año pasado en Segovia y estuve allí porque me pillaba cerca. Me encanta España.

—A mí también me gusta mucho, pero los Estados Unidos también es mi hogar, mi padre es de Baltimore. ¿Tú eres de Washington?

—No, soy de Nueva York, me crié en Long Island, aunque mi madre es de Brooklyn y mi padre de Polson, Montana.

—Adoro Nueva York. ¿Vives allí o...?

—No tengo una casa fija, ahora estoy destinado en Washington D.C, pero antes estuve en San Diego y...

—La Base de Pendleton —dijo moviendo la cabeza—. También vivimos allí dos años. San Diego es estupendo, pero yo era muy pequeña y apenas lo recuerdo.

—Ah...

La miró con atención, completamente fascinado por la facilidad con la que había conectado con ella, y se enganchó a esos ojos oscuros tan bonitos que tenía, y luego en sus pecas de la nariz, en su la boca, en su pelo pelirrojo suelto, ondulado y tan sexy, y sin querer bajó los ojos por su cuerpo dando fe de que estaba buenísima sin la bata blanca. Tenía un cuerpazo, era preciosa, y se detuvo más de lo necesario en su blusa, poniéndose un poco nervioso por la impresión que le produjo ver que se le marcaban sutilmente los pezones a través de un sujetador demasiado fino.

—Annie, ¿va todo bien? —un tiarrón alto y serio se le acercó por la espalda y la sujetó por la cintura mirándolo a él con el ceño fruncido.

—Sí, todo bien, este es el coronel Conrad Williams, hermano de un compañero del hospital. Conrad, te presento a mi hermano Andrew.

—Encantado —lo saludó con alivio al saber que era hermano y no novio, y luego observó un poco impotente como la apartaba de él para llevársela hacia el fondo del local.

—¿Te han dado plantón? —preguntó Lili poniéndose a su lado y él asintió—. No te preocupes, ya tendrás ocasión de volver a hablar con ella, la noche acaba de empezar.

—Al menos no era su novio —bromeó y tomó un sorbo de cerveza mirando con descaro el precioso trasero de la doctora Pine.

—Ese no era su novio, pero sí tiene novio, deberías saberlo.

—¿Ah sí?, ¿dónde está?

—En Angola, es cirujano de Médicos sin Fronteras.

—¿En serio?, ¿dónde en Angola? —le prestó toda su atención y vio por el rabillo del ojo como su hermano se le acercaba con otra chica para presentársela.

—Conrad, te presento a Rudy, estaba deseando conocerte. Es la mejor enfermera de Urgencias del hospital...

—Hola, Rudy, encantado, disculpa... —la ignoró y volvió a fijar los ojos en Lili Cho—. ¿Dónde en Angola?, ¿cómo se llama?, el año pasado estuve cuatro veces allí y a lo mejor lo conozco.

—¿Qué hacías tú visitando cuatro veces Angola?

—Por trabajo, y siempre pasamos a visitar los campamentos de Médicos sin Fronteras.

—Está en Kuito, el verano pasado Anna y yo fuimos como voluntarias un mes entero, qué lástima no haber coincidido contigo.

—Una lástima, sí. Conozco ese campamento, ¿quién es el novio de Anna?

—Diego Elezama, español, es cirujano y lleva una maternidad muy eficiente en la zona.

—Sé quién es —rememoró la pinta de ese médico español joven y tan currante, y de repente recordó un detalle que lo hizo fruncir el ceño.

—¿Qué pasa?

—Nada, una tontería.

—Ok, seguid pasándolo bien. Voy a por más champagne.

Lili se fue y él miró a su hermano un poco desconcertado. Movi6 la cabeza y se acab6 la cerveza pensando en ir a buscar otra.

—¿Qué ha pasado?, ¿de verdad conoces a ese tío? —interrogó Bobby y él asintió— ¿Y?

—Nada, solo es que lo he visto varias veces y... —Guardó silencio, pero al ver que Rudy se alejaba de ellos para saludar a alguien, miró a su hermano a los ojos y habló bajito—. Siempre va con su novia, una doctora francesa muy juerguista que no se parece en nada a la doctora Pine.

—¿En serio?, ¿estás seguro?

—Completamente. Además, Diego Elezama se ha emborrachado con nosotros en más de una ocasión y nunca ha mencionado que tenga una novia en Washington, pero, en fin, eso no es asunto nuestro ¿no?

—Pues no.

—Ok. ¿Te hace otra cervecita?

4

—Es nuestro mejor analista.

—Tú eres nuestro mejor analista.

—Conrad, por favor...

—No, David, no pienso dejarte marchar tan fácilmente. Si te quieres largar, tendrás que pelearte conmigo.

Su analista jefe, su mano derecha, lo miró y se sacó las gafas para restregarse los ojos. A él le daba mucha lástima tener que presionarlo así, pero no pensaba dejar que se marchara de la noche a la mañana al sector privado teniendo un trabajo en marcha. Una operación gigantesca que ambos habían levantado de la nada, así que dio un paso atrás y se cruzó de brazos sin intención de ceder.

—Peggy está embarazada otra vez.

—Lo sé y te conseguiré un bono, un aumento, lo que quieras, pero hasta que no acabemos con esta operación no me puedes dejar tirado, yo no lo haría.

—Vale, me quedo, pero solo hasta que vayáis y os carguéis a esos cabrones.

—O hasta que los traigamos aquí para que sean juzgados con todas las garantías.

—Está bien.

Le chocó los puños, lo miró de reojo y luego le dio la espalda para perderse por un pasillo. Conrad lo siguió con los ojos, respiró hondo y miró la sala llena de gente trabajando a buen ritmo, con los cascos puestos delante de ordenadores con pantallas de alta resolución, mientras algún asistente tomaba notas y fijaba objetivos en un mapamundi digital que ocupaba toda una pared.

Estaban en uno de los sótanos del Pentágono, en una zona de seguridad máxima, aislados del mundo y sin ventanas, pero le encantaba trabajar allí, rodeado de gente experta y especializada.

—Señor, su hermano lo ha llamado por la línea privada —Tracy, una de las asistentes, se le puso delante con las manos a la espalda—. Y recuerde la comida con el almirante Nicholson a la una y la reunión en el Edificio Eisenhower a las tres.

—¿Qué hermano?

—No lo sé, señor, no se lo pregunté.

—Ok, gracias.

—Lo siento, señor, no sabía que tenía más de un hermano. —Tengo dos, la próxima vez pregúntele quién es. Gracias, puede retirarse, soldado O'Brian.

Ella se cuadró y él entró en el despacho para desplomarse en su butaca, miró la hora e imagino que lo había llamado Robert y no Parker, que a esas horas estaría durmiendo en Australia.

Agarró el teléfono fijo y marcó el número de su hermano pequeño mirando la pantalla del ordenador, esperó tres tonos de llamada y él contestó con la voz algo agitada.

—¿Me has llamado, Bobby?

—Sí, tío, ¿no tienes el móvil operativo?

—No en el trabajo. ¿Qué pasa?, ¿va todo bien?

—Bueno, sí, no sé. Tu amiga, la doctora Pine, ha bajado a Urgencias y me ha pedido tu número de teléfono, no sé si puedo dárselo y...

—¿En serio?

Frunció el ceño pensando en esa chica tan guapa a la que no había vuelto a dirigir la palabra en la fiesta del Bier Baron Tavern, no después de enterarse de que tenía novio oficial, un novio que además él conocía, y estiró las piernas intuyendo problemas.

—¿Por qué quiere mi número de teléfono?

—Se ha enterado de que conoces a su novio y... bueno, lo que dijiste de su novia francesa y...

—¿Qué?!, ¿cómo se iba a enterar de eso?, solo te lo dije a ti. ¡Joder, Robert! ¿te fuiste de la lengua?

—Lo comenté esa noche con Rudy, no sabía que eran tan amigas, y ella va y se lo suelta y...

—¡Me cago en la puta, Bobby! No había ninguna necesidad de...

—Lo sé y lo siento, pero en medio de una noche loca se dicen cosas sin pensar.

—Pues no, no se dicen cosas sin pensar. Uno siempre debe mantener un mínimo de control, coño ¿No has aprendido nada?

—No trabajo en Inteligencia, ni en las Fuerzas Especiales, solo soy un ser humano normal y corriente que comete errores, así que ahórrate la charla, ya sé que la he cagado bien. Lo importante ahora es que me digas si le puedo dar tu número de móvil o le digo que te has largado a la Conchinchina y que no se puede contactar contigo.

—No, dale mi número de teléfono, no voy a esconderme, hombre ¿Quién coño te crees que soy? —bufó indignado y se puso de pie.

—Vale, vale, no te cabrees tanto, repito que lo siento mucho. Voy a llamarla y le pasaré tu número, seguro que puedes salir de esta.

—Eso es lo de menos, lo que preocupa es haber infringido un daño innecesario, e involuntario, a esa chica, perjudicando de paso a Diego Elezama, que es un tipo cojonudo.

—La culpa ha sido toda mía, ya se lo he dicho a ella.

—Joder... —se pasó la mano por la cara y respiró hondo.

—¿Has llamado a Cindy?. Ya me ha preguntado por ti dos veces y solo son las diez de la mañana del lunes. Ha pasado todo el fin de semana, Conrad.

—No, no voy a llamarla.

—Tío...

—Solo fue un polvo rápido en el coche, Bobby, no hay más. ¿Sabes algo de Parker y Taylor?

—No, nada.

—Ok, ya los llamaré, me pidieron una comprobación de seguridad y está hecha. En fin, te dejo, hermano, tengo mucho trabajo.

Le colgó bastante cabreado, porque Bobby era un buenazo y un tío muy listo, pero un bocazas que no aprendería jamás a callarse, y volvió a su silla pensando en la doctora Pine, la guapísima doctora Pine, que se había convertido en intocable nada más saber que tenía pareja. Nunca se liaba con mujeres comprometidas (salvo una vergonzosa excepción) y esa era una máxima sagrada, y muy saludable, que mantenía a rajatabla, aunque la chica en cuestión le gustara muchísimo.

“No hagas a los demás lo que no quieres que te hagan a ti”, decía su madre siempre, y en lo tocante a mujeres, solía aplicarse el cuento. No pensaba meterse en medio de ninguna historia, ni robarle la chica a nadie, menos a esas alturas de su vida, así que Anna Pine, por muy guapa o muy sexy que fuera, y aunque lo pusiera a cien, ya estaba descartada, y el caso es que eso lo fastidiaba bastante.

—Diga —contestó al teléfono fijo y la soldado O'Brian habló con su sequedad habitual.

—Una llamada personal, señor, de una tal doctora Anna Pine. ¿La contesta o solo cojo el mensaje?

—Pásemela, O'Brian —se apoyó en el escritorio y cerró los ojos tratando de imaginar de dónde había sacado ella ese número de teléfono—. Hola...

—¿Conrad Williams?

—Sí, Anna, soy yo. ¿Cómo has podido localizarme aquí?

—Tengo mis contactos. Necesito hablar contigo, ¿podemos vernos en algún momento?

—Dime cuándo y consulto mi agenda.

—Hoy a cualquier hora del día, si eres tan amable de concederme unos minutos de tu tiempo.

—Oye...

—Estoy trabajando, tú también, y no puedo entretenerme. Dime a qué hora y dónde, y allí estaré.

—¿Estás bien?

—Dime una hora, por favor, no te quitaré demasiado tiempo. Lo prometo.

—Ok, a las seis en el Winston Café, está muy cerca del Edificio Eisenhower ¿Te viene bien?

—Perfecto, muchas gracias, hasta las seis. Adiós.

Le colgó y él se quedó mirando el auricular un poco desconcertado. No es que tuviera miedo de algo, pero estaba claro que esa tarde no le esperaba nada bueno y se maldijo por haberse metido donde no lo llamaban.

5

Seis años, seis años de noviazgo que en la práctica sumarían unos dos, porque lo suyo con Diego Elezama siempre había sido muy raro por culpa de la distancia.

Él iba dos cursos por delante en la carrera de medicina, en la Universidad Autónoma de Madrid, cuando se habían conocido. Era guapo, inteligente, solidario, altruista, cariñoso, su primer novio en serio, y lo adoraba, o eso creía, porque llevaba dos días, todo el fin de semana, intentando determinar qué era lo que realmente sentía por él, y todo por culpa de ese tío, Conrad Williams, que había tenido la gran idea de comentar en público que conocía a su chico de Angola, aunque allí tenía otra novia.

¡Maldita sea! Bufó saliendo del hospital, dónde había sobrevivido a una jornada de pena por culpa de sus cuitas sentimentales. Agarró el teléfono y llamó a sus padres para avisarles que llegaría tarde y que se quedaba por el centro. Comprobó que su padre estaba bien y decidió coger un taxi hasta el Café Winston, en Maryland Ave., muy cerca del Smithsonian, su museo favorito, aunque esa tarde no estaba el horno para museos.

Encima, Diego ilocalizable, porque andaba cerca de la frontera de Namibia con su equipo y no había forma humana de dar con él. La historia de su vida, porque desde que ella se había mudado a Washington para hacer el internado y la especialidad en Georgetown, hacía cuatro años, él se pasaba los días incomunicado, sin cobertura u ocupado en cosas muy importantes, lo que empeoró cuando decidió entrar en Médicos sin Fronteras y largarse a África. Opción muy loable, admirable, pero una decisión que los había acabado por separar irremediamente, aunque le costara aceptarlo delante de los demás.

Desde que sus padres se habían instalado definitivamente en los Estados Unidos, tras veinticinco años de mudanzas y viajes por todo el mundo, y la oportunidad de hacer la especialidad de Medicina Interna en Washington se había concretado, habían empezado sus problemas de pareja de verdad. Diego no soportaba ni la política ni la sociedad estadounidense, no entendía que ella dejara Europa para acabar asfixiada por el sistema de vida americano, y que al poco tiempo él firmara un contrato indefinido con la ONG de sus sueños había desatado la hecatombe, no la definitiva porque tras seis meses separados habían vuelto a empezar, pero sí la madre de todas las crisis. Una crisis que los había dejado tocados, no lo podía negar.

Llevaban un año, después de los seis meses de ruptura, intentado recomponerlo todo, por cabezonería de ella, por amor o por lealtad, no estaba segura, pero los dos seguían tratándose como novios e incluso ella había pasado un mes entero de voluntaria en su campamento de Kuito para estar cerca de él.

Aunque no era el mejor momento, teniendo en cuenta el empeoramiento en la salud de su padre, había decidido ir a verlo, por convicción y porque quería poner de su parte para solucionar las cosas, sin embargo, desde que había vuelto de Angola se sentía extraña, ajena a Diego y a su mundo, y era cierto que él no paraba de hablar de una tal Celine, una médica de Marsella que, le cabían pocas dudas, podía ser la novia de la que Conrad Williams hablaba.

Entró en el Café Winston quince minutos antes de su cita con el marine de las Fuerzas

Especiales y consiguió una mesa en medio del mar de personas que se congregaba allí a esas horas. Parecía un sitio de moda y la zona estaba repleta de edificios y oficinas gubernamentales, así que era normal que estuviera rodeada de gente, aunque no era lo que más le apetecía en ese momento y para la charla que pensaba mantener con el coronel Williams, al que de repente vio aparecer por la calle de enfrente.

En la consulta apenas lo había mirado y en la fiesta del novio de Lili estaba demasiado oscuro para apreciar lo increíblemente sexy que era ese tiarrón de metro noventa de estatura y que vestía increíblemente bien.

Parpadeó sin poder apartar la vista del ventanal de la cafetería y siguió sus movimientos mientras él trataba de cruzar la calle. Llevaba un pantalón de pitillo azul marino y un abrigo clásico oscuro, abierto a pesar del frío, lo que dejaba a la vista una camisa blanca preciosa. El pelo claro, largo para tratarse de un oficial de las fuerzas armadas, pero perfectamente cortado y peinado, barba de tres días y unas gafas de sol carísimas, aunque ya estaba oscureciendo.

Era guapísimo, parecía un modelo o un actor de cine, y carraspeó un poco alterada antes de bajar la vista y dejar de espiarlo como una acosadora.

—Hola, que puntual.

La saludó y se sacó el abrigo dejando a la vista su camisa blanca inmaculada, que se ajustaba perfectamente al cuerpazo esbelto y bien torneado que tenía, la cintura estrecha, al abdomen plano. Ni un gramo de grasa, recordó involuntariamente de sus informes médicos, y tuvo que mover la cabeza para espabilar y dejar de babear como una colegiala.

—Hola, Conrad, siento haberte hecho venir así, de improviso, pero...

—Ya sé de qué se trata y no me importa, lo que sí me importa y necesito aclarar antes de nada es... —se sentó y miró a su alrededor— ¿Quién te dio mi número de teléfono de la oficina?

—Tengo mis contactos, ya te dije que mi padre era marine.

—Has llamado a una zona de alta seguridad del Pentágono, necesito saberlo.

—Dios bendito —susurró y miró por la ventana comprendiendo perfectamente su preocupación, así que decidió responder con sinceridad—. El almirante Peter Nicholson es mi padrino, lo llamé y le pedí tu contacto en Washington, alegando que era un tema médico. Se lo pensó, pero teniendo en cuenta de que se lo pedía yo, que soy hija del Cuerpo de Marines y una persona de confianza, me facilitó el número de tu asistente. Tampoco es para tanto, no me ha filtrado tu ubicación en Oriente Medio.

—¿Peter Nicholson es tu padrino?. Acabo de comer con él.

—Lo es, es un gran amigo de mi padre.

—Debes entender que, aunque Nicholson sea uno de mis jefes, esto no es lo más reglamentario, pero, en fin, ahora te daré mi móvil personal. Por favor —levantó la mano para llamar a la camarera y ella observó sus ojazos azules muy intensos y sus pestañas largas con la boca abierta

— ¿Ya has pedido, Anna?, ¿qué quieres tomar?

—Un capuchino, por favor.

—Que sean dos, gracias —respiró hondo y le clavó los ojos pegándola al respaldo de la silla —. Robert me ha contado que Rudy te dijo...

—Sí, espera —le sonó el móvil en el bolso y lo sacó viendo que se trataba precisamente de Diego. Se puso de pie y lo miró haciéndole un gesto de disculpa—. Lo siento, tengo que contestar, es importante.

—Claro, no hay problema.

—Gracias —salió a la entrada de la cafetería y respondió viendo que se ponía a nevar otra vez —. Hola, Diego.

—Hola, ¿me has estado llamando? Tengo varios mensajes tuyos, pero apenas puedo hablar, estamos muy liados. ¿Va todo bien?, ¿qué tal tu padre?

—No te quitaré más de dos minutos, solo quiero saber si tienes novia en Angola y si yo soy la última en enterarme...

Soltó sin paños calientes y él se quedó mudo. No había interferencias, de hecho, se oía bastante bien, así que esperó a que reaccionara convencida de que la había escuchado perfectamente.

—Anna.

—Por la amistad, el pasado juntos y todas esas cosas que suelen decirse, dime la verdad, creo que me la merezco.

—Sí, estoy saliendo con alguien, pero no quería decírtelo hasta no verte en persona.

—¿O sea nunca? —se apoyó en la pared y cerró los ojos— ¿Quién es?, ¿Celine?

—¿Cómo lo sabes?, ¿quién te lo ha dicho?

—Eso es lo de menos, Diego, no seas capullo. ¿Desde cuándo?

—Un tiempo.

—¿Cuándo fui a Angola hace seis meses ya estabas con ella?

—Sí, pero... ella sabía que existías tú y quiso darnos un tiempo porque al fin y al cabo tú y yo y... en fin, Anna, que llevas cuatro años en Washington, eso no hay pareja que lo aguante.

—¿Ahora es mi culpa que tú salgas con otra y encima me mientas durante meses?

—No estoy diciendo eso, solo digo que...

—Mira, que me engañes es una mierda, pero que me mientas durante no sé cuánto tiempo es de lo peor, en serio, de lo peor.

—Lo siento, pero no pude evitarlo, ha surgido así y no tengo la cabeza para resolver estas historias. Tengo un trabajo muy importante y de responsabilidad, Anna, tengo vidas en mi mano y lo último en lo que pienso es en discutir contigo sobre mi vida personal.

—¿Tu vida personal?, yo era parte de tu vida personal.

—Sí, lo sé, pero todo se ha desmadrado. Celine llegó en un momento crucial, estamos juntos y es lo que hay, no puedo decirte más.

—Solo bastaba con contármelo, tampoco me voy a morir porque me dejes por otra, lo nuestro lleva años haciendo aguas.

—Lo sé y es un alivio poder hablarlo contigo.

—Madre mía —soltó una risa sin poder creerse lo idiota que era y volvió a entrar en la cafetería—. Solo bastaba con decírmelo y no engañarme como si yo te importara una mierda. Adiós, Diego.

—Anna, no se lo digas a tus padres o a Andrew, por favor, no quiero que se lleven una mala impresión de mí, me gustaría explicarme, hablarlo con ellos antes de que tú...

—Tú eres gilipollas, chaval.

Le colgó realmente sorprendida de lo egoísta y capullo que era y regresó a la mesa donde ese monumento de los Estados Unidos, ese producto nacional americano y auténtico, la estaba esperando con una taza de Capuchino en la mano. Se le acercó por la espalda y él al verla se puso de pie como un caballero.

—¿Va todo bien?

—No, no va todo bien, o sí, no estoy segura. Paso del Capuchino, ¿me invitas a una copa o a dos en alguna parte?

—Por supuesto.

—Gracias, salgamos de aquí, me estoy ahogando.

6

Giró en la cama y la luz que entraba por la ventana la hizo cerrar los ojos primero y entrar en pánico después. Se sentó de golpe y una jaqueca descomunal le provocó náuseas, se levantó corriendo, entró en el cuarto de baño y vomitó hasta la última papilla.

Tenía una resaca de campeonato, pero gracias a Dios no tenía guardia, era martes y lo tenía libre porque había cubierto a una compañera hacía una semana y ella se lo pagaba ese día, afortunadamente. Gracias a Dios, Amanda Burton estaba esa mañana en su puesto y recordarlo la reconfortó de inmediato, porque no se habría podido perdonar jamás el dormirse en un día laboral.

—¿Annie?, ¿estás bien?

Su madre entró en la habitación y se asomó al baño para mirarla a través del espejo. Ella negó con la cabeza y volvió a vomitar con ganas de morirse. Hacía un siglo que no se emborrachaba, tal vez desde que había acabado la carrera, y verse en esa tesitura delante de su madre acabó por hacerla sentir aún peor.

—¿Te hago una tizana, hija?

—Sí, gracias, pero ahora necesito un momentito a solas.

Le cerró la puerta y se metió debajo de la ducha para intentar espabilarse y dejar de parecer una beoda. No solía beber, nunca, y no tenía aguante con el alcohol, así que tendría un aspecto lamentable y le daba mucha vergüenza viviendo, como vivía, con sus padres.

Puso el agua caliente al máximo de potencia, apoyó una mano en los azulejos y cerró los ojos sintiendo el agua sanadora sobre su cabeza, sin pensar en nada hasta que de pronto recordó que se había pillado semejante cogorza delante de un desconocido, el coronel Williams, que la había llevado de copas por Georgetown después de haber roto con Diego por teléfono.

Madre mía, que vergüenza, susurró, queriendo morirse de verdad. Apenas recordaba nada, pero sí se acordaba de haber empezado con unas cervezas en un pub muy bonito, dónde se entretuvieron hablando de todo, después pasar a comer perritos calientes a un antro de lo más pintoresco, y poco más. En el segundo pub se había pasado a los Gin-Tonic y esa había sido su perdición. Lo siguiente había sido llorarle y contarle sus penas, dejar que la subiera a un taxi y... ¡Me cago en la leche!

Se salió de la ducha con el corazón a mil y buscó el albornoz con el alma y el cuerpo revueltos.

Había acosado y atacado a ese pobre hombre en el taxi. Algo borroso se le venía a la cabeza, pero estaba segura de que lo había abrazado y besado, y tocado de manera nada santa mientras él había respondido a los besos con ese estilo masculino y formal que tenía, como un caballero, aunque ella se lo había puesto bastante difícil.

—Annie, ha llamado Conrad para saber cómo estabas, le he dicho que acabas de despertar. Llámalo cuando puedas —su madre le habló a través de la puerta y ella parpadeó confusa, le abrió y la miró a los ojos.

—¿Conrad?

—Sí, el pobre nos ayudó a meterte en la cama. Estabas muy pesada, Annie, dale con no querer dormir y...

—¿Me acompañó a casa?, ¿lo dejasteis entrar? —la voz le salió aguda y se apoyó en el escritorio intentando parecer serena.

—Claro, te trajo y una vez aquí se presentó y nos ayudó a subirte a la habitación. Te tuvo que coger en brazos porque parecías una niña pequeña corriendo por el salón, cariño. Ni tu padre ni yo nos podíamos hacer contigo. Gracias a Dios él se ofreció para meterte en cintura y luego se quedó un rato charlando con papá antes de...

—¿Qué?!, ¿sabes que apenas conozco a ese hombre, mamá?

—No, no lo sabía y menos al verte tratándolo con tanta confianza.

—Joder, joder —se sentó en la cama y por el rabillo del ojo vio aparecer a su padre—. Lo siento, siento mucho que me hayáis visto así, no sé que me pasó, pero es que...

—Estás estresada y con mucha presión, tesoro, no pasa nada porque descontroles un poco —le dijo él con una media sonrisa y ella movió la cabeza—. Al menos estabas en buenas manos.

—He visto al coronel Williams tres veces en mi vida, no lo conozco apenas.

—Aun así se comportó como un caballero, cuidó de ti y no se fue hasta no dejarte a salvo en tu cama.

—Nos contó que está en el MARSOC y que colabora con la unidad de Peter. Un chico estupendo —opinó su padre muy solemne—. Le dimos el teléfono de casa y lo invitamos a cenar, aunque es difícil concretar una fecha con él teniendo en cuenta la naturaleza de su servicio.

—Madre mía... —se tapó la cara con las dos manos y respiró hondo.

—Bueno, luego lo llamas, ahora descansa un poco más, necesitas dormir.

—No lo voy a llamar, ni siquiera es amigo mío, quedé con él porque... —subió los ojos y los miró a los dos recordando el motivo primigenio de su cita con Conrad Williams, carraspeó y decidió poner las cartas sobre la mesa—. Tengo que contaros algo, no os vayáis, por favor.

—¿Qué pasa?

—Diego y yo hemos roto, por teléfono como os podéis imaginar, pero esta vez es definitivo.

—¿Qué ha pasado?, a lo mejor es una crisis más y...

—No, mamá, no es una crisis más, se ha enamorado, tiene otra novia, me ha estado engañando mucho tiempo y esta es la gota que ha colmado el vaso. Se ha acabado y el caso es que me siento bien, incluso aliviada, así que no le demos más vueltas.

—¿Tiene otra novia?, imposible.

—Él mismo lo ha confesado, así que...

—Virgen santísima, que lástima, con la pareja tan bonita que hacéis.

—Bueno, estas cosas pasan. No quiero hablar más del tema, solo quería que lo supierais por si llama e intenta marearos con sus explicaciones absurdas.

—Si tú no quieres que hablemos con él, no lo haremos, Annie, no te preocupes.

—La verdad es que me da igual, yo solo quiero pasar página y concentrarme en otras cosas. Hay un cursillo de Farmacología Siquiátrica que quiero hacer y que ahora me podré pagar con el dinero que tenía ahorrado para viajar a Angola.

—Mi niña.

Su madre dio un paso al frente y la abrazó con fuerza contra su pecho, ella cerró los ojos y se echó a llorar más por agotamiento que por otra cosa.

No quería pensar en nada, ni darle vueltas al tiempo que había perdido esperando a Diego, ni en los años echados a la basura por culpa de la distancia y sus decisiones, ni en los planes rotos. Solo quería desahogarse y dormir, olvidar, y cuánto antes, mucho mejor.

7

—¿De España?, ¿de dónde?

Martina, la mujer de su primo Bradley, se detuvo en medio de la cocina y se giró para mirarlo a los ojos. Él dio un paso atrás y se encogió de hombros sin tener una respuesta muy precisa para eso.

—Si te digo la verdad no lo tengo claro, sé que su madre es de Cádiz, que ella nació en el Hospital Naval de Rota y que hizo la carrera de medicina en Madrid, pero, en realidad, se ha pasado toda la vida viajando por el mundo, residiendo en bases militares americanas por el trabajo de su padre, que es de Baltimore, así que no sé de dónde se puede decir que es. Ahora lleva cuatro años viviendo en Washington.

—Un poco de todas partes.

—Exacto, aunque habla un español perfecto y fluido.

—¿Ah sí? —sonrió y él asintió convencido.

—Sí, hablo muy poco español, pero entiendo bastante y sé reconocer un buen acento. Gajes del oficio.

—Pues me encantaría conocerla...

—¡Martí!, dice papá que no podemos ir a la barbacoa de Harry porque no quiere que vayamos solos y él estará en San Francisco y... —Eddie, su sobrino de once años, entró muy enfadado y miró a su “madrstra” con las manos en las caderas.

—Cariño, tu tío Conrad y yo estamos hablando.

—Lo siento, pero es que...

—Es que nada, Edward —Brad lo interrumpió entrando en el office con su bebé en brazos, y dejó las servilletas y el mantel sobre la isla central de la cocina—. Si he dicho que no, es no, no intentes camelarte a Martina, ¿queda claro?

—Pero es que es en casa de su abuelo, hay un lago y...

—¿Podemos discutirlo más tarde?, ahora le iba a poner un café a Conrad, por favor —Martina los miró a los dos con los ojos muy abiertos y el pequeñajo se giró y regresó al salón aireado. Bradley se acercó a ella y le dio un beso en la boca.

—Mi primo es de confianza, podemos discutir delante de él, no se va a asustar —le guiñó un ojo y ella movió la cabeza—. Y en realidad no hay nada que discutir. No vais a salir de la ciudad con un bebé de tres meses los dos solos para ir a una puñetera barbacoa. Fin de la historia.

—¿Fin de la historia?, ¿tú crees?

Ella dejó el paño de cocina sobre la encimera y frunció el ceño. Bradley Williams, el famoso Quarterback de los New England Patriots, entornó los ojos y se quedó mudo, sin apartar la vista del semblante serio de su guapa mujer, que lo manejaba con el dedo meñique, decían sus hermanos, aunque ella era una chica sensata y nada manipuladora, afortunadamente.

Conrad sonrió y se apartó en silencio para dejarlos a solas porque, aunque era de confianza, no quería inmiscuirse en sus cuitas familiares. Conocía muy bien a Bradley, que más que un primo era su hermano, y sabía, fehacientemente, que no iba a dejarlo correr y que necesitaría aclarar la

cuestión de la barbacoa en ese mismo instante y no después, así que regresó al salón para que hablaran tranquilos, y se asomó a la terraza para mirar la lluvia cayendo sobre el centro de Boston, una de las ciudades más bonitas de los Estados Unidos.

Cerró los ojos y pensó en que llevaba apenas veinticuatro horas allí y ya le había hablado a Martina de Anna Pine, esa doctora preciosa y peculiar que lo tenía un poco descolocado desde que la había conocido.

Nunca hablaba de sus chicas a la familia, bueno, al menos no a las mujeres de la familia, ni a personas que conocía poco, como a Martina, que llevaba menos de un año casada con Brad, y tampoco es que Anna Pine fuera “su chica”, ni mucho menos, pero no era muy normal que no se la pudiera quitar de la cabeza y que acabara hablando de ella a la mujer de su primo, por muy española que también fuera.

Caer en eso le produjo una desazón extraña y abrió la puerta de cristal de la terraza para salir a fumarse un pitillo. No solía fumar en casa, solo en las misiones o en servicios muy jodidos, pero siempre llevaba un paquete de Camel por si acaso y lo sacó del bolsillo de la camisa para fumarse un cigarrillo e intentar aclarar la cabeza.

La pura verdad es que la doctora Pine había pasado de él como de la peste. Hacía un mes que no sabía nada de ella.

Un día después de dejarla en su cama, en casa de sus padres, borracha como una cuba, habían hablado dos minutos por teléfono, dos minutos en los que ella le había pedido disculpas por haber descontrolado tanto, y le había agradecido su paciencia y que la acompañarla a casa, nada más. Desde entonces ni una palabra, y él tampoco había hecho nada por buscarla.

Le encantaba esa chica, estaba buenísima, era preciosa, lista, divertida, inteligente, trabajadora. Tenía mil cualidades que él admiraba en una persona, pero sabía que podía convertirse en un problema y él no quería problemas, mucho menos de índole sentimental.

Durante la tarde noche de juerga que se habían pegado por Georgetown ella se había soltado y le había contado todas sus penas, empezando por la enfermedad de su padre, que la tenía desolada y la hacía sentir una inútil impotente, hasta la ruptura con su novio Diego, esa especie de héroe de Médicos Sin Fronteras que, en las distancias cortas, o sea con ella, se había comportado siempre bastante mal.

—Sólo le importan sus proyectos, sus sueños, su realización personal —le contó cuando ya iba por el tercer Gin-Tonic—. Le importa una mierda si yo lo necesito, o si estoy al borde del colapso porque mi padre se muere delante de mis ojos... no le interesa cuando le ruego que venga y me abrace o simplemente se ponga al teléfono cuando lo llamo. Nada de eso le importa, porque él tiene cosas mucho más elevadas que hacer, como desvivirse por personas que no conoce, mientras deja a su novia de un montón de años abandonada a su suerte.

—Bueno, la gente altruista y solidaria es a veces un poco desastre con sus allegados, lo he visto en más de una ocasión.

—Eso no me consuela.

—Lo sé, pero...

—¿Sabes que me dijo que salía conmigo solo porque era la tía más buena de la facultad?. Eso me dijo el muy capullo y yo no le di una patada en el culo. Es mi culpa si he perdido seis años de mi vida esperando a un gilipollas como ese.

—Todo suma, nunca se pierde.

—Claro que se pierde, Conrad. Se pierden años, oportunidades, sueños, ilusiones. Yo nunca le he sido infiel, y he tenido mil opciones para hacerlo, siempre he sido leal y comprensiva. Me he hecho miles de kilómetros para verlo, aunque fuera un día, he contestado al puto teléfono a cualquier hora del día y de la noche si necesitaba hablar... lo he dado todo y ahora tengo veintiocho años y tengo que empezar de cero, cuando debería estar teniendo hijos, que es lo que de verdad quiero. Mi padre de sesenta y seis años, que es lo que más quiero en el mundo, se va consumiendo delante de mis ojos sin que yo, que soy una puñetera doctora graduada en Georgetown, pueda hacer nada por impedirlo, y el hombre que se supone que me quiere ni se inmuta.

—Ok, lo entiendo, no llores más...

—Vivo con mis padres para no dejarlos solos y poder resolver cualquier contingencia médica que pudiera surgir, aunque a ellos les digo que es porque no tengo dinero. No tengo vida, estoy hecha una mierda y el puto Diego se lía con otra y me la pega bien en Angola, y si no hubiese sido por ti aún seguiría siendo la cornuda oficial de Médicos sin Fronteras.

—Bueno, no sé, me siento bastante culpable de haber desatado todo esto, no era mi intención, yo...

—¿Tú? Tú hiciste lo que tenías que hacer, porque eres un hombre de honor y un caballero, un marine como mi padre y como mi hermano, un señor de verdad, no como ese puto bastardo infiel y mentiroso. Ven aquí...

Entre lagrimones le había plantado un beso, uno ansioso y largo que a él casi le cuesta la vida, porque una descarga eléctrica descomunal lo remeció de arriba abajo nada más tocarla, sobre todo cuando los besos no pararon, ni los abrazos, y ella se le subió encima para intentar que le hiciera el amor ahí mismo, en el pub, delante de todo el mundo.

Al verla descompuesta y perdiendo el norte decidió llevársela a casa y había sido una odisea sacarla del local atestado de gente y mantenerla de pie en la calle, dónde el aire frío empeoró la borrachera y provocó que se pusiera aún más exigente y besucona, porque no paraba de besarla. En el taxi, dónde consiguió que le diera su dirección, volvió a subírsele encima y lo tocó descaradamente como si él fuera de piedra, y sin querer terminó excitándose y devolviendo los besos con la misma pasión, mientras ella lo atrapaba entre sus muslos y no lo dejaba escaparse.

No le hizo el amor porque estaba sereno y sobrio, pero llegó a casa de sus padres al borde del colapso, y le costó Dios y ayuda mantener la compostura delante de ese matrimonio encantador que le dieron la bienvenida en su hogar como si lo conocieran de toda la vida.

Tenía treinta y seis años y mucha vida y mundo recorridos, pero nunca había visto una borrachera tan infantil, tan inocente, tanto que se le llenó el alma de ternura y se armó de paciencia para hacerse con ella, calmarla, cogerla en brazos y meterla en su cama. Una cama de chica adolescente donde la dejó vestida y durmiendo a pata suelta después de darle un beso en la frente. La experiencia más rara de toda su vida.

Tras eso charló con sus padres, que le contaron que Anna no bebía nunca alcohol y que estaba sometida a mucha presión y preocupaciones, que la disculpara, y había compartido una taza un té con ellos y se había despedido prometiendo volver, pero nunca lo hizo, y seguramente nunca lo haría, aunque sí los había llamado al día siguiente para interesarse por el bienestar de su hijita adorada que, según le explicó la señora Pine, estaba viviendo avergonzada la mayor resaca de toda su vida.

Y eso había sido todo. Dos días después, ya recuperada, Anna lo había llamado al móvil, le había pedido disculpas y le había agradecido su trato con ella. Todo en ese tono correcto y distante que solía usar con la gente, y con él antes de la noche de juerga. Un tono helado y rígido que lo había partido en dos. No sabía muy bien por qué, pero lo había dejado hecho polvo, y seguía así cuatro semanas después, incluso allí, en Boston, donde Bradley y su familia lo habían recibido con los brazos abiertos.

—¿Fumando, macho? —susurró Brad a su espalda y él apagó el pitillo.

—Ya, fumo muy poco y ¿Matthew?

—Durmiendo. ¿Estás bien? —buscó sus ojos y Conrad le sonrió—. ¿Va todo bien en el trabajo?

—Va todo bien, solo estoy un poco cansado. ¿Tú que tal?, ¿has solucionado lo de la barbacoa?

—Le pediremos a Charly que lleve a Edward temprano a la casa del abuelo de su amigo y luego a Martina para que lo recoja por la tarde. Un acuerdo in extremis, porque no me hace gracia que salga con el bebé de la ciudad, pero, bueno... no pueden quedarse encerrados aquí porque yo juegue fuera de Boston, en eso tienen razón.

—Eres como una gallina clueca.

—Ya lo serás tú cuando llegue tu momento, es marca de la casa.

—Tu café, Conrad —Martina llegó a la terraza con una taza de café español del bueno.

—Muchas gracias, lo que más echo de menos de Europa es el café.

—Este está muy bueno, te daré un paquete para que te lo lleves, igual puedes invitar a tu amiga Anna a una tacita en casa.

—¿Qué amiga Anna? —preguntó Brad agarrando a su mujer para abrazarla por la espalda.

—Una médica medio española que conocí en Washington, se lo conté antes de Martina, nadie especial.

—¿En serio?, ¿nadie especial?. No te creo.

—En serio, me atendió en una revisión médica y la he visto un par de veces más porque su padre es marine, su padrino es mi jefe y... ¿qué? —vio que sonreía de oreja y se puso serio.

—Algo de especial debe tener si la has nombrado aquí. Nos conocemos, primo, que nos conocemos.

—Tío Conrad, ¿quieres jugar una partida de Assassin's Creed antes de irnos a la cama? —interrumpió Edward y él asintió.

—Hecho, vamos allá.

—Con él no, Eddie, que es un profesional, te va a machacar.

—Mejor, así aprendo.

Conrad tomó el último sorbo de café y salió detrás del niño, pero antes cruzó una elocuente mirada con Martina, que con sus ojazos oscuros le recordó, no pudo evitarlo, a la preciosa y sexy doctora Pine.

8

Sí que era mala suerte, pensó al verlo y se giró rápido buscando el rincón más apartado de la sala de espera del Aeropuerto Logan, en Boston. Una maldita casualidad, teniendo en cuenta que llevaba un mes entero intentando no encontrárselo por Washington.

Se puso las gafas y los cascos y se concentró en la Tablet, donde tenía al menos dos novelas para leer. Con algo de suerte él cogería otro vuelo y lo perdería de vista de inmediato, o cogería el suyo, pero iría en *Business*, concluyó, hundiéndose en su asiento, intentando pasar desapercibida, aunque no pudo evitar mirar de reojo la pinta espectacular de ese tío tan guapo, Conrad Williams, que destacaba en medio del gentío quisiera o no, porque era un espécimen masculino de sobresaliente.

Repasó su *look*, las botas vaqueras que llevaba, los *jeans* desteñidos, la camiseta blanca y sus gafas de sol. Cargaba una maleta de cabina, negra y con ruedas, y una chaqueta y un periódico en la mano. Iba un poco despeinado y se desplomó en uno de esos asientos tan incómodos sin mirar a nadie, aunque a él más de una chica lo miraba con descaro al pasar por su lado. Lógico, porque estaba como un tren.

Cerró los ojos y pensó en su boca tan sexy, que sabía de maravilla, y en lo suave de su piel, porque recordaba perfectamente que le había metido mano por debajo de la camisa, y en sus brazos tan fuertes, en su cuello oloroso a una tenue colonia de hombre... estaba muy borracha la noche que lo había acosado, primero en el pub y después en el taxi, pero recordaba perfectamente algunos detalles del hostigamiento al que lo había sometido. En realidad, no se lo podía quitar de la cabeza y a veces hasta se excitaba recordando que lo había tenido a su entera disposición, mientras él la había besado como los ángeles.

Por descontado, eso era lo que más la avergonzaba, ni la borrachera, ni las confesiones entre lágrimas, ni lo pesada que se había puesto, no, lo que de verdad le daba muchísima vergüenza era su comportamiento inapropiado, su falta total de respeto, su conducta bochornosa y fuera de lugar, porque si la cosa hubiese sido al revés, es decir, si él se le hubiese echado encima de esa manera, seguro que habrían acabado en comisaría con una denuncia por abusos o por lo menos por acoso sexual. Eso lo tenía clarísimo y cada vez que lo pensaba se quería morir.

Encima, ni siquiera sabía si estaba casado, comprometido o con novia, daba por hecho que un hombre como él y de su edad lo estaría, y eso la mortificaba por triplicado, porque entonces era para matarla.

Afortunadamente, Conrad Williams no la había denunciado, al contrario, se había portado como un sol, como un caballero con ella, la había cuidado y protegido, había tranquilizado a sus padres, y después había tenido el detalle llamar para preocuparse por su bienestar. Le faltaban palabras para agradecer lo impecable de su actuación, pero era incapaz de decirle lo que de verdad sentía y se había limitado a llamarlo dos minutos para pedirle disculpas y darle las gracias, nada más, porque el pudor le impedía ser más comunicativa. Una pena, porque él se merecía muchísimo más.

Con ese sentimiento de culpa encima había hecho lo que siempre hacía, refugiarse en el trabajo y en los estudios, aislarse del mundo y tratar de olvidarse de él, porque con algo de suerte no tenían por qué volver a coincidir en Washington, una capital con casi un millón de habitantes. No

tenía por qué volver a verlo, ni enfrentarse a sus vergüenzas, y así llevaba un mes, hasta ese mismo instante en Boston, en el aeropuerto, una jugada del azar que no habría podido ni imaginar, ni mucho menos controlar.

Apartó la vista de la Tablet y lo buscó con los ojos, pero ya no lo vio, lo que le provocó alivio y tristeza a la vez. Se puso de pie para comprobar el panel de vuelos, vio que el suyo estaba embarcando y caminó con decisión hacia su puerta de salida, dando gracias a Dios porque él no la había descubierto agazapada detrás de una columna.

—¿Doctora Pine? —le preguntó una azafata muy amable en cuánto el avión despegó y ella la miró con cara de sorpresa.

—Sí, ¿pasa algo?

—Tengo un par de asientos libres en primera clase y usted es cliente habitual y preferente. ¿Quiere acompañarme?

—¿Yo?, no, gracias, estoy bien, solo por una hora y media no vale la pena. Gracias.

—Por favor, acompáñeme, se lo ruego, tengo que seguir un orden de preferencia.

—Ok, está bien.

Agarró sus cosas y siguió a esa mujer tan insistente por el pasillo, pensando en por qué no le pasaban esas cosas cuando viajaba de Madrid a Washington y se tiraba once horas volando en clase turista.

Entró en la amplia y silenciosa zona de los privilegiados, y la azafata le indicó una butaca libre junto a una ventanilla, ella asintió, se acercó al sitio y se sentó esquivando la butaca vacía del pasillo, que tenía un periódico y una chaqueta esperando a alguien. Se acomodó en ese espectacular butacón, miró por la ventana e inmediatamente oyó su voz saludándola con total normalidad.

—Doctora Pine, vaya sorpresa —le dijo con una gran sonrisa y esos ojazos azules brillantes, y ella sintió como se ponía roja hasta las orejas.

—Hola, Conrad, qué casualidad.

—No tanto, te vi en la sala de espera y le he pedido a Peggy que te buscara un asiento libre a mi lado. ¿Cómo estás?

—¿Cómo dices?

—Peggy está casada con un sargento de mi Unidad, es amiga, no te preocupes.

—¿Perdona? —preguntó con ganas de salir huyendo, pero estaba encajonada entre la ventana y Conrad Williams, así que bufó enfadada y fijó los ojos en la ventanilla—. No hacía falta, pero gracias.

—Un placer, así hablamos. ¿Qué tal está tu padre?, ¿cómo va eso?

—Está igual, gracias, seguimos sin noticias de un riñón, pero estamos esperanzados.

—Joder, cuánto lo siento, si yo pudiera hacer algo...

—Darle un riñón, pero no creo que tus superiores te permitieran donar, aunque fueras compatible, pero muchas gracias por preguntar.

—¿Y tú qué tal?, ¿qué hacías en Boston?

—Un seminario médico. ¿Y tú? —giró la cabeza y lo miró de frente, perdiéndose en esa mirada transparente que tenía, y se le contrajo el estómago. Él sonrió y suspiró antes de hablar.

—Vine a pasar el fin de semana con mi primo Bradley y su familia, es el primo que está casado con una chica española. ¿Recuerdas que te lo comenté? —ella asintió con ganas de besarlo y se cruzó de brazos—. No conocía a su bebé, que ya tiene tres meses, así que aproveché unos días y... en fin, todo muy familiar y tranquilo.

—¿Son de Boston? o ¿solo viven allí por trabajo?

—Él es de Nueva York, pero vive en Boston por trabajo, juega en los New England Patriots.

—¿Los Patriots? —no pudo disimular la emoción, porque era el equipo de su familia, y parpadeó relacionando los nombres—. ¿No serás primo de Bradley Williams?

—Del mismo —sonrió y volvió a fijar los ojos en los suyos, aunque de repente deslizó la mirada y la posó en su boca de una forma muy intensa—. ¿Te gusta el fútbol?

—Sí, mi padre, mi hermano y yo somos de los Patriots, admiramos muchísimo a tu primo. Vaya, es increíble.

—Un día, si quieres, te lo presentó, es un tío estupendo.

—Eso parece, y ahora que lo dices, claro que sé que está casado con una chica de Madrid, una periodista muy guapa. Fue el notición del año pasado.

—Exacto.

—¿Y el bebé es niño o niña?

—Niño, por supuesto.

—¿Cómo que por supuesto?

—Esta rama de los Williams somos todo chicos.

—¿Cómo?, ¿a qué te refieres?

—Mi abuelo Mark, nacido y criado en Polson, Montana, tuvo tres hermanos y una hermana, se casó con mi abuela Mary y tuvieron tres hijos varones: Mark, el padre de Bradley, Parker, mi padre, y mi tío Robert, que a su vez se casaron y tuvieron solo chicos, diez en total, de los cuales han nacido, de momento, doce nietos, todo varones. Las únicas mujeres de la familia son por matrimonio.

—No me lo puedo creer, es insólito.

—¿Un café? —Peggy, la azafata, les puso unas enormes tazas de café en la mesita de Conrad y luego se marchó guiñándoles un ojo.

—Gracias, Peggy.

—¿Haces esto muy a menudo?

—¿El qué?

—Pedir a tus contactos en aviación civil que recoloquen a tus amigas.

—Solo cuando mis amigas son muy guapas —soltó una carcajada grave y Anna, completamente obnubilada, se quedó observándolo con la boca abierta.

—Vale, prefiero no saberlo.

—No lo hago nunca, en serio, te doy mi palabra de *Boy Scout*, solo lo he hecho por ti, para verte y charlar un rato. Ha pasado un mes desde nuestra salida nocturna por Georgetown y tenía muchas ganas de volver a verte.

—No te he llamado porque he estado muy ocupada con el trabajo, mi padre y he empezado un curso de Farmacología Siquiátrica, no tengo tiempo ni de respirar, pero...

—No pasa nada, yo tampoco he llamado.

—Ya, pero soy yo la que te debía un agradecimiento como es debido por lo bien que te portaste conmigo y...

—Déjalo. ¿Tú tienes muchos hermanos?

—No, solo somos Andrew y yo, que me saca ocho años. Mis padres soñaban con una gran familia, pero no pudo ser.

—Conocí a Andrew en el cumpleaños de ese chico del hospital, ¿no?

—Sí, ese mismo. Es de los tuyos, es oficial médico de los Marines, actualmente trabaja como

cirujano en el Walter Reed.

—¿Trabaja en el Centro Médico Militar Nacional Walter Reed? —ella asintió—. ¿Cómo no me habías dicho nada?

—No sé, tampoco había surgido el tema hasta ahora.

—¿Y está en activo?

—Sí, es capitán médico de la 29 Palms y ha servido en Irak y en Afganistán, también estuvo un año en la Base de Okinawa y en Virginia, pero se ha divorciado, tuvo una separación muy complicada, y pidió el traslado a Washington para estar cerca de la familia.

—Vaya, lo siento.

—Ya, una lástima, sobre todo para mis padres, que siguen sin tener nietos, que es lo que más quieren en el mundo, pero Andy está bien aquí, le gusta su trabajo y tiene cientos de pretendientes, así que se ha recuperado muy rápido.

—¿Y tú qué tal?, ¿cómo llevas lo de Diego?, ¿has vuelto con él?

—No, por Dios, no quiero saber nada de eso. Aunque te monté un pequeño drama, te lo juro, romper con él es lo mejor que nos podía haber pasado a los dos, porque hace tiempo que estábamos juntos más por inercia que por otra cosa.

—¿O sea que estás bien? —ella asintió convencida—. Estupendo, me alegro por ti.

—¿Y tú qué tal estás?, ¿qué tal el trabajo?, ¿no te han movilizado?, ¿te movilizan pronto?

—Bien, bien, no y no sé.

—Vale, coronel, recibido. ¿Qué? —se echó a reír y preguntó al ver que no le quitaba los ojos de encima y que se quedaba en silencio.

—Estaba pensando en que te ríes poco, a pesar de tener una sonrisa preciosa.

—Señores pasajeros, les habla el comandante Wilson —interrumpió la voz de ese hombre y Anna tragó saliva y miró por la ventanilla roja de vergüenza otra vez—. Estamos a punto de aterrizar en el aeropuerto Internacional Washington-Dulles, llueve en el Distrito Federal y la sensación térmica es de seis grados. Gracias por viajar con nosotros y los esperamos en su próximo vuelo. Buenas tardes.

El vuelo se había pasado rapidísimo y ella se sentía como en la gloria junto a ese hombre tan atractivo y simpático con el que hablar se le hacía tan fácil, así que se bajó del avión flotando, muy feliz, escoltada en todo momento por él, que al llegar a la terminal le dijo que la llevaba a casa porque tenía su coche en el aparcamiento. Una oferta que no pudo rechazar y que sirvió para que siguieran charlando como si se conocieran de toda la vida.

—¿Directo a Pleasant Plains? —le preguntó saliendo del aeropuerto y ella negó con la cabeza.

—No, acabo de mudarme un poco más al norte, a Park View, a casa de mi amiga Lili.

—Ok, vamos allá.

—¿Tú dónde vives?

—En Dupont Circle.

—Vaya, qué bonito.

La miró, le guiñó un ojo y enfiló hacia su nueva casa charlando de todo un poco, aunque tenía tendencia a quedarse en silencio escuchando, algo que a ella le encantaba en la gente, pero especialmente en los hombres, porque odiaba a los tíos parlanchines o fanfarrones que no paraban de hablar de batallitas, de coches o de lo mucho que triunfaban en su trabajo. Eso no lo soportaba y que Conrad Williams fuese discreto y algo silencioso no hacía más que sumar puntos a su ya alta calificación general como tío estupendo al que le interesaba conocer un poco mejor.

—Me mudé el jueves, la noche antes de volar a Boston, y tengo todo manga por hombro, pero

puedo invitarte a un café o a un refresco, si quieres.

Se atrevió a decírselo en la puerta del piso, hasta donde él insistió en acompañarla para ayudarla con la maleta, pero al ver que dudaba, le entraron las prisas y metió la llave en la cerradura sin mirarlo a la cara.

—Es tarde, seguro que quieres irte a tu casa, otro día.

—No he dicho nada.

—Son las ocho de la noche y me imagino que...

—¿Qué?

—No sé, que tendrás cosas que hacer, si quieres yo...

—Ahora que no tienes novio lo único que quiero es besarte.

—¿Eh? —parpadeó como una idiota y él le sonrió y dio un paso inclinándose para besarla, pero ella le puso una mano en el pecho.

—¿Y tú?, ¿tú tienes novia, mujer o algo parecido?

—Yo no tengo de esas cosas.

—¿Esas cosas?

—No tengo mujer, ni exmujer, ni novia, ni nada parecido porque soy un tipo libre y con una vida muy complicada. ¿Suficiente?

—Creo que sí...

Entonces fue ella la que dio un paso, lo agarró por la camiseta y le pegó un beso en la boca, deleitándose en ese aroma tan varonil y peculiar que tenía. Conrad la sujetó por la cintura y separó los labios para acariciarle la lengua con la suya, con tanta maestría que ella soltó un quejido de placer notando como la metía dentro de la casa y cerraba la puerta de un portazo.

Antes de llegar a su habitación ya se habían sacado los abrigos besándose como locos, porque deseaba con locura a ese tío tan guapo, y no era capaz de mostrar ni paciencia, ni recato, y muchos menos hacerse la estrecha, así que lo empujó dentro del dormitorio y lo ayudó a sacarse la camiseta a la par que ella se quitaba las botas y los vaqueros de un tirón y se quedaba en ropa interior observando como él hacía lo mismo.

Tenía un cuerpazo, pura fibra y entrenamiento militar, y se humedeció entera, no podía controlarlo, así que lo tiró encima de la cama y se le puso encima besándole el pecho y el cuello y buscando su boca mientras él le apretaba el trasero y trataba de poner algo de pausa en el asunto, aunque ella no lo dejaba ni pestañear.

—Eh, eh, preciosa... —susurró pegado a su oreja y ella lo miró a los ojos—. Me gusta tu estilo, pero déjame verte, ¿quieres? No he podido dejar de pensar en ti desde ese día en tu consulta...

La agarró por las muñecas y la tumbó sobre la cama, la observó de arriba abajo y se inclinó para sacarle el sujetador con maestría antes de acercarse para lamerle un pezón despacito. Ella se dobló, estiró las manos y enredó los dedos en su pelo claro y suave que olía a recién lavado, cerró los ojos y trató de calmarse mientras la acariciaba con la boca y con la lengua hasta que al fin cedió a sus suspiros y la besó separándole las piernas para ponerse entre sus muslos con una sonrisa.

—Santa madre de Dios...

Soltó en español al sentir como la penetraba llenándola entera, como nunca antes, nadie, la había llenado, y flexionó las rodillas para abrazarlo con todo el cuerpo, mientras se perdían en un balanceo maravilloso e intenso, muy loco, que acabó con los dos compartiendo un orgasmo

fabuloso y feliz, eterno, que la hizo llorar pegada a su cuello.

—¿Estás bien? —la miró a la cara y le limpió las lágrimas con el pulgar—. ¿Te he hecho daño?

—No, todo lo contrario, creo que nunca me había sentido tan bien.

—Lo mismo digo —sonrió y le acarició la boca con los dedos—. Tienes la boca más bonita y sexy del planeta.

—Ya, ya, eso se lo dirás a todas —se incorporó para besarla y luego se desplomó en la almohada mirando por primera vez el desorden que los rodeaba—. Joder, siento el desastre, Conrad, no he podido ni deshacer las cajas de la mudanza.

—No importa —se acurrucó a su lado y la abrazó por la cintura—. ¿Dónde está tu compañera de piso?

—En Boston, fue conmigo al seminario, pero conoció a alguien y decidió quedarse una noche más.

—¿Y su novio?

—Eso nunca le impide enrollarse con otras personas.

—Ah.

—Estoy agotada.

De pronto se sintió relajada y tranquila, como hacía siglos que no se sentía, y giró para abrazarse con fuerza a ese hombretón que era cálido y acogedor, tan grande, y tan fuerte, tan protector. Cerró los ojos y se durmió.

9

—¿Del uno al diez?... mmm... un ciento veinte —se echó a reír y Mamen, su mejor amiga de Madrid, soltó una carcajada—. De cine, te lo juro, siempre han dicho que los Marines, ya sabes, pero yo nunca había estado con uno y... joder, me costó dos días recuperarme, hasta que nos volvimos a ver y me llevó a su casa y... llevamos dos semanas así, sin parar... estoy como atontada.

—Te has enamorado.

—No, no es amor, es pura y saludable atracción física. Está como un tren, es guapísimo y tan masculino, no sé, me pone a cien, y parece que él también se lo pasa bien conmigo así que...

—Así que a lo mejor has encontrado tu sueño americano.

—¿Mi sueño americano? —pensó en esa expresión que siempre utilizaba su madre para referirse a su padre, y negó con la cabeza—. No, no creo, pero estoy segura de que sí he encontrado un “follamigo” como Dios manda.

—No ten engaños, Anna, tú no eres de “follamigos”, tú te pillas, te enamoras y vas en serio, así que prepárate para lo que se te viene encima.

—No, esta vez no, además, él es un alma libre y cualquier día lo movilizan y dejamos de vernos por un tiempo. Será como el Guadiana, que aparecerá de vez en cuando, por lo tanto, voy a aprovecharlo sin pensar en nada más.

—En la foto que me mandaste se ve guapísimo y tú radiante, amiga, al fin un poco de alegría para ese cuerpo serrano.

—Ya veremos. ¿Tú qué tal estás?

—Bien, pero voy a pedir la baja maternal esta semana, no puedo estar atendiendo críos pachuchos en el ambulatorio con esta tripa. Estoy agotada y Felipe dice que ya está bien.

—Y tiene razón, no tienes ninguna necesidad...

—¿Qué pasa?

—Me llama Andy por el fijo, tengo que contestar, luego te llamo. Cuídate. Hola, ¿qué pasa? —respondió a su hermano, sabiendo que algo iba mal, y se puso de pie.

—Hay un riñón viable en Alaska, en el Alaska Regional Hospital de Anchorage, pero no lo pueden traer ahora porque el clima no permite volar a nadie.

—¿Qué?, no puede ser, no nos pueden dejar tirados.

—Llama al tío Peter y pregúntale si puede hacer algo, voy a llamar a la Cruz roja y... hay que mover cielo y tierra, pero no se lo digas a mamá, no hasta que podamos darle una buena noticia, ¿de acuerdo? ¿Dónde estás?

—En el trabajo, ahora iba a tu hospital para acompañar a papá en su diálisis.

—Vale, tranquila, tú llama al almirante a ver si nos ayuda a dar con un transporte y te veo aquí.

—Ok, tú también tranquilo, lo arreglaremos.

Respiró hondo y llamó a su tío Peter al Pentágono, pero su secretaria le aseguró de que estaba en una reunión en Quántico, en Virginia. Reunión de alto secreto en la que no había acceso telefónico hasta las seis de la tarde. Le colgó y llamó a su mujer, ella le dijo lo mismo, pero le dio otros nombres a los que acudir, sin embargo, no dio con nadie y empezó a desesperarse intentando

recordar algún camarada de su padre que tuviera un puesto de responsabilidad en Alaska. Tarea complicada y frustrante que la hizo salir de su consulta pegada al teléfono y sin mirar a nadie, hasta que al llegar al *hall* del hospital alguien le cortó el paso.

—Hola, pelirroja.

—¿Conrad?, ¿qué haces aquí?

—Vengo a recogerte para ir a comer y luego llevarte a ver a tu padre... ¿qué ocurre? —frunció el ceño al ver su cara y ella movió la cabeza.

—Hay un riñón viable en Alaska, pero el hospital no puede mandarlo porque el clima no permite volar a nadie... es una puta maldición... no hay transporte para un riñón viable después de tanto tiempo y...

—Ok, tranquila. Mírame... —se acercó y la agarró por los brazos para mirarla a los ojos—. Respira hondo, ¿dónde en Alaska?

—Anchorage.

—Vale, nosotros traemos ese riñón, no te preocupes.

Asintió muy seguro, sacando el teléfono móvil para llamar a alguien, la agarró de la mano y se la llevó al aparcamiento dando alguna orden y pidiendo hablar con otro coronel hasta que se detuvo y la miró.

—¿Qué hospital?

—El Alaska Regional Hospital, Andrew tiene todos los detalles.

—Ok. Ahora te llamo con los detalles, Billy, pero te agradecería que fuerais mandando a alguien al Alaska Regional Hospital... gracias.

—Muchas gracias, Conrad, no se me había ocurrido llamarte a ti y...

—Nada, tu padre es un marine y nosotros cuidamos de nuestra gente, ya lo sabes, así que tranquila. ¿Te llevo al Walter Reed?

—Sí, por favor —Hizo un puchero, se echó a llorar y lo abrazó. Él la estrechó fuerte contra su pecho y le besó la cabeza—. A su edad es el último de la lista siempre, nos han mareado durante meses y esta es una oportunidad única... no podemos aguantar mucho más, se está apagando y...

—Lo sé, lo entiendo y por eso lo solucionaremos. Todo irá bien.

—Lo siento —se apartó buscando un pañuelo de papel—. No puedo llorar delante de ellos o se vendrían abajo, por eso... siento que me veas así.

—No pasa nada, venga, súbete al coche y llama al hospital para decirles que traemos ese riñón.

Se lo agradeció otra vez y se subió al coche llamando a su hermano, le contó que su amigo, el coronel Conrad Williams, se había hecho cargo del traslado y que ya estaba en marcha, y él respiró más aliviado. Una buena noticia en medio del temporal. Un temporal que venían capeando un año entero, desde que el empeoramiento en el estado de salud de su padre los mantenía en vilo, en alerta constante, esperando ese milagroso trasplante que le salvara la vida.

—Buenas tardes.

Andy los recibió en la puerta del Centro Médico Militar Nacional Walter Reed, y miró a Conrad haciéndole el saludo militar antes de ofrecerle la mano

—Gracias por su valiosa gestión, señor, está literalmente salvando la vida de nuestro padre.

—Nada de señor, capitán, estamos entre amigos y estoy encantado de poder hacer algo. Nuestra base de Anchorage ya está en alerta y van camino del hospital, pero necesitaremos...

—Tengo la orden de traslado y todo el papeleo, puedo enviarlo por email y ya he llamado al

médico responsable para ponerlo en aviso. Estaremos en contacto telefónico hasta que despeguen hacia Washington.

—¿Qué pasa con su cirujano? —preguntó Anna y Andy la miró.

—Está avisado, si quieres sube a ver a papá y a mamá para darles la buena noticia, están en Hemodiálisis, pero habrá que trasladarlo a la Unidad de Trasplantes en cuanto terminen.

—Ok... Conrad... —buscó sus ojos y él la miró con una media sonrisa.

—Me quedo por aquí, no te preocupes, luego te veo. Ahora sube a avisar a tus padres mientras nosotros acabamos de resolver esto.

—Muchas gracias.

—De nada.

Te quiero, quiso decirle en medio de la emoción, el agradecimiento y la revolución de sentimientos que se agolparon en su cabeza y en su corazón solo por la bendición de tenerlo cerca, pero obviamente se contuvo, y únicamente atinó a acariciarle la mano antes de girarse hacia los ascensores para subir corriendo a buscar a sus padres.

10

—Su nefrólogo está sorprendido por la recuperación tan rápida que está teniendo, pero nosotros no, porque mi padre siempre ha sido un hombre muy fuerte y saludable. Un puñetero marine de los Estados Unidos, dice él...

Oyó el sonido de su risa a miles de kilómetros de distancia y fue capaz de visualizarla perfectamente, con esa boca preciosa, y esos dientes preciosos, sonriendo, y sus ojazos oscuros chispeantes, y se le encogió el corazón.

Llevaba tres semanas sin verla y se le encogía el corazón cada vez que podía llamarla por teléfono o verla a través de videollamada. La echaba muchísimo de menos, algo novedoso para él, y estaba deseando llegar a casa para tocarla y llevársela a la cama.

—Es estupendo, no sabes cuánto me alegro.

—Todo gracias a ti.

—De eso nada. ¿Qué tal lo demás?, ¿has vuelto a tu piso?

—Sí, mi madre dice que tienen que arreglarse solos en casa y tiene razón, tampoco puedo agobiarlos, necesitan su intimidad, pero, dime... ¿tú qué tal?

—Todo en orden.

—Esta mañana he visto las noticias y me he imaginado, en fin... ya sé que no me puedes decir nada. Lo importante es que estás bien y que pronto volverás a casa, ¿no?

—Eso espero —suspiró, mirando por la ventana de su hotel en Jordania—. Mi Unidad ya ha regresado, yo sigo cerrando los flecos, pero en cuanto pise Washington y me saque el uniforme voy a secuestrarte y...

—No sea que te secuestre yo antes.

—Vale, cuando quieras.

—Me llaman, parece que la guardia se complica.

—Ok, espero que no tengas una noche muy movida. Un beso.

Oyó como se despedía y le colgó estirándose.

Eran las seis de la mañana, las once de la noche en Washington, y no podía dormir. Tenía un nivel de estrés considerable y aún le quedaban unos días de descompresión antes de volver a la normalidad. Solía ocurrir después de las misiones de alto riesgo, como la que acababan de cerrar con éxito en Siria, estaba acostumbrado, pero aun así se sentía incómodo, y solo deseaba largarse de allí y volver a casa cuanto antes.

Buscó una silla de terraza, se sentó y puso las piernas sobre una mesa, respiró hondo y miró el paisaje inhóspito y seco que tenía delante. Nunca entendería a la gente que decidía ir de vacaciones a lugares como ese, donde el clima era siempre igual y donde el calor abrasaba en todas partes. No lo entendería jamás, como tampoco entendía esos destinos de lujo en Oriente Medio donde la única diversión era permanecer dentro de recintos cerrados con el aire acondicionado a tope, si no querías morir calcinado. Era de locos, pero cada loco con su tema.

Cerró los ojos y pensó en las dos semanas que había pasado junto a Anna y su familia en el hospital del verde y fresco Washington D.C.

El traslado del riñón viable, tras diez horas de vuelo, había sido un triunfo. Los compañeros de la base de Alaska se habían portado, habían despegado en pésimas condiciones, pero habían obrado el milagro y esa misma noche el Teniente Coronel retirado Andrew Pine había recibido su órgano en perfecto estado, y se había sometido a una operación quirúrgica de solo tres horas que había concluido con éxito.

Al fin tenía una oportunidad para volver a ser una persona normal, decía Anna entre lágrimas, y él se había alegrado por toda la familia, y los había acompañado y no se había separado de ella en todo el proceso. Por lealtad, por compañerismo, por simpatía y por simple amistad, no lo tenía muy claro, pero había permanecido a su lado y se alegraba porque, tanto ella como su familia, eran gente extraordinaria, muy unida, y a él las familias unidas le merecían un respeto especial.

Para los Williams la familia lo era todo y formaban una tropa inmensa y compacta, los Pine eran igual, salvo que ellos solo eran cuatro y se apoyaban como jabatos, así que estar allí para lo que hiciera falta había sido un honor y un placer, sobre todo porque le encantaba estar con Anna, que conseguía hacerlo sentir mejor persona, o una más cercana y sentimental al menos, y esa era una sensación muy agradable.

Obviamente, que el sexo con ella fuera de primera lo tenía medio vendido, pero no se trataba solo de eso, se trataba de algo más que pensaba ir descubriendo poco a poco, no había prisa. De momento, se lo pasaban en grande en la cama, o donde les pillara, porque tras la operación de su padre, y el éxito del trasplante, habían tenido encuentros muy calientes en cualquier parte, incluido el coche o el escobero de una planta medio vacía del hospital.

El lugar era lo de menos, lo de más era que la tocaba y se ponía a cien, la besaba y ya quería poseerla como un loco sin ninguna paciencia, y lo mejor es que ella estaba en la misma sintonía y jugaba a ser muy traviesa llevándolo a unos límites insospechados.

Curiosamente, más de una vez le había dicho que se sentía un poco torpe porque no tenía demasiada experiencia en las lides sexuales. Curiosamente, porque era de todo menos torpe y esa naturalidad de la que hacía gala, esa entrega total, un poco ingenua a veces, era precisamente lo que la convertía en única y lo tenía a él más caliente y descolocado de lo normal. Era una diosa en la cama, era preciosa, sexy y tenía un cuerpo suave y delicioso en el que adoraba abandonarse, así que no pensaba perderla de vista.

A su alrededor tenía muchas amigas con derecho a roce, de hecho, se acababa de encontrar con una habitual en Jordania, pero lo de Anna era especial, ella era especial y, aunque evidentemente no eran novios y delante de su familia mantenían las distancias, estaba claro que podían, con algo de suerte, ir más allá, y en el fondo le gustaba que esa opción se mantuviera abierta.

Ya tenía treinta y seis años y a lo mejor había llegado la hora de sentar la cabeza, no estaba claro, pero podía pasar, y el caso es que no le importaba y menos para sentarla con alguien como la doctora Pine, que era una chica por la que cualquier hombre mataría...

—Amor, me voy, me esperan en la embajada dentro de media hora.

La célebre Barbara Masterson, de soltera Nicholson como le gustaba puntualizar, se le acercó por detrás, se inclinó y le acarició el pecho desnudo antes de morderle la oreja. Él suspiró y no se movió del sitio.

—Ok.

—Ha sido genial, como siempre, aunque te veo más disperso de lo normal. Al menos no has salido huyendo antes de que me despertara.

—Mmm.

—¿Te veo en Washington? —se desplazó y se le plantó delante poniéndose los pendientes. Aún llevaba el vestido de noche, claro, y el maquillaje un poco ajado—. Vuelvo en dos días, ¿cuándo tenéis previsto iros Jimmy y tú?

—No lo sé.

—¿Me llamarás en Washington?, ahora que vuelvo sola necesitaré a mis amigos.

—Claro. ¿Has pedido un taxi?

—No, vienen a recogerme de la embajada. Mi exmarido aún me permite utilizar los privilegios de mi estatus como mujer de diplomático. ¿Pensabas llevarme tú?

—¿Yo...? —respiró hondo y miró sus pestañas postizas y sus labios rojos pensando, inconscientemente, en que Anna Pine nunca llevaba maquillaje y sin embargo siempre estaba perfecta. Tragó saliva y se le contrajo el pecho por acordarse de ella en ese momento.

—No sé, igual tenías que salir. Bueno, bomboncito —se inclinó y le pegó un morreo cogiéndole el pene con la mano abierta—. Tengo algunos compromisos en Washington que pienso cumplir contigo, que lo sepas, Conrad Williams, adiós.

No respondió, pero frunció el ceño siguiéndola con los ojos. Se contoneaba como una modelo sobre esos taconazos de aguja y quiso recordar cuánto le había llegado a gustar esa mujer en el pasado, pero no pudo hacerlo. La conocía desde hacía años, porque era hija de uno de sus superiores, y siempre habían congeniado muy bien en la cama, pero estaba deseando perderla de vista, aunque, lamentablemente, se mudaba a Washington tras su divorcio y tendría que verla mucho más de lo que le apetecía. Cómo no, si era de su círculo de amistades e hija del Almirante Nicholson.

El Almirante Peter Nicholson, pensó de repente, el padrino de Anna y el mejor amigo de su padre. Vaya maldita coincidencia, joder.

Primeros de abril y como todos los años la famosa recepción en la residencia privada del vicepresidente tenía a media ciudad revolucionada, al menos a esa media parte de la ciudad que ella conocía gracias a su hermano, que tenía muchos amigos en las altas esferas de Washington.

Andrew, que había sido un cadete naval espléndido en Annapolis, la famosa Escuela Naval de los Estados Unidos en Maryland, había estudiado medicina en Harvard con una beca auspiciada por el Cuerpo de Marines, y en una y otra alma mater había hecho grandes amigos, muy buenas relaciones, que siempre lo hacían caer de pie en todas partes. Donde fuera conocía a alguien y donde fuera lo invitaban a recepciones, fiestas y saraos varios que él solía ignorar, pero el de esa noche no podía ignorarlo porque se trataba del vicepresidente de los Estados Unidos, y porque uno de sus mejores amigos, William Foster, era uno de los asesores más cercanos al *Veep*, como lo llamaban por ahí.

Ella se sentó a su lado en el coche con chófer que les había mandado William para llevarlos a la recepción, y lo miró alisándole la solapa del uniforme de gala. Estaba guapísimo vestido de uniforme y él la miró de arriba abajo soltando un silbido.

—Demasiado guapa para ir con tu hermano.

—¿Qué dices?, no seas pesado.

—Si alguien se pasa un pelo contigo... —suspiró mirando por la ventanilla—. Ese ya debería ser el problema de otro, hermanita.

—¡Andrew!

—En serio, Annie, a ver si te casas y dejas de preocuparme por ti.

—Eso suena machista, condescendiente, paternalista y un montón de cosas más, así que mejor calladito, que estás más guapo —se lo dijo en español y él movió la cabeza—. Tengo que hacerte una foto para mandársela a mamá.

—Luego nos hacemos una juntos, déjalo —le bajó la mano con el móvil y ella lo observó muy seria.

—¿Qué te pasa?, ¿estás bien?

—Me ha llamado Karen, quiere venirse a Washington.

—¿Ahora?, ¿por qué?

—No lo sé, no se lo he preguntado, a mí solo me ha pedido alojamiento.

—¡¿Qué?!. Llevas más de un año divorciado de esa tía, Andy, no puedes recibirla en tu casa.

—No pienso hacerlo, no te agobies.

—Vale, pero no le des más vueltas, no tienes que preocuparte por ella, no...

—No lo hago, solo es que discutir con ella me agota. Ni siquiera se preocupa por la salud de papá, que fue su suegro durante cinco años, ni llama para nada salvo para pedir algo. La he acabado mandando a la mierda y me jode que desestabilice mi tranquilidad de esa forma, nada más. Estoy bien, no te preocupes, y prefiero no hablar más del tema ¿Ok? —Ella asintió y se apoyó en el respaldo del asiento mirando el atasco que tenían por delante—. ¿Qué sabes de Conrad?

—¿Por qué?

—Te habrá llamado, digo yo.

—Sí, bueno, hace cuatro días aún estaba cerrando algunas cosas de su misión, aunque su Unidad ya había regresado, pero no he vuelto a saber nada más de él. Ya sabes cómo va eso.

—Lo sé, espero que vuelva pronto, le debemos una buena cena o una barbacoa ahora que papá está en casa.

—Vale.

—¿O prefieres que papá y mamá sigan sin saber que sales con él?

—Yo no salgo con él, solo es un buen amigo —no lo miró, sintiendo como le subían los colores y él soltó una risa— ¿De qué te ríes?

—A mí no me engañas, Annie, que te he cambiado los pañales. Te conozco mejor que mamá, no seas tonta y no me mientas, estás loca por él y parece que él está loco por ti, es evidente, no hay más que veros juntos.

—¿En serio?

—Sí y me parece genial. Es uno de los míos, de los nuestros, un tío como Dios manda que sabrá cuidar muy bien de ti. No te mereces menos.

—Nos conocemos muy poco, no podría decir...

Pensó en Conrad y se le deshizo el corazón de amor, porque estaba enamorada hasta las trancas de él. No se lo había dicho nadie, ni siquiera a Mamen, porque no se atrevía ni a verbalizarlo en voz alta, no podía porque era demasiado grande, demasiado inmenso para asimilarlo, sin embargo, ahí estaba su hermano hablando de eso tan ricamente, así que giró la cabeza y lo miró a los ojos.

—No se lo digas a nadie, por favor, solo lo conozco desde hace tres meses y no es precisamente del tipo que se compromete y quiere tener novia, así que no quiero ilusionar a mamá con algo que a lo mejor no llega a ninguna parte, ¿vale?

—No le diré nada, pero ella sola ya habla de lo adorable y guapo que es Conrad, le ha preguntado por sus galones al tío Peter, porque le extrañaba que fuera coronel siendo tan joven y... bueno, me temo que ya se imagina los nietos que le vais a dar.

—Joder, pues, después del chasco con Diego, no debería...

—Lo que pasó con Diego es harina de otro costal, que es un tío admirable y al que todos le tenemos aprecio, pero no lo vas a comparar con un hombre hecho y derecho como Conrad Williams, con posición de mando y un trabajo de extrema responsabilidad. Son la noche y el día, así que no deberías ser tan cautelosa, ni tener tanto miedo, solo deberías dejarte llevar.

—No depende solo de mí.

—Hemos llegado.

Se bajó del coche oficial en silencio y se agarró al brazo de su apuesto hermano pensando en todo lo que le acababa de decir.

La mansión del vicepresidente era enorme y muy bonita, preciosa, y estaba engalanada para una gran recepción de primavera, con educados camareros vestidos de blanco, señoras elegantísimas, caballeros con *smoking* y oficiales con uniformes de gala. Todo encantador y muy del gusto de su madre, que se había quedado en casa a la espera de que luego le contara todos los detalles.

Una noche preciosa, pero ella solo podía pensar en Conrad, en lo mucho que lo echaba de menos, y en que era cierto y que al final tendría que soltar amarras si quería disfrutar de verdad de él y de su relación como una persona adulta.

¿Relación?, ¿qué relación?, se preguntó, apartándose un poco de Andy para admirar el jardín de la casa. No tenían ningún tipo de relación, nada oficial o normal, no de momento, lo suyo se

basaba en un sexo extraordinario, en una química excepcional, en largas charlas y en lo más importante: en que él la había apoyado y no la había dejado sola en el momento más crucial de su vida.

Gracias a él habían conseguido el trasplante para su padre, y no solo eso, porque después había permanecido a su lado firme, y durante más de dos semanas había pasado por el hospital a diario, la había llevado a comer o a cenar, la había acompañado a pasear o la había amado con ímpetu y pasión cuando ella más lo necesitaba. Se había portado como un cielo y jamás en su vida podría agradecer suficientemente todo lo que había hecho por ella y por su familia, nunca, porque no existían palabras para manifestar tanto agradecimiento.

Durante esos días se había acabado de enamorar de él, porque ya lo estaba un poquito antes de la operación de su padre, y había descubierto al hombre que había estado esperando toda su vida. Era él, estaba segura, pero sabía que él no estaba por la labor de tener novia o compromiso. Ya se lo había dejado bien claro la primera vez que se habían acostado: “No tengo mujer, ni exmujer, ni novia, ni nada parecido, porque soy un tipo libre y con una vida muy complicada”.

Con las cartas sobre la mesa era absurdo hacerse ilusiones, pero su cándido corazón, carente de la experiencia y los recursos necesarios, se negaba en redondo a la evidencia y no hacía más que aumentar día a día su amor por él. Lo quería con toda su alma y que, tras ser movilizad o de un día para otro, le avisara y la llamara desde su destino con bastante regularidad, no había hecho más que incrementar ese amor de forma exponencial y totalmente fuera de su control.

—¿¡Annie?!, ¿Annie Pine?, no me lo puedo creer...

—¿Barbie! —exclamó, reconociendo a la hija mayor del tío Peter Nicholson y ella la agarró y le pegó un abrazo.

—Pero, mírate, debería estar prohibido ser tan guapa, Annie. Te has convertido en toda una mujer. ¿Desde cuándo que no nos veíamos?

—No sé, desde la boda de Andrew hace seis años, yo ya estaba acabando la carrera en Madrid.

—Y encima médica, es increíble, si yo cuidaba de ti cuando no eras más que una pipiola... ¡Andy!

Gritó al ver a Andrew acercándose por su derecha y saltó a sus brazos con mucho escándalo. Anna, que se alegró sinceramente de verla, dio un paso atrás y admiró su precioso vestido de firma, sus joyas, su peinado y su cara perfectamente maquillada, con la boca abierta.

Siempre le había parecido muy guapa, inalcanzable. Rubia y con los ojos azules, Barbie Nicholson había sido la reina de todos los bailes, festivales, comités o Kermés organizados en las bases navales donde se habían criado. Era una verdadera princesa con mucho don de gentes, el ojito derecho de su padre, y al parecer seguía triunfando en sociedad como lo había hecho toda su vida.

—¿Y qué hacen los hermanos Pine por aquí?, si tenéis fama de pasar de este tipo de chorradas.

—Nos ha invitado mi amigo William Foster, antiguo compañero en Annapolis, y actual asistente del vicepresidente y, bueno, después de lo de papá necesitábamos un respiro, así que convencí a Annie para que me acompañara.

—He hablado con vuestra madre un par de veces y no sabéis cuánto me alegro de que al fin le hayan hecho el trasplante. Todo el mundo se quiso hacer las pruebas de compatibilidad en su momento y... bueno, gracias a Dios se recupera muy bien ¿no?

—Gracias a Dios todo va bien, han pasado cinco semanas y ya está en casa recuperándose tranquilamente.

—Si es que es un toro, como mi padre. Están hechos de otra pasta.

—¿Y tú qué tal?, ¿qué haces en Washington?

—Me he divorciado, pero todo bien, no os preocupéis —movió las manos haciendo sonar sus pulseras de oro—. Estoy encantada, me pasé toda la infancia mudándome de un país a otro y con un marido diplomático más de lo mismo, no lo aguantaba ni un minuto más. Así que es un alivio.

—Ya.

—Frank me ha dejado traerme a los niños a Washington y estoy viviendo con mis padres, llegué hace una semana más o menos, acabo de aterrizar.

—¿Qué edad tienes tus hijos? —preguntó Anna.

—Diez años Frankie y siete Amber, ya los hemos matriculado en un colegio y estoy buscando casa, poco a poco.

—Lo importante es que se te ve muy bien.

—Estoy feliz y enamorada, he traído a mi novio, os lo voy a presentar. Es Marine, a ver si esta vez acierto con un oficial del Cuerpo y me sale redondo el segundo matrimonio.

Se giró buscando a su novio y Andy respiró hondo, un poco hartado de la charla. Anna le sonrió y lo riñó por lo bajo oyendo como Barbie llamaba a gritos a su nuevo novio. Un nuevo novio que tenía un nombre bastante poco común y que la dejó congelada en su sitio, hasta que fue capaz de levantar la cabeza y mirar al recién llegado a los ojos.

—¡Conrad!, ven, amor mío, quiero presentarte a unos amigos míos de toda la vida, prácticamente nos criamos juntos. Ven, cariño.

—Vaya...

Soltó Andrew a su lado y ella estrujó el bolsito de noche sintiendo como se le doblaban las rodillas porque era él, Conrad Williams en persona, impecablemente vestido con el uniforme de gala, el que se acercaba a Barbara Nicholson, su novia, mirándolos a ellos con cara de sorpresa.

—¿Qué pasa?, ¿ya os conocíais? —preguntó Barbie agarrándolo del brazo con propiedad.

—Sí, claro, el coronel Williams nos ayudó a traer el riñón compatible para nuestro padre desde Alaska —susurró Anna mirándola solo a ella—. Se portó increíblemente bien con nosotros.

—Lo que no sabíamos es que fuera tu prometido —comentó Andrew como si tal cosa.

—¿Qué? —atinó a preguntar Conrad con el ceño fruncido y su novia se le abrazó al pecho besándole la mejilla.

—Nadie ha hablado de prometido, Andy, no corras tanto que me lo asustas —bromeó Barbara con su tono tan encantador y Anna se sujetó a la muñeca de su hermano incapaz de mirar a Conrad a la cara.

—Un placer verlo de nuevo, coronel, y muchas gracias otra vez por su gestión —comentó su hermano muy educado—. Barbara, querida, ya nos veremos en otro momento, nosotros nos vamos.

—¿Tan pronto?

—Sí, ya hemos visto suficiente por hoy. Buenas noches.

Andrew, que era alto y fuerte, la abrazó y la hizo desaparecer de inmediato del campo visual de esa gente, pero ella sintió los ojos de Conrad pegados a la espalda hasta que salieron por la puerta principal. Era igual que un sueño, o una película de segunda de la tele, pensó, llegando a la acera en volandas, y se detuvo en seco para mirar a su hermano a los ojos.

—No tenemos que hacer esto, vuelve ahí dentro y cumple con William, que cuenta contigo para la cena, Andy.

—¿Quieres volver?, ¿en serio?, porque a mí solo me apetece romperle la cara a tu amiguito Conrad.

—No tiene ningún compromiso conmigo.

—No, claro, lo tiene con esa loca, pero bien que te ha cogido de la mano y tratado como a su novia delante de mí, en el hospital, no sé cuántas veces.

—Vale, escucha, yo estoy perfectamente. Mírame, estoy genial y me importa una mierda lo que haga o de quién sea novio o prometido. Ese no es mi problema, no es nuestro problema, ¿vale? ¡Andrew!

—¿Qué coño quieres que haga?

—Quiero que entres y apoyes a tu amigo, te lo pases bien e ignores a Conrad Williams y a su novia. Ellos no son asunto nuestro, William Foster sí lo es, así que vas a entrar y disfrutaras de la velada como el que más.

—¿Y tú?

—A mí se me han quitado las ganas de fiesta, así que voy a coger un taxi y voy a volver a mi casa. Fin de la historia, mañana será otro día.

—No pienso dejarte sola.

—No tengo catorce años, puedes dejarme sola. Venga, adiós.

Le dio un beso en la mejilla y caminó por la calle con paso firme, tragándose las lágrimas. No quería que la viera llorar, aunque se estaba muriendo por dentro, y consiguió alejarse de él sujetando la angustia que le empezó a entrar por idiota, por ilusa y por ridícula, porque era ridículo que le pasaran esas cosas a gente adulta y con cabeza como ella.

Se subió a un taxi sollozando, con el corazón hecho pedazos, y le pidió que diera una vuelta por la ciudad animándose sola y convenciéndose de que no pasaba nada, de que nunca había pasado nada y que superaría esa historia de un mes en seguida. Había sobrevivido muy bien a una ruptura con un novio de verdad después de seis años de relación, seguro que se olvidaba en un plis de ese tío y sus encuentros sexuales desatados, que en realidad era lo único que habían compartido de verdad, sinceramente, en cuatro semanas acostándose juntos.

Era consciente de que estaba enamorada como una idiota y de que un par de horas antes hubiese sido capaz de casarse a ciegas con él, pero eso no le iba a impedir coger las riendas de su vida otra vez. No, eso no iba a ser impedimento para olvidar el impacto que había experimentado al verlo del brazo de esa belleza de treinta y nueve años que le daba mil vueltas a ella y que le podía regalar a él el glamur, el estilo y las relaciones sociales que se valoraban tanto en las mujeres de los oficiales de las Fuerzas Armadas.

Él podría tener a su Barbie Nicholson, la nueva reina de Washington, pero ella tenía el coraje y la fortaleza suficientes para olvidar y recomponerse a pesar de los sentimientos y de toda esa mierda que esperaba erradicar de su vida inmediatamente.

Se bajó del taxi dos calles antes de llegar a su casa y paseó un rato por el parque que había enfrente sacándose los zapatos de tacón, intentando aliviar la pena con el contacto con la hierba. Había muchos estudios que aseguraban que el contacto directo con la naturaleza ayudaba a superar las depresiones, así que caminó por el césped húmedo descalza, hasta que se acercó a su edificio, cruzó la calle y antes de llegar a su portal Conrad William salió a su encuentro y le cortó el paso.

—¿Qué haces tú aquí?

—No es mi novia, mucho menos mi prometida, solo es una amiga... —atinó a decir levantando una mano hacia ella y ella lo esquivó decidida a meterse en el edificio.

—No me interesa, buenas noches.

—Claro que te interesa, un momento —Agarró el pomo de la puerta y le impidió abrirla—. Sé que ha sido violento y aceptaré que quieras mandarme a la mierda, pero no pienso quedar como un cabrón mentiroso, porque no lo soy.

—Tu honor y tu integridad están a salvo, Conrad. Ahora, déjame pasar.

—No se trata solo de eso, se trata... —respiró hondo—. En todo caso, Anna, yo nunca te he hablado de exclusividad, ni he dicho que no viera a otras personas. Tú y yo solo somos amigos y...

—¿Así que también te acuestas con ella? —interrumpió y él miró al cielo—. ¿Es una habitual?, ¿desde cuándo?

—Desde hace tiempo.

—Genial, me alegro por ti.

—Vamos a ver...

—¿Cuántos días llevas en Washington? —dio un paso atrás y lo miró de frente, fijándose en que a la chaqueta de su uniforme le faltaban un par de botones.

—Dos días, no te llamé porque...

—Es igual, no quiero oírlo, adiós.

—Pero ¿qué te pasa?, sigo siendo yo. Mírame.

—No me interesan nada tus explicaciones, ni tu novia Barbara, ni la madre que os parió a los dos, así que, hasta luego, estoy muy cansada y mañana tengo que madrugar.

—Tengo derecho a explicarme.

—No conmigo, a mí no me debes ninguna explicación, y lo cierto es que agradezco que vinieras a dármele, pero no es necesaria. Tú y yo apenas nos conocemos, como bien dices solo somos amigos, y quiero que siga siendo así. Adiós, chaval —le soltó en español y abrió la puerta para entrar en el portal.

—No, no hasta que hablemos y aclaremos esta gilipollez, no puedes... —quiso tocarla y ella saltó y lo señaló con la llave.

—Te agradezco, y te agradeceré toda la vida, que nos hayas ayudado con el trasplante y que me acompañaras durante esos días tan duros para mí, pero no vuelvas a tocarme, nunca más. No vuelvas a ponerme un solo dedo encima, te lo digo en serio.

—Anna...

—Tú no me conoces, ni falta que hace, pero te aseguro que no soy como las demás personas de mi edad, no soy muy normal, y no llevo muy bien ciertas cosas. No entiendo las relaciones abiertas, ni las amigas con derecho a roce, ni que me ocultaras que te acostabas precisamente con una de las hijas de mi padrino...

—No te he ocultado nada, ni se me había pasado por la cabeza que fuerais amigas...

—¿Amigas?, no, yo no soy amiga de la gran Barbie Nicholson. Yo para ella soy una especie de hormiga gris e insignificante, nunca me ha prestado atención, ni cuando era mi canguro en Alemania. Ha pasado de mí siempre y me da igual, pero ya no me da tan igual que se acueste con el mismo tío que yo, eso es... raro.

—No... —levantó las dos manos un poco desesperado y luego las bajó mirando al suelo—. Si he venido a buscarte es porque quería explicarme.

—No hay nada que explicar, en serio, si la culpa es mía por meterme donde no me llaman y sabiendo que no estoy preparada para este tipo de historias sin fondo y sin compromiso de ningún tipo —respiró hondo—. Debo irme, adiós y mucha suerte, Conrad, eres un tío excepcional y te lo

mereces todo, pero bien lejos de mí.

Lo miró, él levantó los ojos y se los clavó con un brillo extraño, pero lo ignoró, le dio la espalda, entró en el edificio y subió las escaleras a la carrera, llorando como una magdalena.

12

Aparcó el coche frente al Georgetown University Medical Center y abrió la ventanilla porque el calor, a punto de empezar el mes de mayo, estaba haciéndose notar en Washington.

Sacó el paquete de Camel y se encendió un pitillo.

Robert iba a tardar unos quince minutos en salir y él necesitaba pensar y relajarse, o no pensar en nada para poder relajarse, porque llevaba más de tres semanas bastante tocado por el tema “Anna Pine” y la cabeza no paraba de darle vueltas.

Hacía casi un mes se la había encontrado en esa recepción de primavera absurda a la que Barbara le había suplicado que la acompañara, y desde entonces todo se había puesto del revés. Esa misma noche, en el mismo instante en que la descubrió junto a su hermano y frente a Barbara, preciosa vestida de verde oliva, con el pelo recogido en un moño clásico y sus ojazos oscuros tan brillantes, supo que algo se había roto, pero lo que no imaginó jamás es que se había hecho trizas de manera tan rotunda y permanente.

Barbara había cometido la torpeza de presentarlo como su novio, porque era así de superficial e irresponsable, y tanto Anna como su hermano se lo habían creído a pies juntillas. Ella se había largado de la fiesta sin mirarlo y él lo había buscado para arrinconarlo detrás de una columna y cantarle las cuarenta, como habría hecho cualquier hermano en su lugar.

—No sé qué coño está pasando aquí, pero a mi hermana no te vuelves a acercar ¿Queda claro?

—Mira, Andrew, te estás equivocando, entre Barbara y yo no hay nada, como tampoco...

—No te atrevas a decir “como tampoco lo hay con Anna”, porque se trata de mi hermana pequeña y os he visto juntos. Sé cómo te has comportado con ella, sé lo que ella había empezado a sentir por ti, y no voy a permitir que la pongas al mismo nivel que a Barbara a la que todo, toda la vida, le ha importado un carajo.

—Yo...

—Mira, es igual, eres mi superior y me mereces un respeto, pero en la calle, sin uniforme y tratándose de mi familia no te pasaré ni una más. Ya estás avisado.

—Y estás en todo tu derecho, como yo lo estoy de hablarlo con Anna para aclararlo con ella. Al fin y al cabo, se trata de un asunto personal y solo nuestro.

—No, amigo, si se trata de ella, se trata de mí y de mi familia.

Y eso había sido todo porque Barbara los había interrumpido, Andrew les había dado la espalda y se había largado indignado y ella había acabado histérica cuando él le anunció que se iba y la dejaba sola en su estúpida fiesta de primavera.

En el mismo *hall* de la casa del vicepresidente lo detuvo de mala manera, recordándole que le había prometido apoyo en su primera aparición pública tras su regreso a Washington, él no le hizo caso y ella lo agarró por la chaqueta insultándolo y arrancándole dos botones del uniforme. Una vergüenza, pero ella era así de dramática y, como había dicho Andrew Pine muy acertadamente, todo le importaba un carajo, todo lo que no la afectara directamente, claro, y se lo dejó meridiano a gritos mientras él la apartaba y salía corriendo de allí para ir a buscar a Anna, que era lo único que le preocupaba en ese momento.

Lamentablemente, la doctora Pine no lo había querido escuchar y lo había despachado muy a su

estilo, cortante y frío, aunque sus lágrimas contenidas y la desilusión en su cara le habían partido el alma y lo habían destrozado porque él no valía para esos lances, esos juegos amorosos con tinte trágico, y no sabía cómo resolverlos o cómo aplacarlos. Él, en ese terreno, era un inútil, un tío que mantenía las distancias y no hacía daño a nadie, no pedía ni prometía nada, y se descolocaba muchísimo con los amagos de celos, los desencuentros o los rollos “amorosos” en lo que se convertía en el protagonista involuntario.

Toda esa amalgama de sentimentalismos sobraba en su vida, no sabía lidiar con eso, así que lo había intentado con ella, había intentado explicarse porque la respetaba y le gustaba un montón, pero al no ver una recepción positiva por su parte había emprendido la retirada inmediata. Había plegado, levantado el campamento y regresado a los cuarteles de invierno, dónde su existencia era bastante menos complicada, al menos a nivel personal, porque a nivel profesional ya bastante al límite vivía como para complicarse la vida con otras cosas que, encima, nunca había buscado.

Después de todo ese drama había pasado una semana en Tel-Aviv trabajando y se había reencontrado con una camarada israelita con la que solía pasárselo muy bien, y más tarde había pasado otros cuatro días en París, en una conferencia internacional sobre antiterrorismo dónde había conocido a una brigadier divertida y guapísima con la que había compartido un par de noches geniales.

En resumen, todo había vuelto a la normalidad, o eso quería creer, porque en el fondo seguía acordándose de la doctora Pine, la única mujer con la que disfrutaba charlando, compartiendo tiempo libre y silencios sin el único fin de hacer el amor, aunque, objetivamente, el sexo con ella siempre había sido excepcional.

—Tío capullo ¿has estado fumando? —su hermano entró en el coche y él saltó.

—Joder, Bobby, me has asustado.

—Tenemos que hablar seriamente sobre la necesidad de hacer un tratamiento contra el tabaquismo, Conrad, no puedes... ¿Qué pasa?

—¿Qué coño...? —levantó una mano y lo hizo callar viendo salir del hospital a Anna Pine con un tío que le sonaba un montón. Diego Elezama, identificó en una milésima de segundo, su novio, el doctor infiel—. ¿Qué hace ese tío aquí?

—¿Quién? —Robert siguió sus ojos y resopló—. Ah, ya. Lleva una semana en Washington, está dando un seminario sobre cirugía de campaña. Creo que... ¡Conrad, ¿adónde vas?!

—Sólo voy a saludar.

Sin saber cómo o para qué, se bajó del coche sintiendo un fuego concreto en el centro del pecho y se puso las gafas de sol caminando hacia la parejita con paso firme. Ella iba preciosa con un vestido corto muy sexy, porque lo acompañaba con botas vaqueras, y él adoraba ese *look*, y el pelo brillante y pelirrojo suelto sobre los hombros. Estaba buenísima y pegó los ojos a su trasero perfecto empezando a ponerse enfermo hasta que vio que Elezama le tocaba la espalda para hacerla cruzar la calle, así que apuró el paso y los abordó.

—Diego Elezama. ¿Qué haces en la capital del mundo libre, chaval?

—¿Qué? —él se giró, lo reconoció y se echó a reír a carcajadas abriendo los brazos para saludarlo—. Coronel Williams, amigo, que sorpresa, tío.

—Nunca pensé encontrarte en el corazón del capitalismo y la Coca-Cola —bromeó y miró a Anna de reojo, ella frunció el ceño y se cruzó de brazos muy seria—. Hola, Anna.

—Buenas tardes.

—¿Os conocéis? —preguntó Diego sorprendido y Conrad asintió viendo como su hermano se sumaba a la fiesta llegando por su derecha.

—Te presento a mi hermano Robert, también trabaja en el Georgetown University Medical Center.

—Claro, si me lo habías dicho. Encantado, no te he visto en el seminario.

—No ha podido ser, tengo unos turnos muy cargados.

—Ya, me imagino. Y ¿qué tal tú, tío?, no sabía que estabas en Washington —se dirigió a Conrad y él asintió—. ¿De qué os conocéis vosotros dos?

—El coronel Williams nos ayudó a traer el riñón para mi padre desde Alaska —se apresuró a contestar Anna y él movió la cabeza.

—Bueno, pensé que además éramos amigos, Anna. ¿Cómo está tu padre?, ¿tu madre?

—Los dos perfectamente, muchas gracias.

—¡Doctor Elezama!

De la nada aparecieron cuatro personas corriendo para alcanzar a Diego y Conrad aprovechó que se apartaba de ellos para acercarse a Anna y buscar sus ojos. Se sacó las gafas de sol y respiró hondo.

—¿Has vuelto con tu novio?

—¿Perdona?

—Ok... escucha... yo...

—¿Qué tal Barbie?, estuvo visitando a mis padres y les contó todos los planes que tiene contigo en Washington. Con algo de suerte me tocará ir a vuestra boda.

—Miente.

—Sí, claro.

—Oye —la agarró de un brazo y la apartó del todo de esa gente tan bulliciosa—. No sé quién coño te crees que soy, pero me estás empezando a faltar al respeto.

—No me toques —se deshizo de su mano y dio un paso atrás—. Y si crees que Barbie miente háblalo con ella, no conmigo, que no pinto nada en toda esta historia. ¿Qué haces acercándote a nosotros, Conrad?

—Solo quería saludar, a ti y a tu novio, no creo que eso sea un crimen.

—Ok, muchas gracias. Adiós.

—Me gustaría volver a verte —se oyó decir y ella entornó los ojos.

—Anita, cariño, ya está, ¿nos vamos? —Diego se le acercó hablándole en español y la abrazó por los hombros—. Tío, Conrad, ¿te vienes a comer algo o nos vemos en otro momento?, porque me estoy muriendo de hambre y solo dispongo de una hora antes de tener que volver al seminario y...

—Nosotros también nos vamos, nuestros padres llegan en media hora y tenemos que ir al aeropuerto... —Robert respondió y él se pasó la mano por la cara bastante frustrado—, pero podríamos organizar algo para uno de estos días, si te parece.

—Claro, estupendo. Coronel, me ha encantado verte —le palmoteó la espalda y él se quedó quieto, forzando una sonrisa, mientras lo veía desaparecer con Anna camino de su puñetera comida.

—Y ¿a ti qué coño te pasa, Conrad?

Preguntó su hermano, pero él no respondió y regresó al coche con ganas de matar a alguien. Abrió la puerta y se metió dentro sacando el paquete de cigarrillos. Robert se le sentó al lado y le arrebató el pitillo con el ceño fruncido.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —puso el coche en marcha y lo enfiló hacia el aeropuerto.

—¿Nada?, se cortaba la tensión con un cuchillo. ¿Tú qué coño tienes que ver con Anna Pine?

—No mucho.

—¿Cómo que no mucho?, no seas capullo y habla de una maldita vez.

—Me enrollé con ella, nos estuvimos viendo durante un mes, por culpa de un puto malentendido me odia y ahora ha vuelto con su jodido novio de toda la vida. ¿Suficiente?

—¿Te has tirado a Anna Pine?!. No me lo puedo creer.

—Déjalo, ¿quieres?

—¿No me vas a contar detalles?, que cabrón.

—No y devuélveme mi puto cigarrillo.

Se lo quitó y se lo puso en la boca sin encenderlo, más cabreado de lo que recordaba haber estado en toda su vida.

Abrió un ojo y se dio cuenta de que ya era de día y tarde, porque estaba claro que se había dormido. Estiró la pierna y rozó la de otra persona, el corazón se le subió a la garganta y ahogó una exclamación cerrando los ojos, queriendo morirse.

Respiró hondo intentando mantener la calma y se despegó de su compañero de cama con cuidado, apartó la sábana y se sentó comprobando que estaba desnuda, claro, así que ya no había marcha atrás, era un hecho, la había fastidiado bien, aunque al menos estaba en su habitación, en su casa, y eso era una pequeña ventaja.

Se levantó, se apartó el pelo de la cara y giró despacio para admirar el cuerpazo de ese monumento que dormía a pata suelta abrazado a su almohada, Conrad Williams en persona... desnudo y calentito, muy tentador, pero no pensaba volver a caer, así que buscó algo de ropa y se metió en el cuarto de baño para ducharse.

Mierda, mierda, mierda, masculló poniéndose debajo del chorro de agua caliente, maldiciéndose por ser tan facilona, tan gilipollas, tan confiada y tan débil, porque había que ser muy liviana de cabeza para haber acabado precisamente con él en la cama. Era de locos y quiso desaparecer o retroceder doce horas en el tiempo, cuando se lo había encontrado por casualidad en un restaurante del centro dónde había llevado a cenar a Diego y a su novia, la simpática Celine, porque no lo podía negar, esa chica era estupenda, y le había caído bien a los dos segundos de conocerla.

Diego había aparecido hacía casi dos semanas en Washington con Celine para asistir a una conferencia, buscar donantes, patrocinadores y además para dar un seminario en su hospital, y ella los había recibido con distancia primero, pero luego se había rendido a la evidencia de que no sentía nada por su ex, salvo amistad, y se había dedicado a acompañarlos por la ciudad, facilitarles un poco las cosas y hacer de cicerone cuando se lo pedían.

Ella era majísima y él parecía otra persona a su lado, así que estaba feliz por los dos y, aunque al principio le había parecido insólito que quisiera verla y presentarle a su chica, al final había agradecido esa oportunidad para cerrar heridas y para pasar página definitivamente, y habían acabado compartiendo mucho tiempo, la última vez la noche anterior, cuando a su hermano se le había ocurrido llevarlos a cenar al Bistro Aracosia, dónde había una buena oferta vegana para sus invitados, y dónde se solía comer de cine.

Antes de llegar a la cena, Andrew le había contado que Barbara Nicholson lo había llamado para quedar y que le había explicado que en realidad no tenía nada serio con Conrad Williams, que era su amigo con derecho a roce, pero poco más, y que él la había acompañado a la fiesta de primavera del vicepresidente porque ella estaba aterrada y no quería ir sola a su primer compromiso social en los Estados Unidos tras su divorcio.

—Dice que es un gran tío, que no quiere perjudicarlo y que le prometió aclarar las cosas con nosotros porque él se lo había exigido, pero que no pensaba llamarte a ti para decírtelo.

—¿Ah no?, ¿por qué?

—Me confesó que se muere de celos, porque está claro que él está interesado en ti, que eres como una hermana pequeña para ella, y que le cuesta soportarlo.

—No tiene de qué preocuparse, la próxima vez que la veas dile que no lo volveremos a

compartir, nunca más.

—Creo que esto libera a Conrad de muchas culpas.

—Ya es un poco tarde para todo eso.

—Nunca es tarde para hablar.

Exactamente dos horas después de esa charla, tras la cena, se lo encontraron a bocajarro en la entrada del restaurante y él, que iba acompañado por sus padres y su hermano, la había saludado con una venia y una sonrisa demoledora de las suyas.

—Anna, Andrew, ¿qué tal? —se les puso delante saludando también a Diego y a Celine, y después les presentó a sus padres—. Os presento a Parker y Audrey, nuestros padres.

—Encantada —los saludó fijándose en que la señora Williams era una belleza y que Conrad se parecía muchísimo a su padre, y luego lo miró a él, que parecía conocer muy bien a Celine, porque la estaba saludando con un fuerte abrazo.

—¿Qué hacéis ahora? —preguntó Robert y los cuatro se miraron.

—Una copita por Georgetown. ¿Os apuntáis? —contestó Andy y ella lo miró con los ojos muy abiertos.

Claro, dijeron los hermanos Williams, que se despidieron de sus padres, los metieron en un taxi y se acoplaron al plan en menos que canta un gallo. Algo que la desequilibró bastante y que pensaba cobrarle a su hermano en cuánto tuviera una oportunidad para vengarse de él.

Lo demás ya era historia. Él se le había pegado a la espalda como una lapa, había insistido en atenderla y pagarle las copas, había procurado que se quedaran a solas durante toda la noche y habían acabado disputando una animada partida de dardos en uno de los bares del centro, rodeados por un montón de gente y retándose como dos críos de quince años.

—¡Vamos, doctora!, si me ganas pídemelo lo que quieras y si gano yo me pido un beso —le dijo mirándola con los ojos azules entornados y todo el mundo aplaudió—. ¿Me tienes miedo? Doble o nada.

—Eso serían dos besos —contestó coqueta y miró a Andrew, que movió la cabeza y le hizo un gesto para que jugara la última partida después de eliminar a todo su grupo—. Ok, tú primero.

—No, las damas primero.

Y le había ganado, de buena lid y sin mover una pestaña, le había ganado y se había cobrado los dos besos, dos castos y recatados besos delante de su hermano y sus amigos, pero después se las había arreglado para llevársela a un rincón del bar donde la había besado de verdad, como solo él sabía hacerlo, con ganas, con hambre, como si quisiera comérsela de un solo bocado.

—¿Por qué no me dijiste que Diego se había traído a la novia? —le preguntó secándole la comisura de los labios con el pulgar y ella se encogió de hombros

—No se dio la ocasión y apártate un poco —respondió apoyada contra la pared, poniéndole las dos manos en el pecho.

—Lo siento, es que me atraes como un imán. Es una evidencia física, biológica, y no puedo evitarla.

—Muy gracioso.

—Al menos me estás dirigiendo la palabra.

—Andy me contó que Barbara lo llamó y...

—¿Y?, ¿entonces ya me crees?, ¿prefieres darle crédito a ella, que es una desconocida, antes que a mí?

—Ella no es una desconocida.

—No creo que hayas compartido con ella, en toda tu vida, ni una milésima de la intimidad que

has compartido conmigo en un mes.

Le rozó la cadera con una mano y ella supo con claridad que ya estaba vendida, porque una corriente de energía potentísima casi la levantó del suelo, así que carraspeó y lo miró a los ojos, esos preciosos ojos azules tan intensos, buscando una excusa para salir huyendo, pero no había huido, al contrario, habían seguido besándose sin parar, y cuando había llegado la hora de irse él se había ofrecido para llevarla a casa y allí habían acabado enrollándose en el coche y finalmente haciendo el amor como locos en su cama, porque había sido incapaz de dar la espalda a un polvo supremo con ese hombre que le gustaba tanto y que parecía conocerla tan bien.

—Hola, pelirroja.

Se metió en la ducha sin avisar y ella saltó y se agarró a los grifos un poco descolocada. Él se le acercó y la abrazó por la espalda con todo el cuerpo, besándole la cabeza.

—¿Cuánto mides?

—Un metro sesenta y cinco, ¿por qué?

—Porque pareces hecha a mi medida.

—Vale... ¿Tienes trabajo?, yo entro de guardia dentro de tres horas y quisiera ir al gimnasio, a comer y...

—¿Intentas deshacerte de mí?

—No, solo intento organizar el día.

Notó cómo se ponía erecto y cómo le levantaba una pierna para penetrarla con mucha técnica por detrás. Sabía misa en latín, pensó sin querer, y se dejó guiar mientras él le atrapaba los pechos y la empotraba contra los azulejos gruñendo contra su pelo.

—Madre mía, Anna, no sabes cuánto te echaba de menos —la giró con esa autoridad suya y la penetró mirándola a los ojos—. Tienes la piel más suave del mundo y sabes tan bien... ¡joder!... eres tan guapa...

Respiró hondo y la embistió con fuerza, embarcándola en la locura total, devorándola con la boca abierta, gimiendo y exigiendo más hasta que llegaron a un orgasmo extraordinario juntos. Uno largo y prolongado que la dejó con las piernas temblorosas y aferrada a su espalda incapaz de pensar con algo de cordura.

—Preciosa, tengo que irme —la depositó con cuidado en el suelo y le besó la frente—. Ya debería estar en una reunión importante.

—Ok.

—¿Va todo bien entre nosotros? —preguntó saliendo de la bañera, ella lo miró con el corazón a mil revoluciones por minuto y sin pensar asintió—. Genial. ¿Nos llamamos?

—Vale.

—Estupendo, que tengas un buen día.

Le dio un beso en los labios y volvió al dormitorio envolviéndose en una toalla. Ella miró a su alrededor con una desazón enorme recorriéndole todo el cuerpo y levantó la cara hacia el agua, sabiendo con claridad que aquello era un error, y uno de los grandes.

—Mi Brittany estaría encantada aquí, señor, adora el calor —susurró su francotirador y él lo miró de reajo cociéndose dentro del uniforme de camuflaje.

—No este calor, Morrison.

—Ya se lo digo yo, coronel, pero ella dice que lo llevaría mejor que nosotros.

Conrad no respondió y se movió un poco sin perder de vista el asentamiento, en un rincón perdido de Afganistán, donde estaban haciendo una vigilancia directa por orden suya, a más de cuarenta grados de calor, a ese líder terrorista que se pertrechaba bajo tierra y rodeado de mujeres y niños.

Maldito cobarde hijo de puta, pensó y volvió a observar a través de la mirilla telescópica de su fusil de asalto el escaso movimiento que había por allí, aunque sabía que al final tendrían que moverse y entonces Morrison, Expósito o él mismo acabarían con ese cabrón limpiamente, ahorrándose un montón de daños colaterales.

Buscó la cantimplora, bebió agua saludando a John Expósito, que estaba a unos metros de él cubriendo otro ángulo seguro, y tragó el agua tibia pidiendo un milagro, porque llevaban muchos días de misión por la zona y no habían avanzado prácticamente nada, y lo último que quería era entrar con drones o a saco con un misil para cargarse a todo bicho viviente. Esa no era su intención, su intención era solo ir a por el líder, así que tendría que pasar algo concreto antes de veinticuatro horas o el plan se le iría de las manos y acabaría dando dar luz verde a su unidad para que arrasara el poblado, que en realidad eran las órdenes concretas de Washington.

Eso le habían ordenado desde el Pentágono, pero ellos no estaban en el terreno, así que les había pedido cuarenta y ocho horas de margen para hacerlo a su manera. Ya habían agotado un día y sus jefes, y sus hombres, empezaban a impacientarse. Lo comprendía, sin embargo, mientras pudiera evitar una matanza innecesaria, como otras tantas que había visto a lo largo de su carrera, valía la pena mantenerse firme y no ceder bajo ningún concepto.

—¿Luego se va a ir a celebrar con sus amigos de infantería, coronel?

—¿Cómo dices?

—En la Base, las de infantería están esperando que vuelva y las ponga firmes —Morrison rio bajito y él movió la cabeza—. Una me ofreció cien dólares si le daba su número de teléfono, señor.

—En lo único que pienso ahora mismo es en tomar una cerveza fría en cualquier pub de Washington, sargento.

—Con una buena hembra al lado, coronel.

—*Yep.*

—Mi madre, que es hija, hermana, esposa y madre de Marines, dice que un hombre de armas necesita una mujer en la que pensar, y a la que volver, para mantenerse sano, cuerdo y a salvo, señor.

—Mmm...

—Una hermana de mi Britt está soltera y es guapísima, coronel, cuando volvamos a casa se la puedo presentar. También se ha criado entre soldados y Marines, y sabe entender nuestro trabajo.

—Calla y reserva energías, Morrison.

Ordenó sin mirarlo e inmediatamente pensó en Anna, su preciosa Anna Pine, que esa semana, la tercera del mes de julio, se encontraba de vacaciones en Cádiz para ver a la familia de su madre.

Llevaban más de dos meses viéndose con regularidad, desde la última noche de Diego y Celine en Washington, y la cosa iba viento en popa, o al menos eso creía él, aunque ella, la última vez que habían hablado, cuando le avisó que se iba sin fecha de retorno, le había dicho que tenían que hablar, y aquello no le había sonado nada bien.

—Intentaré llamarte, pero esta vez... —la miró y la notó un poco seria, pero lo achacó a que había invadido su consulta sin previo aviso, y lo dejó correr antes de seguir hablando—. Estaré incomunicado, ya sabes. En fin, salgo en una hora, solo quería despedirme, dame un beso. ¿Anna?

—Vaya, yo te había estado llamando porque quería que habláramos —se le acercó y le dio un beso en los labios—, pero lo dejaremos pendiente para cuando vuelvas. Mucha suerte.

—¿Pasa algo?

—Ya hablaremos —sonrió y él la agarró por el cuello para besarla de verdad.

—Finalmente, ¿cuándo te vas a España?

—Dentro de dos semanas.

—Intentaré ir a verte, puedo alojar en Rota, ya hablaremos ¿ok?

—Ok.

Y lo siguiente había sido besarla, abrazarla y salir corriendo porque los movilizaban inmediatamente.

Lo cierto es que las últimas semanas se habían visto poco, solo por las noches para dormir juntos, porque el deseo le impedía dejar de verla, pero el mes de mayo había sido estupendo, mucho más normal, y habían compartido cenas y comidas, alguna salida al campo, mucho tiempo libre robando horas al trabajo de locos que tenían los dos, y consideraba que estaban bien, aunque claro, bien dentro de los parámetros que había establecido él para evitar expectativas imposibles de cumplir, es decir, nada de compromiso, ni preguntas, ni exclusividad, ni planes. Solo se trataba de disfrutar del presente y ser felices, porque eran solo amigos, unos muy unidos, pero nada más.

Anna, que era la tía más inteligente que conocía, lo había captado desde un principio, desde que habían empezado a verse de nuevo, y parecía estar a gusto con el trato, pero esa última mañana en su consulta notó que algo no iba del todo bien y había empezado a preocuparse.

Y no es que quisiera mantener a la fuerza una relación libre y adulta entre dos personas jóvenes y sin compromiso, pero no quería perderla y, para ser sinceros, era la primera vez en su vida que mantenía una relación casi convencional durante tanto tiempo y con tanta naturalidad con una chica. Se sentía cómodo y relajado, estaba a gusto, bien, tanto, que llevaba más de dos meses solo acostándose con ella, así que esperaba que no se estropeará porque, no podía negarlo, dejar de verla sería un golpe que no estaba preparado para encajar.

—Se mueve —susurró Morrison y él salió de sus pensamientos y se acercó a la mira telescópica para observar el revuelo que se había levantado de pronto en el asentamiento.

—Espera un momento... —miró a Expósito y comprobó que también estaba preparado para entrar en acción, volvió a su fusil y respiró hondo al ver a ese cabrón saliendo de su guarida.

—Lo tengo a tiro, señor.

—Dispara.

—Es un tiro al aire, desde que tiene trece años se las ha traído de calle. ¿Has visto a sus hermanos y primos?, son todos iguales, estrellas del deporte, abogados, médicos o cowboys, da igual, todos son insultantemente guapos y unos putos cabrones con las mujeres.

—No se puede generalizar... —respondió, mirando a Barbara Nicholson, que parloteaba desde su pedestal como si fuera dueña de la vedad absoluta, sin inmutarse, y ella la observó tomando un trago de su copa de vino con suspicacia.

—¿Te ha hablado de su primo Taylor?, es un cowboy de Montana, tiene un rancho en un pueblo perdido...

—¿Polson?

—Eso, Polson, Montana, de ahí son los Williams, y ese Taylor, que compite en rodeos y cría caballos es... santa madre de Dios.

—No obstante, llevas muchos años acostándote con Conrad, ¿no?

—Bueno, hija, yo siempre he estado prometida o casada, nunca he esperado nada de él, no soy idiota, pero tú...

—¿Yo?, ¿qué?

—Cumples veintinueve años en octubre, ¿no?, a tu edad yo ya me había casado y tenía un hijo. Necesitas algo serio, no estás para perder el tiempo con el puñetero Conrad Williams, por muy bueno que esté o por muy animal que sea en la cama...

Anna se sentó en el sofá con ese diálogo martillándole la cabeza y miró a su alrededor comprobando que se había dormido en casa de sus padres, en Washington, y bien lejos de Barbie Nicholson.

Llevaba tres días de vuelta en los Estados Unidos, después de pasar diez con su abuela Rocío en Cádiz, y ya se había chupado una guardia de catorce horas en el hospital, estaba agotada y cuando estaba tan cansada solía dormir fatal y tener pesadillas. No pasaba nada más.

Se levantó y se asomó al jardín trasero para comprobar que sus padres dormían la siesta en sus respectivas sillas de terraza y tan a gusto. Gracias a Dios su padre estaba muy bien, no había tenido rechazo, ni ningún efecto secundario después del trasplante, y tras cinco meses desde su intervención todo seguía sin novedad y lo veían florecer a diario. Lo cual suponía un alivio y una gran tranquilidad para toda la familia, especialmente para su madre, que solo respiraba por y para él, y que había pasado una época durísima cuidándolo y dejándose la piel en su recuperación.

Así eran ellos, el uno para el otro, indestructibles gracias a la fortaleza que les daba ese amor inmenso que compartían.

Sin querer se echó a llorar, como solía pasarle últimamente con demasiada frecuencia, giró rápido hacia el salón, recogió sus cosas y decidió irse a su casa.

Les dejó una nota y desapareció pensando en que era una idiota de manual por andar llorando como un alma en pena, como una cría, por un tío como Conrad Williams, que tenía las cosas claras y nunca iba a cambiar, ni le iba a dar lo que ella necesitaba y añoraba con toda su alma, a saber, una pareja estable y fuerte, alguien en quién confiar, alguien a quién amar, alguien que le pudiera dar, aunque solo fuera un poquito, de lo que ella estaba dispuesta a entregar en una relación profunda y saludable, alguien con quién tener hijos. Un amor verdadero, vamos.

Desde luego, Barbie tenía toda razón, pero no se la había dado cuando habían coincidido en una comida en casa de sus padres y le había soltado todas aquellas barbaridades sobre Conrad y su familia. No se la había dado porque ni siquiera le había reconocido que salía con él, sin embargo, había tomado nota de cada sílaba y seguía repasando en su cabeza esa “conversación entre chicas” como la había llamado ella, intentando asimilar que esa era la pura verdad y que, por lo tanto, debía poner freno a lo que sentía y dejar de ver inmediatamente a Conrad Williams.

La cruda realidad es que estaba pillada, se había enamorado, y él solo disfrutaba acostándose con ella. Compartían una atracción física fuera de lo normal, y una química descomunal en la cama, era increíble, pero eso no ayudaba a sobrellevar todo lo demás, y a veces se imaginaba abandonada de la noche a la mañana, sin explicaciones, en cuanto él encontrara la misma química con otra persona y entonces decidiera olvidarse de ella para siempre.

Según estaban las cosas, ni una explicación le iba a regalar, así que antes de llegar a ese punto debía dar el primer paso y romper ella misma la relación, o la no relación, o como se llamara lo que tenían, y por Dios que lo había intentado, dos veces, pero él, después de pasar unas semanas muy ocupado, en las que solo se veían por las noches para hacer el amor como desesperados, había desaparecido de Washington sin fecha de regreso y no había podido decirselo.

Estando en España, dónde había ido porque su madre se lo había suplicado, y donde había descansado poco por culpa de los primos y los amigos que no la había dejado respirar, habían hablado una vez por teléfono. La primera vez en tres semanas, y le había preguntado si seguían estando bien y ella había sido sincera y le había dicho que no lo sabía, aunque se acordaba mucho de él.

Él, con su estilo de siempre, se había reído y alegrado de que lo echara de menos, pero no había dado ni una muestra de lo mismo, y le había colgado después de jurarle que estaba deseando follar con ella hasta que no se pudieran levantar de la cama.

Tras aquella llamada corta y rara, que le había provocado un dolor inexplicable y un llanto desatado, había decidido romper unilateralmente lo que tuvieran, al menos hasta que volvieran a verse, así que le había escrito un email explicándole que necesitaba pensar, tomarse un tiempo, descansar e incluso salir con otras personas, pero él no había respondido, y seguía sin hacerlo quince días después de aquello. Ya estaban a mediados de agosto y no había dado señales de vida, y ella no paraba de llorar y sentirse muy fuera de control.

Había pasado unas vacaciones malísimas. A pesar de que Lili la había acompañado y lo había dado todo en Cádiz, ella había estado ausente, apagada y triste, y había vuelto a Washington con una sola idea clara en la cabeza: tenía que pasar página, ampliar horizontes y dejar atrás de una vez por todas a Conrad Williams que, lo más probable, es que a esas alturas del verano estuviera disfrutando de unas vacaciones locas, en cualquier lugar paradisiaco del mundo, con cualquier amiga de las suyas.

—Anna, qué guapa, en serio, estás impresionante.

Su profesor de Farmacología Siquiátrica, una eminencia de la universidad de Cambridge, se levantó al verla entrar en el restaurante y le apartó la silla muy educado para que se sentara. Ella, que había decidido quedar con él tras mucho pensárselo, le sonrió y se acomodó observando que se había arreglado y que lucía muy atractivo sin su bata de médico y sus gafas de pasta.

—Muchas gracias otra vez por aceptar mi invitación a cenar.

—De nada, es un placer, Nigel.

—Tu hermano me ha dicho que aquí la comida es buenísima y que es tu restaurante favorito. ¿Qué te apetecería pedir?, ¿quieres un vino?

—No, solo agua, gracias, y ya sé lo que quiero pedir —lo miró a los ojos y él le sonrió un poco nervioso—. La lasaña vegetal es muy rica.

—Que sean dos, gracias —miró al camarero y luego a ella con atención—. He leído tu currículum y dice que tienes veintiocho años, pero, perdona que te lo diga, pareces mucho más joven.

—Algo no muy beneficioso de cara a los pacientes, que siempre prefieren a alguien con más experiencia.

Sonrió viendo como le servían el agua e inconscientemente recordó la primera vez que había visto a Conrad en su consulta, sintió un escalofrío recorriéndole la espalda, carraspeó y espantó el recuerdo de inmediato.

—¿Tú qué edad tienes?

—Cuarenta, los cumplí en junio.

—También pareces muy joven y ¿piensas quedarte mucho tiempo en Washington?

—No lo sé, en principio debería volver a Inglaterra en octubre, pero me gusta mucho esto y tengo la opción de ampliar el contrato un curso más, así pues... en fin, depende de muchos factores.

Le clavó los ojos con cierta intensidad y ella sintió una ternura instantánea por él, porque era tímido y prudente, y a pesar de que estaba claro que le gustaba y que le estaba tirando los tejos, iba con cautela, y eso le gustó mucho precisamente en ese momento tan loco de su vida.

—¿De dónde eres exactamente?

—Cardiff, Gales.

—Guau, que bonito. Un verano, mientras estaba en la universidad, en Madrid, nos recorrimos media Gran Bretaña, yo estaba empeñada en conocer Gales y me encantó.

—¿Nos recorrimos? ¿Quiénes?

—Mi novio y yo.

—¿Tienes novio?

—No, ahora no —respondió rotunda, aunque dolía reconocerlo en voz alta y metió el tenedor en la lasaña—. ¿Y tú?, ¿tienes pareja en Cambridge?

—Me divorcié hace tres años y ahora no tengo a nadie, por eso te invité a cenar, si no jamás me hubiese atrevido a... ya sabes.

—Vale —lo miró sin levantar la cabeza y él asintió.

—Eres la chica más guapa que he visto en toda mi vida, perdona, pero tenía que decirlo.

—Vaya, gracias, pero eso suena muy definitivo.

—¿No has pensado nunca en ejercer y vivir en Inglaterra?. Cambridge es un sitio perfecto para investigar y un lugar precioso para vivir.

—Lo cierto es que no, me pasé media vida mudándome por el trabajo de mi padre y desde que he podido decidir yo sola, he decidido no mudarme nunca más.

—Eso también suena muy definitivo.

—Buenas noches.

Oír su voz en ese restaurante y a esas horas de la noche le sonó tan fuera de lugar que le costó reaccionar, pero al fin lo hizo, levantó los ojos y se encontró con los azules y profundos de Conrad Williams, que los estaba observando con el ceño fruncido y una media sonrisa un poco

inquietante. Pegó la espalda al respaldo de la silla y dejó los cubiertos encima de la mesa.

—Hola. Conrad Williams, ¿tú eres? —ofreció la mano a su acompañante y él se la estrechó un poco extrañado.

—Nigel Fergus, encantado —miró a Anna, pero ella solo podía mirar a Conrad, que parecía inmenso y amenazador ahí de pie, al lado de su mesa.

—¿Estás cenando aquí también? —atinó a preguntarle viendo su camiseta blanca y sus vaqueros, y él negó con la cabeza.

—No, he ido a buscarte a tu casa y Lili me ha dicho dónde estabas, pero ya que lo preguntas... —agarró una silla de la mesa de al lado, la puso en la suya y se sentó con total normalidad—. Me muero de hambre y me encantaría cenar.

—Conrad, no puedes hacer esto, Nigel me ha invitado...

—No te preocupes, ya os invito yo.

—¡Conrad!

—Perdón, no entiendo nada —atinó a decir el pobre médico inglés y él lo miró de arriba abajo.

—Y menos que vas a entender, chaval.

—Ya está bien —se puso de pie enfadada, lo agarró de un brazo y lo obligó a levantarse—. Lo siento, Nigel, dame un minuto, ahora vuelvo. Tú, ven conmigo, por favor.

—¿Qué coño haces con ese pringado cenando aquí? —le soltó en cuanto pisaron la acera y ella se giró y lo enfrentó con las manos en las caderas.

—¿Qué coño haces tú aquí? y... ¿cómo te atreves a...?. Eres increíble, pero ahora no pienso discutir contigo en plena calle, mañana te llamo y hablamos.

—¿Mañana?, no, de eso nada. Aterricé hace dos horas, después de una misión larga y peligrosa, y necesito estar contigo, así que despídete del estirado ese y vámonos a casa.

—¡¿Qué?!

—No me lo pongas difícil, Anna, venga, vámonos —intentó agarrarla por el cuello para besarla y ella se apartó de un salto—. Nena...

—¿Recibiste mi email? —él asintió y miró al cielo respirando hondo—. Pues ya está, ya sabes lo que pienso y no puedes venir aquí, saltarte todas las normas de cortesía e invadir mi espacio de esa forma. No quiero ni imaginar lo que pasaría si yo hiciera algo así, me tacharías de histérica o de loca peligrosa, o...

—Ya basta, ¿quieres?

—No, no quiero. Tú y yo no somos nada, solo amigos, siempre me lo recuerdas, así que sé un poco coherente con lo que predicas y déjame cenar en paz.

—Te deseo, necesito estar contigo, hace semanas que solo pienso en volver a Washington para estar contigo.

—Tienes veinte mil amigas por todo el mundo con las que sueles pasártelo muy bien, lo sabemos, así que no me vengas con esas y... en fin... adiós. Mañana te llamo.

—No... —la agarró por la muñeca y se la pegó al cuerpo—. No voy a consentir que te quedes con ese gilipollas sabiendo que yo estoy aquí, no pienso...

—¿Qué hay de la no exclusividad?, ¿del no compromiso?. ¿Sólo valen para ti?, porque yo tengo que cerrar los ojos y hacer oídos sordos a tu estilo de vida liberal y abierto, aunque no me sienta cómoda, porque en realidad soy fiel y leal, así que no entiendo que una simple cena con un buen amigo te ponga así. Es absurdo, raro y completamente fuera de lugar.

—Anna, disculpa, ¿va todo bien?

Nigel se asomó a la puerta del restaurante y ella lo miró forzando una sonrisa, adelantándose para evitar que Conrad saltara y la cosa empeorara aún más.

—Todo bien, gracias, solo necesito un par de minutos más. Pídeme el postre, por favor, el Tiramisú es delicioso.

—De acuerdo —volvió dentro y ella se giró para mirar a Conrad con los brazos cruzados.

—Debo volver y acabar mi cena, si quieres podemos hablar mañana, pero si no quieres tampoco importa. En mi email te explicaba que no puedo más, que necesito pensar y reorganizar mi vida porque nuestro trato ya no es viable para mí, y me encanta estar contigo, porque me gustas mucho, pero no puedo seguir así, y menos si haces este tipo de cosas —sintió que empezaba a ponerse a llorar, pero respiró hondo y sujetó las lágrimas—. Lo quieres todo, pero a la vez no quieres nada, y eso resulta confuso y complicado. Ya te dije una vez que no entiendo a los amigos con derecho a roce, ni las relaciones a tres o más bandas, porque yo soy mucho más simple que todo eso. Solo quiero un poco de estabilidad y estar tranquila, necesito otras cosas en mi vida, ni siquiera entiendo por qué he estado viéndote durante tanto tiempo y...

—¿Estás rompiendo conmigo?

—¿Rompiendo?, ¿rompiendo qué?

—Jesucristo... —susurró moviendo la cabeza y ella se enfadó un poco por el tono, pero optó por tragar saliva y no alargar más una escena tan penosa.

—Ok, voy a acabar tranquilamente a mi cena. Me alegra ver que has vuelto sano y salvo de tu servicio. Adiós.

—¿O sea que no quieres verme nunca más?. Acepto la derrota, pero sabes que te estás equivocando.

—Tal vez, pero no puedo hacer otra cosa, esto no es lo que quiero para mi vida. Buenas noches.

—¡Gracias!

Lili le quitó el papel con la traducción de la canción de Alejandro Sanz que su primo Quique, con el que se había medio ennoviado durante las vacaciones, le había mandado en su último correo electrónico, y Anna movió la cabeza desplomándose en la butaca frente a su escritorio.

Estaba agotada, no daba más de sí y por eso estaba allí, para ver los resultados de su análisis de sangre. Un análisis que se había hecho para confirmar que además de una pequeña depresión tenía anemia, una gorda, y que por protocolo no podía ver ella misma, sino que tenía que hacerlo a través de otro médico. Un pequeño fastidio, otro más en su larga lista de fastidios.

Hacía diez días había “roto” para siempre con Conrad Williams y él, afortunadamente, no había vuelto a dar señales de vida, porque con lo en baja forma que andaba estaba segura de que habría sucumbido sin resistencia a un abrazo suyo, a un beso o a una palabra bonita. Así de mal andaban las cosas, pero sabía que solo se trataba de una mala racha, un pequeño escollo que podría superar con fuerza de voluntad y buen talante. Un pequeño esfuerzo (no tan pequeño) tras el cual pretendía renacer como el Ave Fénix.

Nadie moría de amor, decía su abuela, y ella sabía que saldría reforzada de todo ese episodio del que solo acabaría recordando los buenos momentos, los buenos polvos y el sabor de ese hombre tan guapo, y tan sexy, por el que había perdido el norte demasiado rápido.

—Qué preciosidad, me voy a hacer un Spotify con las canciones que me manda Quique.

—Y en Google están traducidas, si quieres luego te digo dónde.

—Lo he visto, pero no lo hacen tan bien como tú. ¿Qué tal vas?, ¿sabes algo del Marine macizo?

—No, gracias a Dios. ¿Podemos mirar los exámenes?, tengo que ir a comer con mis padres y con Andrew, que nos quiere presentar a su nueva chica.

—¿Ya tiene nueva chica?, ¿quién es la afortunada?

—Una profesora de preescolar, seguro que se casa con ella y empiezan a tener niños enseguida, que es lo que más quiere en el mundo.

—Igual que tú.

—Bueno, es lo que tiene venir de un hogar estable y feliz, eso dice mi madre.

—Creo que tiene razón y también creo que ya es hora de que te busques un buen hombre y empieces a ponerte las pilas. Uno como el doctor Fergus, que está loquito por tus huesos.

—Ya sabes que no me pone nada. Venga, mira los resultados, por favor, recétame un suplemento de hierro y me voy, que no quiero llegar tarde.

—Creo que le ha pedido salir a otra chica del curso, se ha rendido pronto contigo. Lógico, si después de la primera cita no le has dado otra oportunidad —abrió el ordenador para buscar sus resultados y parpadeó antes de fruncir el ceño.

—¿Qué pasa?, ¿es grave?. No me fastidies, que ahora no tengo tiempo para eso.

—¿Cuándo fue tu última regla?

—¿Qué?, pues... no sé... —se detuvo a pensar y calculó que hacía mucho, a mediados de junio, lo recordaba porque le había bajado el mismo día del cumpleaños de su madre—. El 16 de

junio.

—Estamos a 2 de septiembre, Anna.

—Siempre he sido muy irregular y con el estrés, el viaje a España y...

—Estás embarazada, amiga.

—No, no puede ser, usamos protección.

Lili giró el ordenador hacia ella y así pudo leer claramente los niveles de la Alfa-fetoproteína, la Gonadotropina coriónica humana, el Estriol libre y la Inhibina A, las cuatro hormonas del embarazo, y se puso de pie de un salto.

—No, no, por favor, ahora no.

—No llores, venga —Lili saltó y la abrazó muy fuerte—. Tranquila, no pasa nada, estos accidentes ocurren. Anna, mírame, no llores así, por favor, que me vas a hacer llorar a mí también. Venga, cielo.

—Enhorabuena por el nuevo bebé.

—Gracias, tío, estamos encantados. No lo esperábamos tan pronto, pero es una bendición y Martina está radiante.

—Me alegro mucho, ¿qué dice Eddie?

—Dice que muy bien, que a más bebés en casa menos le damos la lata a él.

—Chico listo.

—¿Tú que tal, primo?. Hemos visto las noticias y...

—Sí, ya sabes que no puedo concretar mucho, pero creo que tendremos un 11 de septiembre más tranquilo que los anteriores.

—Genial. Y ¿tu doctora?

—Ya no hay doctora, me dejó hace quince días.

—¿En serio?, ¿qué has hecho esta vez, Conrad?

—Lo de siempre, no comprometerme, ni prometer amor eterno, ni... —se oyó el tono irónico y se maldijo así mismo por ser tan cabrón, así que respiró hondo y cambió de tercio—. Ella merece algo mejor y como dice Robert yo soy un puñetero desastre cuando se trata de compromiso.

—En eso discrepo con Bobby, tú eres el tío más comprometido que conozco.

—Bueno, pero...

—Estás comprometido con tu país, con tu familia, con tu trabajo, con tus camaradas, con tus amigos. Eres un hombre íntegro y de fiar, y seguro que, si la mujer vale la pena, te acabarás comprometiendo con ella como haces con todo lo demás.

—El caso es que Anna vale la pena, estoy loco por ella, pero también estoy muy satisfecho con lo que he conseguido, y me refiero al equilibrio entre este trabajo de locos y mi vida personal libre y sin ataduras, así que no puedo darle lo que necesita y lo mejor es que siga su camino, encuentre un buen hombre estable y tranquilo que la haga feliz, se case con ella, formen una familia y viva sin los sobresaltos que tendría al lado de alguien como yo.

—¿Te estás escuchando?

—¿Qué?

—Creo que te has enamorado, nunca me habías soltado más de dos frases seguidas hablando de una mujer.

—Ya te he dicho que estoy loco por ella y que es un diez, pero...

—Pero prefieres dejarla escapar y que se la quede otro más simple y con menos cargas en su trabajo.

—Básicamente sí. No es plato de buen gusto compartir la vida con alguien del MARSOC, así que me jode, pero ella ha tomado la decisión correcta.

—Pero ¿su padre no es Marine?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Que conoce perfectamente la naturaleza de tu trabajo, que lo comprende, que no la pillaré de nuevas y que si te demanda más compromiso es porque está dispuesta a asumirlo todo sin ningún

problema, o con menos problemas que alguien completamente ajena al Cuerpo de Marines, ¿no?

—Bueno...

—Creo que la estás cagando, Conrad, y que estás vendido, porque ya te ha tocado la fibra sensible y de ahí no se puede salir.

—Sí que se puede y, en todo caso, ya es inútil darle más vuelta porque me ha dado el pasaporte de forma tajante.

—Vale, si tú lo dices.

—Me han contado que este año celebraréis Acción de Gracias en Boston.

—Sí y espero que vengas, tus padres van a ir a Australia a ver a Parker y Robert ha dicho que si puede se apunta, así que no tienes ninguna excusa para no venir.

—No, salvo el trabajo. Ya te iré contando, de momento, manda un abrazo a tu mujer y me alegro mucho por los dos. Enhorabuena por el nuevo retoño.

Le colgó a Bradley, que estaba exultante con la llegada de su nuevo hijo, el segundo con su adorada mujercita, y pensó en lo que le había dicho sobre el compromiso y en que tal vez la estaba cagando y... y dejó de pensarlo de inmediato porque lo único que quería era olvidarse de todo eso y pasar de una maldita vez de todo aquel puto drama.

Caminó por las instalaciones de Henderson Hall, cerca del Pentágono, en el extremo sur del Cementerio Nacional de Arlington, dónde se había pasado la mañana entrenando, y se dirigió al aparcamiento saludando a algunos camaradas con la mano y a otros subalternos que se le cuadraban y lo miraban con cierta simpatía a pesar de no llevar el uniforme. Estaban a 8 de septiembre, la mañana era espléndida, el calor empezaba a aflojar en Washington y solo quería disfrutar de su día libre en paz y tranquilamente, aunque era difícil si la cabeza no paraba de darle vueltas.

Hacía exactamente quince días Anna Pine lo había dejado formalmente, después de haberse presentado en su restaurante favorito para interrumpir su cita con un puto pringado inglés que, según su amiga Lili, era un médico de renombre que llevaba semanas tirándole los tejos.

Cuando había llegado a su casa tras semanas de duro trabajo en el desierto y esa chica, que al parecer no le tenía mucha simpatía, le había soltado aquello, una fuerza completamente desconocida le había subido por el cuello, le había revuelto los sesos y ya no había podido pensar con claridad. Había cogido el coche y se había plantado en el centro con ganas de estrangular a ese tipejo y llevársela a ella de las orejas a su casa, y casi lo hace, afortunadamente no lo hizo, pero aún sin haberlo hecho se había comportado como un bruto y un mal educado, y la había acabado de fastidiar del todo.

Y ella, con lágrimas en los ojos, le había aclarado que no quería seguir con él, algo que ya le había explicado en un email que él había ignorado deliberadamente, y lo había dejado plantado, frustrado y solo en medio de la acera para volver al restaurante a terminar su cena con el capullo ese que, en realidad, no tenía culpa de nada.

Tras ese mal rato se había ido de buscar a su hermano a un pub cercano, había tomado unas copas, ligado con dos chicas y se había ido con ellas a su hotel, porque eran de Nueva York, para disfrutar de una noche de buen sexo sin complicaciones. Una jugada que le había salido fatal, porque nada más acabar con ellas había tenido que salir de allí corriendo antes de que le diera un ataque de llanto culpable y completamente fuera de lugar.

Esa noche comprendió que no solo necesitaba buen sexo y desfogar el estrés tras una misión casi suicida, no, lo que necesitaba era hacer el amor con Anna y después abrazarla y contarle como había ido todo, charlar con ella, mirarla a los ojos y sentirse seguro y en paz, que era como

se sentía cada vez que podía dormir a su lado.

Las cartas estaban sobre la mesa, estaba más pillado de lo que podía soportar, pero ya era tarde porque no había marcha atrás. Ella le había dado puerta y él no iba a perseguirla, aunque algo en su interior le decía que no estaba todo perdido y que el destino, tarde o temprano, le daría otra oportunidad.

Uno no encontraba a una mujer como esa para perderla para siempre, no podía ser, y quince días después seguía esperando, a pesar de no querer reconocerlo, esa segunda oportunidad.

Encontró su coche, le dio a la alarma y en ese mismo instante el teléfono le sonó en el bolsillo del vaquero, lo cogió y al ver que era precisamente ella la que llamaba, el corazón le dio un vuelco y sonrió como un idiota.

—Anna...

—Hola, espero no interrumpir nada.

—Nada, ¿qué tal estás?

—Me gustaría quedar contigo cuando tengas un momento, si estás en Washington.

—Estoy en Washington, ¿cuándo?

—Lo antes posible.

—Claro, pues... —miró la hora—. Estoy saliendo de Henderson Hall, si quieres puedo acercarme al hospital.

—¿Ahora?, estupendo, gracias, pero mejor si quedamos en la cafetería de la primera vez, el Winston Café, cerca del Edificio Eisenhower, dentro una hora ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

Oyó que le colgaba tras un ok muy rápido y se quedó un poco perplejo mirando el móvil, aunque inmediatamente se animó y se subió al coche sonriendo, pensando en que tal vez ella había claudicado, lo echaba de menos, quería arreglar las cosas, y si era así, con algo de suerte, su día libre lo podrían disfrutar juntos en su casa o dónde ella quisiera, que no estaba para exigir nada.

Aparcó y entró en el café quince minutos antes de la cita, se sentó y pidió un capuchino mirando el periódico un poco nervioso, como cuando era pequeño el día de navidad, y se entretuvo en leer algunas noticias absurdas sobre las operaciones especiales en Siria hasta que la sintió a su lado, levantó los ojos y se encontró con los suyos enormes y oscuros muy serios.

—Hola, ¿qué hay? —se puso de pie y ella se sentó sin más. Iba con vaqueros ceñidos y una blusa blanca, el pelo suelto, guapísima y deslumbrando como siempre—. ¿Qué quieres tomar?

—No, nada, gracias, tengo el estómago un poco revuelto.

—¿Un té o...?

—No, nada, gracias —dejó el bolso, respiró hondo y le clavó los ojos—. Gracias por quedar tan rápido.

—De nada, yo también tenía muchas ganas de hablar contigo, aunque no quería presionar, ni...

—En realidad, me ha costado muchísimo llamarte, decidirme a verte y a hablar contigo, pero creo que es lo justo después de... y de... en fin... yo... —estaba muy nerviosa y tenía los ojos brillantes, como de haber llorado, así que quiso facilitar las cosas, estiró la mano y le acarició la suya.

—Oye, tú y yo no necesitamos hablar, ni dar explicaciones, ¿ok?, hay confianza, somos amigos.

—Esto es muy difícil, así que...

—Escucha —la interrumpió y forzó una sonrisa—. La última vez que nos vimos estuve fatal y te pido disculpas, sé que no tenía derecho a presentarme en ese restaurante, ni hablarte así y

comprendo perfectamente que no quisieras volver a verme, es lo justo, pero si ahora quieres volver a quedar y... bueno, quiero que sepas que voy a hacerlo mejor y que estoy abierto a no pedir más de lo que estoy dispuesto a dar.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no puedo prometer exclusividad, ni compromiso, ni una relación “normal” o estable, eso no puedo hacerlo, pero sí puedo entender, y apoyar, que tú hagas tu vida al margen de la mía y salgas y veas a otras personas. Si es eso lo que quieres, adelante, no me importa. Lo importante es que estemos bien cuando estemos juntos, lo demás no es asunto mío e incluso puede llegar a ser saludable para nuestra relación.

—¿Quieres decir que puedo acostarme con otros?, ¿que no te importa porque tú seguirás haciendo lo mismo y será saludable para nuestra hipotética relación?

—Básicamente, sí.

—¿Puedo acostarme contigo y luego irme de fin de semana con otro porque, total, te da igual y no te importa lo más mínimo?, ¿me estás autorizando a ser libre e independiente como tú?

—No es autorizar, es tener un acuerdo claro entre dos personas adultas.

—Madre mía... —se pasó la mano por la cara y sacó un pañuelo de papel para enjugarse las lágrimas—. Qué puñetero es el cerebro.

—¿Qué?

—Todo este tiempo me hacía daño pensar que antes o después de estar conmigo te ibas con otras mujeres, que en cuanto te alejabas de mi cama ya estabas buscando otra, tal vez en Washington, y con seguridad fuera de la ciudad. Eso me dolía y me descolocaba la vida, porque va contra mi educación, mis principios y mi forma de ser, sin embargo, ahora, oyéndote, todo eso casi me parece una broma, porque lo que me acabas de proponer me parece mucho peor.

—Solo se trata de poner unas bases para no...

—Solo se trata de comprobar que siempre te he importado una mierda, e incluso en el futuro, pase el tiempo que pase, te seguiré importando una mierda.

—No, no, no, eso no es así, no tiene nada que ver... ¿adónde vas? —la agarró por la muñeca al ver que se ponía de pie, pero ella se liberó de su mano de un tirón.

—Un hombre de verdad, uno que valga la pena, no le propone a una mujer semejante idiotez. Y seguramente soy yo la que se equivoca, seguramente soy yo la mojigata y la anticuada, pero me da igual, es lo que pienso, es lo que siento, y no quiero seguir escuchando semejante sarta de gilipolleces.

—Anna...

—Mucha suerte en tu vida, Conrad.

—Espera, Anna.

—Vete a la mierda —se giró y le clavó los ojos llenos de lágrimas—. No sabes cuánto me arrepiento de haberte conocido, de haberte metido en mi vida y en la de mi familia, no te puedes hacer una idea. Adiós.

Último jueves de noviembre, Acción de Gracias, y el puñetero aeropuerto colapsado por culpa del mal tiempo y de los millones de personas que pretendían viajar para reencontrarse con sus familiares y cenar pavo con salsa de arándanos hasta reventar, él el primero, que le había prometido a Bradley ir a Boston para pasar el puente de Acción de Gracias con su familia.

Miró el panorama y la hora, las nueve de la mañana, su avión salía a las diez, pero el anuncio de retraso estaba parpadeando junto a su número de vuelo y maldijo a todo Dios entrando en la sala de espera VIP, a la que tenía acceso gracias al billete en primera clase que llevaba en la mano y por el que había pagado una pequeña fortuna.

Buscó un rincón apartado, dejó la maleta y el abrigo, y se fue a buscar un café, miró hacia la cristalera que daba a las pistas y un pequeño escalofrío le recorrió la columna vertebral. Estaba muy nublado, llovía a mares y se sintió aliviado de estar allí y no en una base de campaña en alguna zona desértica del mundo, con el calor y el polvo impidiéndole respirar, pero a la vez se sintió desolado, solo, y calculó que se le pasaría en cuanto llegara a Boston y viera a sus primos, a sus tíos, a su hermano y a sus sobrinos, que siempre le ayudaban a superar los malos momentos.

La camarera de la cafetería le guiñó un ojo y le preguntó si viajaba por negocios o por placer, pregunta estúpida teniendo en cuenta el día, pensó y no le contestó regresando a su sitio, sacó el periódico y decidió leerlo para distraerse mientras se tragaba ese café americano que sabía a rayos. Eso era lo peor de los aeropuertos estadounidenses, el café, nada que ver con algunos aeropuertos europeos o de Oriente Medio donde el café era sagrado, de calidad, barato y te podía sacar de un bajón al primer sorbo.

Cerró los ojos y sin poder sujetarlo pensó en Anna Pine, que solía tener buen café en la casa que compartía con su amiga Lili. Era una gran amante del buen café, como todos los españoles que conocía, y lo preparaba muy bien, sobre todo por las mañanas, cuando tras pasar la noche juntos se lo llevaba a la cama con una gran sonrisa.

Anna, susurró y se le encogió literalmente todo el cuerpo. La añoraba tanto que a veces había ido hasta el hospital solo para observarla de lejos, también seguía sus redes sociales y las de sus amigos, y no le había puesto un operativo de vigilancia porque no estaba tan pirado, pero ganas no le faltaban.

Agarró el teléfono y buscó el Instagram de Lili, que era la que mejor informado lo mantenía, porque solía llevar sus fotos al día. Retrocedió por las imágenes y se quedó en las de su último verano juntas en Cádiz. Había muchas de primos, amigos y familiares de Anna, como rezaban los pies de fotos, pero él solo se podía fijar en ella, preciosa en bikini, jugando a las palas, riéndose con sus primos, comiendo paella o gazpacho con algún vestido de verano sencillo, el pelo rojo brillando al sol y esa sonrisa que podía desarmar a cualquiera, especialmente a él.

Había una de ella bocabajo en la arena, en *topless*, con su precioso trasero enmarcado por un bikini blanco, que lo hacía aún más sexy, mirando concentrada su teléfono móvil, y la acarició con un dedo pensando en lo que siempre pensaba cuando la veía, que seguramente estaba contestándole algún mensaje a él, a él y a nadie más. A él, que había sido tan torpe como para haberla dejado escapar, que la había perdido en sus propias narices a pesar de que estaba claro que ella lo quería, o que al menos estaba dispuesta a quererlo.

Bufó y apagó el puto aparatito. No tenía previsto hablar con nadie y necesitaba desconectar. Desconectar, no pensar, no respirar, no hablar. Solo necesitaba reiniciarse y lo haría en Boston, con los suyos, con la gente que lo quería a pesar de todo, la gente a la que él quería a pesar de todo, al lado de la que podría, estaba seguro, dejar de pensar en esa chica que lo había plantado con palabras tan duras, llenas de tanto dolor, en un café del centro de Washington hacía casi tres meses.

—¡Madre mía! Es mi día de suerte. Dichosos los ojos que te ven, guapo.

—¿Barbara? —subió los ojos y los entornó sin levantarse. Una falta de cortesía que a ella cabreó de inmediato.

—¿Qué pasa?, ¿se te han olvidado tus modales?. Invítame a un café.

—Ve a buscarlo tú misma, como todo el mundo.

—Que desagradable, Conrad, lo único que te salva es que estás buenísimo.

Barbie Nicholson, con un abrigo de piel en la mano y unos andares de reina de belleza que delataban lo creído que se lo tenía, le dio la espalda y se fue a la cafetería. Él movió la cabeza pensando en que se la había quitado de encima, pero no fue así y a los cinco minutos la tenía sentada al lado con un vaso de café americano y su penetrante perfume impregnándolo todo.

—¿Dónde vas?

—Boston.

—¿Vas a ver al buenorro de tu primo?. Menuda temporada lleva y al parecer vuelve a ser papá ¿no? Lo he leído en alguna revista. ¿Vas a conocer al bebé?

—Aún no ha nacido, voy por Acción de Gracias.

—¿Y por qué eres tan antipático?, creí que seguíamos siendo amigos.

—No desde que empezaste a inventarte historias sobre mí.

—Eso es agua pasada.

—No para mí —la miró de reajo y ella resopló mirando al infinito.

—A propósito, ¿sabes quién va a tener un bebé?

—No, ni me interesa.

—Y está soltera, una vergüenza para su familia, lo sé, conozco al tío Andrew. Aunque tanto él como el resto de la familia han cerrado filas y la están apoyando a muerte, sé que para él es tremendo. Mi padre dice que ningún padre puede desear algo así, menos para una hija tan protegida, que es el ojito derecho de todos y que ha crecido entre algodones. Qué lástima. Su madre está exultante y ya está organizando el *baby shower* para febrero. Creo que el bebé es para primeros de abril, eso jura mi madre, pero tendré que informarme mejor, la conozco desde que nació y me apetece hacerle un buen regalo. Pobrecilla, madre soltera teniendo a sus pies a miles de tíos dispuestos a ponerle un anillo en el dedo.

—¿Por qué me estás soltando este rollo, Barbara?, en serio, quisiera leer un poco.

—Porque la conoces.

—¿A quién?

—A la chica embarazada de la que te estoy hablando, si no de qué te estaría contando todo esto. Se trata de Anna, Anna Pine.

—¿Cómo dices? —sintió un jarro de agua fría sobre la cabeza y se enderezó en la silla— ¿Embarazada?, ¿de quién?

—Y yo que sé, hombre, esas cosas no se preguntan.

—¿Estás segura?

—Por supuesto, a su padre y al mío casi les da un infarto, en mi casa no se habla de otra cosa y

encima... —bajó el tono y lo miró de cerca—, no ha querido revelar el nombre del padre, imagino que para evitar que Andy coja un bisturí, vaya tras él y lo convierta en carne picada.

—Me cago en la puta... —cerró los ojos y encendió el teléfono móvil haciendo amago de llamarla, pero se detuvo y se puso de pie mirando a Barbara, que lo observaba con la boca abierta—. Entonces, resumiendo, ¿no hay un novio?, ¿una relación?, ¿un compromiso?

—Nada de nada, ha dicho que el crío es solo suyo, que tiene edad más que suficiente, una carrera y un trabajo cojonudo, y que no necesita de nadie para criar a su hijo. Fin de la historia, se ha cerrado en banda y su familia ha acatado su decisión sin rechistar.

—Ok... ok... —el corazón le iba a mil porque algo se le acababa de encender por dentro, pero mantuvo la calma y miró otra vez a Barbara a los ojos—. ¿De cuánto está?, ¿para cuándo es el bebé?

—Está a punto de cumplir los cinco meses, se quedó embarazada a finales de junio, primeros de julio, por lo tanto, nace a primeros de abril, acabo de decírtelo. ¿Estás bien? —también se levantó y le tocó el brazo.

—Sí, gracias, debo irme.

—Estás blanco como la cera, ni que fueras el padre... —sonrió, pero se puso serio de golpe y él se inclinó para recoger sus cosas—. Por algún casual no creerás que ese niño es tuyo, ¿no?, ¿Conrad?

—No lo creo, estoy seguro.

Se dio una ducha y luego se tomó un tiempo para embadurnarse con la crema antiestrías que le había recomendado su ginecóloga. Se tocó la tripa lisa y plana, y se miró en el espejo sonriendo, porque ya estaba bien, se sentía bien, sin vómitos, ni náuseas, ni bajones depresivos por culpa de sus circunstancias. Unas circunstancias que, ya había convencido a todo el mundo, eran las ideales.

Estaba soltera, sí, pero había cumplido los veintinueve años, una edad óptima para ser madre, tenía un buen trabajo, muchos proyectos, una casita nueva cerca de la de sus padres y un montón de gente a su alrededor que la quería y que la estaba apoyando. Era una privilegiada, no se podía quejar, y que su bebé no tuviera padre no significaba que iba a crecer como un bicho raro, nada de eso, porque en el siglo XXI, afortunadamente, en el país y en la sociedad donde le había tocado vivir, aquello era una nimiedad sin importancia.

En el hospital había tenido que dar la noticia oficialmente al departamento de personal y a su jefe directo, porque no podía trabajar en ciertas áreas sanitarias estando embarazada, y todo el mundo había reaccionado muy bien, la habían felicitado, le habían hecho un regalo y nadie había osado preguntar quién era el padre de la criatura. Aquello habría sido una falta de respeto y una intromisión a su intimidad gravísima, así que no había tenido que dar explicaciones a nadie, ni siquiera a los más allegados, muestra más que evidente de que los tiempos habían cambiado.

Con su familia la cosa había sido un poco más complicada.

Lo cierto es que después de que Lili confirmara el embarazo, y que dos pruebas de la farmacia dijeran lo mismo, se había repuesto del *shock* muy rápido. Por supuesto, pensaba tener a su hijo, era lo que más deseaba en el mundo, así que se tranquilizó, se lavó la cara y se presentó en casa de sus padres para darles la noticia delante de Andy, al que también había pedido asistir a la pequeña reunión familiar para matar dos pájaros de un tiro.

—Quería comentaros algo —les dijo a los tres juntos, en el salón de casa, y los tres la miraron con el ceño fruncido—, pero antes de decir nada me gustaría dejar claro que estoy muy contenta, muy feliz y que espero que...

—Estás embarazada —le soltó su madre y se puso de pie.

—¿Cómo lo sabes?

—Una madre sabe eso, es evidente, estás radiante. Ven aquí.

La agarró y le pegó un abrazo muy fuerte llorando y tocándole la cara, y besándole la frente, y ella también se había echado a llorar muy emocionada hasta que levantó los ojos y se encontró con los de su padre y su hermano, que la estaban observando como si acabara de confesar un crimen múltiple.

—¿Quién es el afortunado padre? —preguntó su padre muy educado y ella se apartó de su madre respirando hondo.

—Una relación fugaz, papá, nadie importante. No hay padre, lo tendré yo sola y es justamente lo que quiero, ocuparme yo misma de mi hijo porque...

—Me es igual si va a ocuparse o no de tu hijo, tú no necesitas a nadie, estoy preguntando si sabes quién es el padre.

—¡Andrew! —exclamó su madre escandalizada y ella la agarró de la mano.

—Lo sé, por supuesto que lo sé, papá, porque es el único hombre con el que he salido después de romper con Diego, pero nunca ha sido mi novio, no era una relación seria, él tiene una vida muy lejos de mí.

—¿Está casado?

—No.

—¿Qué opina de su futura paternidad?

—No se lo he dicho, ni pienso decírselo, ya os he explicado que este hijo es solo mío —se empezó a poner a la defensiva y su madre le apretó la mano—. Lo siento mucho, papá, pero te ruego que no me preguntes por el padre de mi hijo porque no os voy a decir quién es, no hace ninguna falta. Estoy yo sola con esto, pero me valgo de sobra para formar mi propia familia y criar a mi hijo.

—De eso no me cabe la menor duda, pero quiero que lo busques y le digas que tiene un hijo en camino.

—Papá...

—Ningún hombre debe vivir sin saber algo así, y ningún niño debe crecer sin saber quién es su padre.

—En eso tiene razón, Annie —su madre le acarició el pelo.

—No creo que le interese, él no es como nosotros, papá.

—Un ser humano será, además de un caballero, si ha conseguido salir contigo, así que por tu bebé y por su futuro, quiero que me prometas que hablarás con él, después de eso, no volveremos a hablar de este tema nunca más. Te doy mi palabra de honor. Ven aquí...

Se puso de pie y la estrechó contra su pecho emocionado y feliz, lloraron de felicidad abrazados a su madre, alegrándose por la llegada de su primer nieto, hasta que propusieron un brindis y se fueron a la cocina a buscar las copas de champán y el teléfono móvil para hacer unas fotos.

Ella los siguió con los ojos y de repente se acordó de su hermano, que no había abierto la boca, se giró hacia él y él se puso de pie moviendo la cabeza.

—Es de Conrad Williams ¿no?, ¿ese puto cabrón inconsciente te ha dejado embarazada?

—Nadie me ha dejado embarazada a la fuerza, Andy, hemos sido dos adultos que...

—¿Dos adultos?, él es un puñetero capullo que se tira a todo bicho viviente y tú, tú has perdido completamente la chaveta y el sentido común desde que se te puso delante. No sé quién era el adulto en esta situación, pero sí sé que él es mayor que tú y que tiene mucha más experiencia que tú de aquí a Marte, así que para mí es un puto cabrón inconsciente.

—En todo caso, nadie ha dicho que sea el padre.

—Estupendo, tú sigue protegiéndolo, pero a mí no me engañas.

—Mi decisión es la que le acabo de explicar a papá, Andy, y te ruego que tú también las respetes, por favor te lo pido.

—Tú pides mucho.

—Por favor.

—Me lo pensaré, pero, de momento, habla con él y dile que va a ser padre, lo has prometido delante de tu familia, y como no lo hagas en un tiempo prudencial ten por seguro que se lo diré yo.

Dos días después, tras mucho darle vueltas y llorar sola en su cuarto, había llamado a Conrad Williams pensando que no lo pillaría en los Estados Unidos o que no querría saber nada de ella después de su última discusión en la puerta del restaurante de Georgetown, pero la fortuna quiso que estuviera Washington y que accediera a verla en seguida.

Y llegó a la cita con la clara intención de contarle que estaba embarazada, y al verlo casi muere de amor perdiéndose en sus ojos clarísimos y en su estampa de príncipe de cuento, pero él lo había estropeado todo a los cinco minutos de charla saliendo con su discurso sobre el amor libre y el sexo sin compromiso. Le había hablado de que podía salir con otros hombres, que a él no le importaba que se acostara con otros, y le había roto el corazón en mil pedazos.

Nunca llegaría saber lo doloroso que había sido para alguien como ella escuchar aquellas palabras que pretendían ser conciliadoras o amistosas, pero que solo habían provocado un daño innecesario. Nunca lo sabría, porque en ese mismo instante se había despedido de él para siempre y nunca más habían vuelto a verse o a hablar por teléfono.

Hacia de eso casi tres meses y con disciplina y voluntad había conseguido aparcarlo en el fondo de su alma y de su corazón.

Por supuesto, nunca llegó a decirle que iban a tener un bebé, aunque delante de sus padres y de Andy aparentó que sí, nunca lo hizo, ni pretendía hacerlo. Lo quería, estaba enamorada de él y lo estaría siempre, se sentía dichosa de tener a su hijo, de estar embarazada de él, porque estaba segura de que era el gran amor de su vida, pero eso no era suficiente motivo para hacerlo partícipe de su estado o de su ilusión.

Él ya tenía suficientes responsabilidades en su vida, suficiente presión cuidando de la seguridad de su país. Ya tenía una vida muy lejos de ella y con algo de suerte jamás volverían a coincidir, así que no hacía falta cargarlo con más peso y hablarle de un embarazo que, estaba segura, le caería como una losa incómoda encima.

Prefería que no lo supiera a que lo rechazara, así que estaba muy satisfecha con la decisión que había tomado y desde entonces solo vivía para su bebé, preparando muy ilusionada su llegada para la primavera, cuando ya esperaba tener lista la casita que había alquilado en la misma calle de sus padres. Una propiedad pequeñita y acogedora donde esperaba criarlo sin sobresaltos, ni mudanzas, ni demasiados cambios. Donde esperaba tener una existencia corriente y común, nada complicada, muy alejada a la locura que Conrad Williams había instaurado en su vida los pocos meses que habían pasado juntos.

—Annie, cariño, ponte con la salsa ¿quieres?

Su madre la vio entrar en la cocina, le indicó los ingredientes de la salsa de arándanos y ella asintió mirando las toneladas de comida que había prevista para la cena de Acción de Gracias. Aunque solo serían siete personas —sus padres, Andy, su novia Su, Carlos y Lola Martín, unos amigos españoles que estaban expatriados en Washington, y ella para cenar— aquello parecía un supermercado, pero se calló y se arremangó para echarle una mano.

—¿Has pensado que si Dios quiere el año que viene tendremos a un chavalín o a una chavalina correteando por aquí?. Este será nuestro último Acción de Gracias sin nietos, gracias a Dios y a mi virgencita del Rocío.

—Sí, lo he pensado.

—Y el año que viene, que papá estará bien del todo, lo llevaremos a Cádiz para conocer a la familia y a Almonte para dar gracias a mi virgen. Si es niña podrías ponerle Rocío, tu padre no me dejó...

—Me llamo Anna del Rocío, mamá —se acercó y le dio un beso en la cabeza—. Ya es más que suficiente.

—Y es precioso, esta podría ser María del Rocío o...

—No te molestes, seguro que es un niño.

—¿Ya lo sabes?, ¿te lo han dicho?

—No, porque no se le ve claro, pero me da que será un niño...

Sin querer pensó en Conrad y en su insólita historia sobre su familia llena de hijos varones, y el sonido del timbre las hizo saltar, las dos se miraron con sorpresa y en seguida oyeron como su padre abría la puerta principal, saludaba a alguien y lo dejaba entrar.

—¿Quién será tan pronto?

—No sé, igual alguna de tus vecinas...

Oyó su voz grave y tan bonita en medio del silencio y se le cayó el cuchillo de la mano, se afirmó en la encimera y respiró hondo para no desmayarse, cerró los ojos y entonces fue la voz de su padre la que la hizo saltar.

—¡Anna, hija!, te buscan, es el coronel Williams, ¿estás visible?

—Dile que no, dile que no estoy...

Susurró hacia su madre en español, ella frunció el ceño y no alcanzó a reaccionar porque su padre ya lo estaba metiendo en la cocina.

—Buenos días, siento importunar, señora Pine —dijo Conrad Williams en persona, muy educado, saludando a su madre, y ella no lo miró pensando en una vía de escape porque no sabía lo que hacía allí, pero seguro que nada bueno—. Anna, necesito hablar contigo.

—¿Quieres un café, hijo?, qué alegría verte, hace mucho que no sabíamos nada de ti, aunque Andrew siempre que lee los periódicos dice: esto lo ha hecho la unidad de Conrad seguro o...

—Yo también me alegro mucho de verla, señora Pine, pero solo vengo para hablar con su hija, no me quedaré mucho tiempo.

—Annie, te están hablando.

—Sí, ¿qué hay? —se giró, lo miró a los ojos, él deslizó la vista por su cuerpo hasta su vientre, y supo de inmediato que ya lo sabía todo.

—No sé, dímelo tú.

—¿Perdona?

—No sé cómo puedo estar si acabo de enterarme de que voy a ser padre.

—¡Virgen santísima! —exclamó su madre santiguándose y su padre dio un paso al frente, se puso a su lado y la miró a ella con los mismos ojos de sorpresa.

—¿Annie?

—¿Podemos hablar en otro sitio, por favor?

—No, no pienso hablar contigo en otro sitio porque, según me han dicho, vas diciendo que tu hijo no tiene padre y perdona, pero por ahí sí que no paso y menos delante de tu familia.

—Mira, Conrad...

—No, Anna, no puedes dejarme al margen de esto.

—Hija, ¿salías con el coronel Williams y te lo has callado todo este tiempo?

—Papá...

—¿No es que habías hablado con él y que no le interesaba implicarse?

—Nunca ha hablado conmigo, acabo de saberlo por casualidad en el aeropuerto, porque Barbara Nicholson me lo ha contado como un cotilleo más de Washington.

—Santa madre de Dios...

Susurró su madre mirándolos muy descolocada y ella respiró hondo, se acercó a Conrad, lo agarró por el codo y lo sacó de la cocina con ganas de matarlo. Lo llevó al recibidor, delante de

la escalera, y lo miró a los ojos indignada.

—¿Cómo te atreves a venir a casa de mis padres y soltar algo así sin hablar antes contigo?, ¿tú quién coño te crees que eres?, ¿el rey del mundo?

—¿Acaso no es verdad?, ¿te estabas acostando con otro mientras estabas conmigo y resulta que el bebé no es mío?

—Vete, por favor, vete... —le indicó la puerta, pero él se plantó firme y se puso en jarras inclinándose para buscar sus ojos

—Llevo una hora llamándote y tienes el puto móvil desconectado, también fui al hospital y a casa de Lili y ella se dignó a informarme de que estabas aquí. ¿Qué querías que hiciera?, ¿eh?, si esto es lo más fuerte que me ha pasado en la vida.

—... —ella guardó silencio y dio un paso atrás.

—¿No pensabas decírmelo nunca?

—Fui a decírtelo en cuánto lo supe, al Café Winston, por eso te pedí quedar, pero luego... luego me saliste con tu discurso habitual sobre las relaciones y... en fin... me di cuenta de que no estabas preparado para algo así y que prefería que no lo supieras a que salieras corriendo delante de mis ojos.

—Yo jamás, jamás le daría la espalda a un hijo mío, para mí la familia es sagrada, Anna, pensé que lo sabías.

—Esto no es una familia, es un embarazo no programado con una mujer con la que no has sido capaz ni de tener una relación exclusiva y monógama, así que vamos a dejarlo correr, ¿ok?

—Tú qué sabrás, Anna.

—¿Yo qué sabré?, ¿en serio?. En realidad, tu punto fuerte es la sinceridad, así que desde el minuto uno lo sé todo, no te olvides de eso.

—Todo el tiempo que estuvimos juntos, después de la primera crisis por culpa de Barbara, solo he estado contigo, fue así desde abril, todo el verano y toda mi última campaña en Afganistán, hasta que rompiste conmigo en la puerta de aquel puñetero restaurante del centro. Por primera vez en casi treinta y siete años necesité tener una relación estable y exclusiva, ¿vale?, y eso será por algo.

—¿Ah sí?, pues a mí nunca dijiste nada, ¿por qué?, ¿te daba miedo que ante una debilidad semejante quisiera aprovecharme de ti?

—Pero... ¿qué maldita imagen tienes de mí, Anna?

—La que tú me has hecho asumir desde que te conozco.

—Ok, ok...

Respiró hondo mirando al techo y ella se cruzó de brazos observando lo diferente que se veía sin ese aire seductor y un poco guasón del que siempre hacía gala. Era evidente que estaba pasándolo mal, que aquello lo había afectado mucho, y empezó a sentir ternura y un poco de pena por él.

—No podemos pasarnos el día cruzándonos reproches, no he venido para eso, he venido para confirmar la buena noticia y para decirte que estoy aquí, contigo, que quiero a nuestro hijo tanto como tú, y que no pienso quedarme al margen.

—Yo, yo, no sé...

—¿Tú me quieres?, porque yo estoy loco por ti. Desde que te vi en tu bonita consulta del Georgetown Hospital no he podido sacarte de mi cabeza.

—Como médico debería decirte que estás conmocionado, Conrad, no digas algo de lo que más tarde podrías arrepentirte.

—¿Qué te crees, que tengo quince años?

—No, creo que eres un caballero, un tío íntegro y decente que ante una noticia como esta reacciona como debería, no cómo querría.

—Voy a participar en este embarazo, en el nacimiento y en la vida de mi hijo, Anna. Lo haré por las buenas o por las malas, para eso están los tribunales, no tengo ninguna necesidad de camelarte o mentirte o decirte lo que se supone que es correcto porque esté conmocionado o porque tenga miedo de que no me dejes ver a mi bebé.

—Mira...

—Soy un Marine de élite de los Estados Unidos, cariño, estoy entrenado para soportar sin tacha esto y mucho más —sonrió, relajando los hombros, y ella se pasó una mano por la cara—. Y deja ya de comportarte como una bruja despiadada, porque no lo eres. Eres la mujer más honesta, sensible y dulce que conozco, te quiero por eso, me enamoré de ti por eso, y no me creo nada esta postura de tía dura que te has inventado para castigarme o para alejarme de vosotros. No te pega nada.

Oyó eso de que la quería y de que estaba enamorado con un poco de incredulidad y lo miró entornando los ojos. Él dio un paso y la sujetó por las caderas, le besó la frente y luego bajó la boca para besarla en los labios, pero ella dio un salto y lo apartó con las dos manos.

—Te quiero, Anna.

—Vamos a separar al bebé de nosotros, ¿ok? Tú quieres a tu hijo, estás enamorado de la idea de ser padre, lo respeto y lo entiendo, porque yo me siento igual, pero no mezclemos las cosas, te lo pido por favor.

—No mezclo nada, sé que te quiero desde hace mucho tiempo y ahora, ahora saber que llevas a mi bebé... —volvió a sujetarla por las caderas con los ojos húmedos y soltó una risa nerviosa— ... es un milagro. Eres la mamá más guapa del mundo, ¿lo sabes?

—Estamos perdiendo la perspectiva y no pienso...

—No pienses, déjame a mí, yo me ocuparé de que me quieras, o que reconozcas que me quieres.

—¡Hola!, ¡mamá, papá!

De pronto la puerta se abrió y entró Andy con la caja de una tarta y seguido por Sue, su novia. Anna saltó para apartarse de Conrad y miró a su hermano intentando avisarle de lo que estaba pasando, pero él no se fijó en ella, sino en Conrad Williams, y se puso serio de golpe.

—¿Qué coño haces tú aquí, tío?

—Hola, Andrew, he venido...

—¿A qué?, ¿no tienes con quién pasar Acción de Gracias y te has acordado de tu exnovia embarazada?

—No, nada de eso, yo...

—Pues yo no pienso compartir la cena contigo, macho, así que a la puta calle.

—¡Andy!

—Eres una vergüenza para el Cuerpo, me siento...

—¡Andrew, calla ya! —su padre apareció por el pasillo y levantó una mano—. Respetar al padre de tu sobrino y a tu superior. El coronel Williams ha venido precisamente para hablar con tu hermana, porque acaba de enterarse de que está embarazada, cosa que no sabía, aunque nosotros creyéramos lo contrario.

—¿Qué? —Andy abrió mucho la boca y la miró a ella con ojos asesinos— ¡Anna!, ¿nos has mentido?

—Bueno...

—¿Tú estás loca?! —dio dos pasos hacia ella y Conrad se cruzó en su camino mirándolo a los ojos.

—Suficiente, capitán, será tu hermana, pero es la madre de mi hijo y no pienso consentir que le hables así.

—Bien dicho —Soltó su padre y los miró a todos con una sonrisa. Anna se sentó en un escalón de la escalera y se tapó la cara con las dos manos.

—Bien, vamos a calmar los ánimos y vamos a empezar a celebrar Acción de Gracias. Adelante, Sue, no te asustes por el revuelo, la sangre española de los Pine a veces se hace notar. Conrad, ¿tienes planes para la cena?

—Iba camino de Boston, pero...

—Entonces te quedas con nosotros, a más mejor. ¿Ibas a Boston a pasar el puente con tu primo Bradley?

—Así es, señor.

—Vaya, Bradley Williams nada menos...

Anna levantó los ojos y vio a su padre palmoteando la espalda de Conrad Williams mientras su madre le servía un ponche en el salón. Respiró hondo y parpadeó preguntándose si estaba soñando o no.

20

—Los Williams nunca nos rendimos ¿ok?, lo mío con Martina fue una obra de ingeniería, me costó muchísimo que confiara en mí, lo sabes, así que sube ese ánimo y a por todas. ¿Conrad?

—Lo sé —aparcó fuera del Georgetown University Medical Center, se bajó del coche y puso la alarma—. No pienso rendirme, solo es que la veo muy cerrada y la conozco, tiene una voluntad de hierro y empieza a... joder, macho, pueden movilizarme en cualquier momento y no quiero largarme sin dejar las cosas claras. Un bebé lo cambia todo, ya no me iré tranquilo dejándola sola, pero... en todo caso, ya he tomado algunas medidas, lo primero hablar con mi abogado y cambiar el testamento, lo firmé ayer por la tarde.

—Ok, en tus circunstancias es lo más sensato, aunque no me gusta que pienses en la muerte, tío. No me asustes.

—No te preocupes, son neurias mías. Aunque objetivamente corro más riesgo de muerte que el 99% de los tipos de mi edad, no pienso en eso, nunca lo hago, sin embargo, hay que ser prácticos.

—Por supuesto, pero...

—Estoy bien, Brad, no te preocupes. Ahora subo a ver la ecografía y se me pasa todo.

—¿Con su familia sigue todo bien?

—Más que bien, incluso con el hermano. Con ellos todo en orden, la Nochebuena fue estupenda, es ella la que se me cierra en banda.

—Joder, primo, ojalá pudiera hablar con Anna y contarle el tío de puta madre que eres.

—Es muy fan tuya, seguro que te presta más atención que a mí.

—Jugamos con los Redskins en Washington justo después de año nuevo, le mandaré unas entradas VIP para ella y toda su familia, le pediré a Paula que se ocupe, ¿de acuerdo?, incluso intentaré que Martina y los niños se vengan conmigo y así verá que tienes una familia de lo más normal.

—Ok —se echó a reír—. A ver si ocurre el milagro y a ti te cree que estaba enamorado de ella mucho antes de saber que estaba embarazada.

—Tú déjamela a mí, de momento, ánimo, tío, serás un padre cojonudo.

Agradeció los ánimos, le colgó y entró en el hospital para subir a ginecología donde Anna tenía cita para una ecografía, aunque antes pasó por Urgencias para ver a su hermano y pedirle el anillo que le había traído de Nueva York, dónde había estado pasando la navidad.

Su madre guardaba desde siempre en su joyero tres anillos de la familia que esperaba legar algún día a sus futuras nueras. Parker, su hermano mayor, ya había colocado el suyo en el dedo de su mujer australiana hacía once años, y los otros dos, el de Robert y el suyo, seguían esperando, pero ya había llegado el momento de reclamar el que le tocaba a él porque, no tenía la más mínima duda, le iba a pedir matrimonio a su doctora Pine, en cuanto ella bajara un poco la guardia y se dejara querer.

—Bobby, ¿qué tal, chaval?, ¿qué tal en Long Island? —se dieron un abrazo y Robert sacó del bolsillo la típica cajita de Tiffany que nunca, en su vida, había imaginado que necesitaría de verdad.

—Bien, todo perfecto y cogí el famoso anillito de la abuela Claire.

—Bueno, nadie podría llamarlo anillito —miró con atención el precioso y sobrio solitario con

un diamante muy bonito y sonrió—. Creo que le va a gustar.

—Mamá y papá están que no se lo pueden creer, ya les he jurado yo que Anna Pine existe, que de verdad es una doctora brillante, muy guapa, muy maja y con la cabeza en su sitio.

—Sí, se han llevado una gran sorpresa.

—Están encantados, al fin el más golfo de sus hijos va a sentar la cabeza.

—Ojalá me dejen... mil gracias, Bobby. Me voy, tengo que subir a la cuarta planta para ver mi primera ecografía.

—Adiós, papá.

Le dijo Bobby y él le guiñó el ojo antes de decidirse a subir por las escaleras, porque estaba demasiado ansioso como para esperar el ascensor.

Estaban a 28 de diciembre, había pasado la Nochebuena y la Navidad con la familia Pine, que lo había incluido en sus planes navideños a pesar de la frialdad y la distancia con la que lo trataba Anna, y seguía como en una nube.

Desde hacía un mes no se podía creer que iba a ser padre, era la mejor noticia que había recibido en su vida y, a sus treinta y siete años recién cumplidos, el mejor regalo que le podía hacer el universo. Estaba feliz, se lo había contado a todo el mundo, lo había celebrado con sus camaradas y sonreía como un idiota imaginándose a su pequeño y también mirando a Anna, que estaba preciosa y radiante, aunque apenas se le notaba la tripita.

Ya le había pedido que lo dejara tocarla y ella, que estaba en un plan un poco insoportable, había accedido a regañadientes, pero al fin lo había dejado y él le había besado el vientre y había hablado con su bebé, que seguro ya lo empezaba a reconocer, según decían los libros que leía compulsivamente y según Carmen, su “suegra”, que era su mayor cómplice en toda aquella aventura que lo tenía feliz, aunque aún le quedaban muchas cosas que solucionar.

Ya había asumido su paternidad, había arreglado los temas legales pertinentes, porque su trabajo de alto riesgo lo hacía imprescindible, había enterrado el hacha de guerra con Andy Pine y conquistado a sus padres, en ese frente todo estaba en orden, pero aún le quedaba lo más importante: conseguir que Anna se rindiera y dejara de tratarlo como a un incordio, una pesadilla decía ella, y aceptara que lo quería y que estaban destinados a estar juntos para siempre.

—¿Anna Pine ya ha entrado? —le preguntó a la recepcionista al ver la sala de espera vacía y ella lo miró con atención.

—Sí, ¿usted es?

—El padre del bebé, Conrad Williams.

—Ah, claro, señor Williams, pase, la doctora Pine acaba de pasar con su madre.

Él le sonrió y la siguió a la consulta, dieron un golpecito en la puerta, entraron y se encontró a Anna en la camilla hablando con la especialista mientras ella le ponía un gel sobre el vientre desnudo.

—Pasa, Conrad —le dijo Carmen Pine con una gran sonrisa y él entró mirando los ojos de enfado de Anna—. Has llegado justo a tiempo.

—Qué suerte, ¿qué tal?

—Catherine, este es Conrad, el padre de la criatura —presentó Carmen y él saludó a la simpática ginecóloga acercándose para ver la pantalla del ecógrafo.

—Encantada, ya empezamos, ¿estás bien, Anna?

—Sí, solo un poco sorprendida, no sabía que... nada, tú empieza, Catherine, por favor.

Lo siguiente había sido pura magia porque oír los latidos del niño lo hicieron emocionarse hasta las lágrimas y ver su imagen en 3D casi le provoca un infarto. Todo era increíble y agarró la

mano de su “suegra” cuando ella al verlo tan blandito se la agarró con fuerza.

—¿Queréis saber el sexo?

—Es un niño —susurró, limpiándose las lágrimas con la manga de la camisa.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, los Williams solo sabemos hacer niños —bromeó y miró a Anna, que también estaba llorando—. Lo que tú quieras, pero yo ya doy por hecho que es un niño.

—Dinos el sexo, Catherine, por favor, no nos dejes con la duda.

—Premio para el padre porque sí, es un niño. Un precioso niño fuerte y saludable. Enhorabuena.

Carmen lo abrazó y luego ayudó a su hija a limpiarse el gel y a bajarse de la camilla, y él se mantuvo un poco al margen para no ponerla nerviosa, hasta que salieron de la consulta y nada más llegar a un pasillo Anna lo agarró de un brazo y lo apartó de su madre para mirarlo a los ojos.

—Espera un momento. Mamá, ¿puedes ir bajando?, necesito hablar con Conrad, espérame en mi consulta, por favor.

—Claro, adiós, cariño y enhorabuena —le dio un beso a cada uno, él le sonrió y luego miró a Anna a la cara.

—¿Qué?

—No puedes invadirme de este modo, en serio, no puedes utilizar a mi madre para seguirme a las clases de yoga prenatal, ni a las de parto sin dolor, ni a mis visitas médicas, ni a mis ecografías. Me estás volviendo loca, entiendo que estés entusiasmado con el bebé, y en el fondo de alegre, pero dame un respiro, por favor.

—Yo...

—Te apuntaste a la cena de Acción de Gracias, a la de Nochebuena y a la comida de Navidad sin preguntármelo, te has metido en el bolsillo a toda mi familia, llevamos un mes viéndonos casi a diario. ¿No te parece suficiente?, ¿no puedes darme una pequeña tregua?

—No.

—Te dije que te enviaría la ecografía de hoy, no era necesario que te presentaras sin invitación. Te di mi palabra de honor de que compartiría contigo todo lo que pasara, confía en mí, por favor.

—Cualquier día me movilizan y no sé cuánto tiempo estaré fuera, necesito estar presente si estoy en Washington.

—Ok, pero necesitamos establecer unas normas.

—¿Por qué?

—Porque tú y yo no somos pareja y quisiera mantener un pequeño espacio de intimidad.

—No somos pareja porque tú no quieres.

—Conrad...

—Se trata de mi hijo, no hay nada más importante para mí.

—Lo sé y por eso dejo que te impliques, pero...

—No quiero que me impliques, quiero que seamos una familia —se acercó y le acarició la cara, pero ella se apartó, como solía hacer siempre, y bajó la cabeza—. Te amo.

—Ya hemos hablado de esto.

—No, tú sola has dado por hecho que nuestro interés por ti únicamente porque llevas a mi hijo, y no es así, ya tenía asumido que me había enamorado de ti mucho antes.

—Ahora no es el momento, tú y yo estamos siendo arrastrados por un montón de emociones, y yo por un revuelo hormonal enorme, así que, por favor... dame un poco de espacio.

—Ok —respiró hondo y le sostuvo la mirada—. Es un niño, otro Conrad.

—¿Qué?

—Todos los primogénitos de mi familia se llaman como el padre.

—El hijo mayor de Bradley se llama Edward.

—Se llama Bradley Edward... Un segundo... —el móvil le vibró en el bolsillo y al ver que se trataba de un número en concreto respondió—. Coronel Williams.

—Tenemos un código rojo, coronel.

—Voy para allá.

Colgó y la miró a los ojos, ella asintió y él le besó la frente antes de salir corriendo.

Veintinueve de diciembre, hacía un día que no veía a Conrad Williams y lo agradecía, porque la iba acabar volviendo loca si no se apartaba un poco y la dejaba respirar.

Daba por hecho que era un tío voluntarioso, firme y muy insistente, porque había llegado muy lejos en su carrera, y siendo muy joven, y porque a ella la había conquistado a fuerza de perseverar y no rendirse, pero con el tema del bebé la tenía mareada, y encima asociándose con sus padres que lo adoraban. Incluso a su hermano se lo había metido al bolsillo y ya iban juntos a jugar al béisbol o a tomar una cerveza al club de oficiales de Henderson Hall. Increíble.

Se tocó la tripa y sonrió. Era digna de estudio la transformación que sufrían algunos hombres ante la paternidad. Con Conrad Williams el cambio estaba siendo brutal, y daba gracias a Dios por eso, porque nunca lo había imaginado como un padre entregado y saber que su hijo iba a contar con él siempre y en todo momento, solo podía alegrarla y darle tranquilidad.

Otra cosa era su relación de pareja, que esperaba volver a discutir más adelante, cuando el niño ya hubiese nacido, el *shock* hubiese pasado y pudieran hablar como dos personas normales, libres de presiones, y no como dos padres obnubilados por la llegada inesperada de un bebé.

—Doctora, la llama Martina Williams por la línea uno —le dijeron desde la centralita al coger el teléfono fijo y se quedó un poco perpleja al oír el nombre.

—Gracias. Hola —pulsó la línea uno y oyó la voz de una mujer que la saludaba en español.

—¿Anna?, soy Martina, la mujer Bradley, el primo de Conrad, espero no molestar, pero...

—¿Martina?, claro, ¿qué tal?, ¿cómo estás?

—Creo que igual que tú, de casi seis meses, pero todo bien, y enhorabuena por el bebé, ya nos ha contado Conrad que es un niño. Felicidades.

—Lo mismo digo. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Vaya, tienes mucho acento gaditano, que gracia.

—Ya, mi madre es de Cádiz y vivimos algún tiempo en Rota.

—Se nota, escucha, solo te llamo porque Brad juega en Washington el primer fin de semana después de la Nochevieja y quería invitarte al palco del FedEx Field, a ti y tu familia, claro. Conrad nos contó que os gusta el fútbol americano y así podríamos conocernos, ya sabes que ellos son como hermanos, lo queremos muchísimo y nos encantaría pasar tiempo contigo.

—Creo que mi padre y mi hermano matarían por ir un palco del FedEx Field.

—¿Está hecho entonces?

—Sí, claro, muchísimas gracias.

—Espero que podamos quedar y hacer algo de turismo, me llevaré a Eddie y a Matthew.

—Cuenta con ello, yo me ocupo de sacaros a pasear.

—Genial, Anna, no sabes cuántas ganas tenemos de conocerte, de hecho, Brad quiere saludarte ahora mismo. Espera un segundo.

—¿Anna? —preguntó de pronto ese hombre, que era una de las personas más famosas del país, y ella se puso de pie de la emoción que le entró—. Encantado de saludarte, mi primo no para de hablar de ti desde hace meses.

—El placer es mío, Bradley. Vaya, no sé ni qué decir.

—Nada, ya somos familia. Mi ayudante, Paula, se ocupará de mandaros un coche para llevaros

al estadio y nos conoceremos al fin. Ella se pondrá en contacto contigo hoy o mañana.

—Muchísimas gracias.

—¿Qué tal estás?, ¿qué tal mi sobrino?

—Todo bien, gracias a Dios.

—Me alegro mucho. Solo era eso, te dejamos seguir trabajando, nos vemos dentro de una semana y cuídate. Adiós.

Le colgó y ella parpadeó mirando el auricular como una idiota.

Cuando se lo contara a Andy iba a flipar en colores, pensó buscando el teléfono móvil, pero antes de encontrarlo la puerta de la consulta se abrió y apareció Conrad seguido por la enfermera.

—Lo siento, doctora, se ha colado descaradamente y usted tiene un paciente dentro de cinco minutos.

—No pasa nada, Millie. Adelante, Conrad, ya me extrañaba a mí no haberte visto en casi veinticuatro horas. ¿Qué pasa? —se puso seria al ver su cara y él bufó indignado observando como la enfermera desaparecía cerrando la puerta.

—Podrías empezar por decirle a tu asistente quién soy yo, para que deje de tratarme como a un puto desconocido.

—Es nueva, ya se acostumbrará. Acabo de hablar con tu primo Bradley, es...

—¿Te ha llamado?

—Sí, él y su mujer, son muy majos. Era para invitarnos al palco de los Redskins... ¿qué pasa?, ¿estás bien?

—Me movilizan, Anna, salgo dentro de dos horas, solo he venido para despedirme y... —sacó un sobre marrón, acolchado y grande con el membrete de la Marina, y lo dejó encima del escritorio—. Guarda esto, son documentos y algunas instrucciones y... en fin... no sé cuándo volveremos a vernos, pero ahí está todo previsto.

—¿Previsto para qué?

—Son los papeles del seguro y de la Marina, de mi abogado... ahora, con el bebé, es importante que te los quedes tú cuando yo me vaya fuera.

—¿Qué estás diciendo?, mi padre solo hablaba así cuando se iba a una zona muy conflictiva y tenía miedo de...

—Yo siempre voy a zonas conflictivas. Ven...

La agarró y se la puso delante, le abrió la bata, le subió el jersey y le besó la tripa con los ojos cerrados. Ella sintió un miedo concreto en el centro del pecho y se le llenaron los ojos de lágrimas, así que levantó la mano y le acarició el pelo.

—Seguro que va todo bien, tú procura volver pronto.

—Sí —se enderezó e intentó besarla, pero automáticamente ella se apartó, le cogió la cara con las dos manos y le dio un par de besos en las mejillas.

—Es raro verte preocupado.

—No sé qué me pasa, tengo una sensación extraña, pero mi sargento mayor dice que es porque ahora dejo un bebé en casa, uno que todavía tengo que conocer.

—Claro y aquí estaremos esperándote —le sonrió, él la agarró por la nuca y la abrazó muy fuerte, luego se apartó y forzó una sonrisa.

—No sé cuándo podré volver. Si necesitas localizarme hazlo a través de un teléfono que te dejé con los papeles —le señaló el sobre—. Tardan en dar conmigo, pero antes de veinticuatro horas seguro que respondo.

—Ok, cuídate mucho. Hasta pronto.

—Adiós.

La miró con un poco de amargura, con los ojos muy brillantes, le rozó la cara con un dedo, se dio la vuelta y se marchó. Anna se quedó quieta, se sentó en el escritorio y sin saber por qué se echó a llorar.

Se sentó en la cama de golpe, asustada, y miró la hora, las ocho de la mañana, pero de un día festivo, concretamente del 1 de enero y no le tocaba ir a trabajar. Afortunadamente, porque estaba muy cansada y necesitaba descansar.

Se movió un poco y notó un bulto debajo de la almohada, cerró los ojos y recordó que se había dormido abrazada a esa cajita de Tiffany y a la nota que la acompañaba:

“Te quiero, quiero casarme contigo, no me ha dado tiempo a pedírtelo como es debido, pero tampoco lo necesitamos, solo ponte el anillo y reconoce que me tú también me quieres”

Decía la notita y ella había llorado leyéndola, porque le había provocado un vuelco en el corazón que no le había gustado nada, y se había pasado toda la tarde dándole vueltas a su marcha y a la cara desolada que tenía, y a esos ojos tan bonitos que la habían mirado como despidiéndose de verdad y para siempre.

Esa era la cruz de las familias de los militares o los Marines, las separaciones, las misiones, los traslados, las despedidas... lo había vivido desde pequeña y creía que ya estaba inmunizada, pero no era así. Su padre llevaba más de diez años inactivo, sin salir a terreno, y eso había supuesto un enorme alivio para todos, especialmente para su madre, y volver a pasar por ahí con Conrad dolía un montón, removía demasiadas cosas, pero estaba dispuesta a sobrellevarlo.

Abrió la cajita y se probó el solitario, era precioso, clásico, perfecto, pero no se atrevía a ponérselo, así que se lo sacó como si fuera de otra persona y lo devolvió a su estuche, lo dejó en la mesilla y de reojo miró el resto de papeles que también le había dejado y que daban escalofríos: su testamento, sus documentos de la Marina, sus seguros, un poder y una nota donde le pedía que estuviera o no presente bautizara al bebé con su nombre.

“Te dejo un poder para que inscribas al bebé, si no estoy aquí, como Conrad Williams, mi abogado ya está al tanto, pero lo dejo por escrito. No me lleves la contraria y que sea Conrad, por favor, es un buen nombre y es el nombre de su padre. Sé que lo entiendes y que en el fondo te gusta tanto como a mí.”

Todo aquello daba miedo, incluso a ella, que no solía asustarse tan fácilmente, y lo había devuelto todo al sobre sin mirarlo, con la intención de devolvérselo en cuánto regresara y se le pusiera delante y pudiera echarle una buena reprimenda por andar trajinando con esas cosas que solo contribuían al temor y al caos.

—¿Annie?, ¿estás despierta, cariño? —Su madre entornó la puerta y ella la miró sonriendo—. Me gusta tanto entrar en tu cuarto y encontrarte aquí.

—Y a mí me encanta esta cama, ¿qué pasa? —se sentó al ver su cara descompuesta y ella movió la cabeza.

—Seguramente nada, pero los telediarios dicen que una unidad de inteligencia de los Marines, que andaba en Idlib, en Siria, fue arrasada anoche... no hay supervivientes y... ¡Anna, no corras!

Se levantó de un saltó, agarró su teléfono móvil y voló por las escaleras hasta la cocina donde su padre estaba viendo la CNN con una taza de té en la mano. Se le acercó y él la miró negando con la cabeza antes de abrazarla y darle un beso en el pelo.

—Aprovecharon la celebración de Nochevieja y arrasaron varios poblados, y a una unidad de

inteligencia nuestra que se supone andaba por la zona.

—¿No se sabe nada más?. Conrad no me dijo su destino, pero seguro que... ¿papá?

—No, tesoro, no se sabe nada más, pero tampoco lo sabremos si se trata de una unidad de las Fuerzas Especiales, ya sabes que eso es información confidencial.

—Pero... —se tocó la tripa y el bebé le dio una patada, la primera de verdad y se echó a llorar mirando a sus padres—. Necesito saber qué pasa, llama al tío Peter, por favor, o a quién sea.

Se sentó en una silla sin perder de vista las noticias, que mostraban el desastre y hablaban de aviones rusos bombardeando a mansalva cinco ciudades de la provincia noroccidental de Idlib, y observó de reojo como su padre hacía unas llamadas mientras su madre, llorando también, le preparaba una tila. Agarró el teléfono y llamó a Robert Williams, que le respondió de inmediato.

—Hola, Bobby, no sé si has visto...

—Lo he visto, estoy de guardia y llevamos viendo los boletines desde hace una hora.

—¿Y no tienes forma de contactar con tu hermano?

—No, en casos así son ellos los que se ponen en contacto con la familia, pero, de todas maneras, no sabemos dónde está exactamente, igual le ha pillado en otra parte...

—Si estuviera en otra parte creo que habría dado señales de vida para tranquilizarnos, ¿no?

—Nunca se sabe, Anna, igual anda perdido por Afganistán y ni se ha enterado.

—Espera... —miró a su padre y él asintió pasándose la mano por la cara.

—Dice Peter que es la unidad de Conrad, pero que no tienen noticias concretas, solo saben que fue ayer 31 de diciembre a las seis de la tarde. Están todas las comunicaciones suspendidas.

—Madre mía... Bobby...

—Ya lo he oído, voy a llamar a mis padres y a mover algunos hilos, a ver qué pasa, tú tranquila, ¿ok?, ¿dónde estás?

—En casa de mis padres.

—Vale, seamos optimistas. Te llamo con lo que sea. Un abrazo.

—Un abrazo —volvió a sentir al bebé y miró a su madre limpiándose las lágrimas con papel de cocina—. Me ha dado una patada, se mueve mucho, como si supiera que...

—Cariño —ella la abrazó y le acarició la tripa—. No sabemos nada, pero seguro que está bien. Voy a encender una vela a la virgen mientras esperamos novedades, ¿vale?

—Peter dice que me llamará en cuanto sepa algo, tesoro, lo importante es que estés tranquila. Tómate esa tila.

—Voy a ducharme.

Subió a su cuarto y se metió debajo de la ducha rezando, aunque hacía mucho que no rezaba así, y se vistió para estar preparada para lo que fuera. Volvió al dormitorio, hizo la cama tranquilamente y miró la cajita de Tiffany que reposaba encima de la mesilla de noche, la cogió, la abrió y se puso el anillo dándole un beso con los ojos cerrados.

—Estés donde estés, Conrad Williams, mándame una señal si no quieres que te estrangule con mis propias manos...

—¡Anna! —llamó su padre por el hueco de la escalera y ella se asomó de un salto.

—¿Qué ocurre?

—Peter dice que han evacuado a todos nuestros hombres, a todos, tras el bombardeo de Siria, salieron hace horas en un transporte militar urgente. Llegan a College Park a las cinco de la tarde.

—¿A todos te refieres a las Fuerzas Especiales?

—Me refiero a todos, vivos o muertos, hay heridos graves.

—Ok, ok... voy a llamar a su hermano. Gracias, papá.

—Siguen incomunicados por seguridad y muchos teléfonos móviles personales se quedaron en campamentos fuera de la zona, no me ha podido confirmar nada sobre Conrad, pero al menos vienen para casa.

Aquella era una buena noticia, porque vivo o muerto volvería a casa, pensó tratando de ser práctica, y llamó a Robert, luego a sus padres, que la tranquilizaron un montón y que la trataron con sumo cariño, e incluso habló con Bradley y Martina Williams, que la llamaron desde Boston para ver si necesitaba algo y comprobar que estaba bien, y así con mucha gente que estuvo dando ánimos a la par que las noticias no mejoraban en la tele, no aclaraban nada y el tiempo pasaba muy lento... muy despacio... torturándola con la incertidumbre y, sobre todo, con el tremendo sentimiento de culpa que tenía encima.

Si por desgracia le había pasado algo grave no se perdonaría jamás haberle negado un beso de despedida, no haberle devuelto un “te quiero”, no haberlo tranquilizado ante la sensación de incomodidad que tenía y que le había confesado en su consulta. No haberle dicho que lo amaba con toda su alma y que lo esperaría siempre. No se perdonaría haberlo puesto a prueba de manera absurda durante un mes entero, negándose ante la evidencia de que era cierto, él la quería, quería a su bebé y quería formar de verdad una familia con ella.

No se podría perdonar haberlo tratado mal y cuestionado sus sentimientos, no se podría perdonar haberle dado de lado y haber sido desagradable con él sin ninguna necesidad. No se lo podría perdonar en la vida, así que necesitaba que volviera sano y salvo, cuanto antes, para abrazarlo, decirle que estaba enamorada de él y que nunca, nadie, podría volver a separarlos.

—Annie, ya están aquí y Robert Williams también, ¿quieres venir con nosotros o...?

—Yo voy, papá, por supuesto que voy.

Salió del dormitorio poniéndose el abrigo y bajó las escaleras para salir al jardín nevado donde su madre estaba hablando con Bobby mientras un coche oficial de la Marina los esperaba para llevarlos a Maryland, al Aeropuerto Militar College Park, donde aterrizaría, pasadas las cinco de la tarde, el avión con los evacuados de Siria.

El tío Peter había firmado una autorización para dejarlos entrar en el recinto, para que pudieran ver antes que nadie a los recién llegados y comprobar de primera mano que Conrad volvía con el grupo, y en qué condiciones se encontraba, y estaba decidida a presentarse allí y ver la cruda realidad de primera mano y en seguida, era imposible que alguien la retuviera en casa ante semejante tragedia, y se subió al coche forzando una sonrisa para Bobby Williams, que parecía tan tenso y angustiado como ella.

—Desde que te vio en tu consulta hace casi un año se prendó de ti —le dijo bajito cuando iban por la carretera, los tres en silencio, y ella lo miró con lágrimas en los ojos—. Le has cambiado la vida y te necesita, Anna.

—Lo sé y yo a él.

—Si vuelve entero, que estoy seguro de que será así porque es más duro que una piedra, espero ser el padrino de esa boda y cuánto antes mejor.

—Vale.

La sonrió, le apretó la mano y se concentró en el paisaje para distraerse y pensar en los ojos azules y enormes de Conrad Williams, en su risa y en el calor de su cuerpo, que la volvía loca, hasta que llegaron a College Park con media hora de adelanto y el corazón le dio un vuelco al ver varias ambulancias esperando a pie de pista, así como coches fúnebres del ejército aparcados junto a los hangares.

Su padre notó su desconcierto, la abrazó por los hombros y la metió dentro de una sala de espera desangelada y muy fría, por cuya única puerta de acceso a las pistas debía entrar Conrad, o no, y se desplomó en una horrible butaca de plástico a rezar en silencio, agarrada a la estampita de la virgen del Rocío que su madre le había metido en el bolsillo del abrigo.

—Están aterrizando —anunció Bobby, mirando por un pasillo lateral acristalado y ella se levantó para ver el avión militar tomando pista sobre la nieve—. Ya están aquí.

Su padre la abrazó y se quedaron los tres mudos viendo rodar al inmenso avión por la pista hasta llegar al edificio principal. Tragó saliva y contuvo el aliento al ver cómo les acercaban una escalerilla y se abría la parte trasera del aparato para evacuar cuatro ataúdes de campaña, cerró los ojos y Robert dio un golpe en el cristal.

—Ahí está, ahí está, un poco maltrecho, pero ahí está.

—Bendito sea Dios.

Soltó su padre y ella lo vio a lo lejos, vestido de uniforme, inconfundible por su altura, cojeando y arrastrando una muleta, pero entero, y se echó a llorar observando como caminaba hacia la parte trasera del avión y se quedaba allí pendiente los ataúdes hasta que los subieron a los vehículos funerarios.

Lo siguiente fue ver la evacuación de algunos heridos, menos de los que esperaban, afortunadamente, y la llegada de un *jeep* al que Conrad se subió el último, después de que el avión quedara vacío y la zona se despejara como por arte de magia.

—Bueno, tu madre querrá hacer una Novena, voy a llamarla.

—Yo voy a llamar a mis padres.

Susurró Robert muy contento y ella se quedó mirando la puerta de llegadas con el corazón en un puño, acariciándose la tripa y sin saber muy bien qué hacer hasta que de pronto aquello se abrió y lo vio aparecer detrás de un pequeño grupo de Marines, muy sucio y con sangre seca en el uniforme, con cara de agotamiento, hasta que levantó los ojos azules, la descubrió y sonrió iluminando todo el aeropuerto.

—Lo siento mucho —le dijo corriendo y saltando para abrazarlo con todo el cuerpo y él se aferró a ella a pesar de la pierna herida.

—Hola, pelirroja, ¿qué haces tú aquí?

—Como vuelvas a hacerme algo parecido te mataré con mis propias manos —le dijo al oído y él soltó una risa suave.

—¿Con estas manos?, imposible... —la posó suavemente en el suelo, la miró con los ojos llenos de lágrimas y luego le besó las manos descubriendo el anillo de pedida—. Vaya, al menos ha servido para algo.

—Iba a decir que sí de todas maneras —le agarró la cara y le besó los ojos y luego la boca y se echó a llorar acurrucándose contra su pecho—. Te amo, más que a mi vida, Conrad Williams, más que a mi vida, y tú lo sabes.

EPÍLOGO

Casi dos años después

—¿Sabes cuántas patatas necesitaremos para tanta gente? —Martina entró en la cocina y ella saltó—. Lo siento, no quería asustarte.

—No te preocupes, estaba distraída... pues habrá que preguntárselo a mi madre, pero por encima calculo que un kilo por lo menos.

—Deberíamos haber encargado la comida, te lo digo en serio.

—¿En Acción de Gracias?, ni hablar, esto es un curro familiar —miró a Martina a los ojos y ella movió la cabeza resignada—. Empezaremos con un kilo y luego vamos viendo. ¡Madre mía!

—¿Qué?, ¿estás bien?

—Sí, sí, solo un poco mareada.

Se tocó la tripa y respiró hondo. Era increíble, cinco meses de embarazo y el nuevo bebé ya le estaba dando mil problemas más que Conrad, que le había regalado un embarazo dulce y feliz a pesar de los sobresaltos.

Se apoyó en la encimera y miró hacia el jardín donde Bradley Williams había organizado un partidillo de fútbol con Conrad, Eddie, Andy, Robert y su novia Kim, mientras eran observados por los más pequeños, Matthew, Alex y Conrad, con los ojitos muy abiertos.

Miró a su hijo y se le llenó el corazón de ternura. Era tan guapo, y tan dulce, que se lo quería comer a besos a todas horas, y sonrió al ver que se agarraba al cuello de su abuelo Andrew sin perder de vista el partido mientras a su lado su madre, del brazo de Sue, la mujer de Andy, que también estaba embarazada, y los padres de Conrad y Bobby, sus suegros, disfrutaban en grande del día de fiesta con ellos en Washington.

Respiró hondo y volvió a dar gracias a Dios por todo lo que tenían.

Hacía casi dos años a punto había estado de perderlo todo, porque sin el amor de su vida, sin Conrad, nada habría sido igual, pero apartó el recuerdo de ese ataque en Siria, donde habían muerto dos de sus camaradas más queridos, y se alejó de la ventana para ayudar a Martina con los primeros pasos de la cena de Acción de Gracias, la primera que celebraban en su casa, y que esperaba fuera el principio de muchas similares durante el resto de sus vidas.

Terminó de rellenar el pavo y lo pusieron en el horno, se enfrascaron en hacer las guarniciones y en charlar, siempre en español cuando estaban solas, y contestó un par de llamadas del hospital. Tenía dos pacientes en estado crítico en la UCI y no podía abandonarlos, así que se pasó un rato oyendo los informes y dando instrucciones hasta que aparecieron su madre, su suegra y su suegro, para ayudarles en la cocina.

—Jamie y Conrad están muy altos para tener solo dieciocho meses —comentó su madre y su suegra movió la cabeza.

—Los Williams siempre son más alto que la media, ¿verdad, Martina?

—Sí, clarísimo.

—Mi abuelo Mark medía un metro ochenta y cinco allá por los años veinte, cosa muy rara —comentó Parker, su suegro—. Mi padre llegó al metro noventa en los años cuarenta y nosotros

también, algunos primos han alcanzado los dos metros...

—Ay, no, tan altos tampoco —bromeó Audrey—, aunque nuestros nietos australianos van por ese camino.

—Mientras estén sanos todo va bien —opinó su madre.

—¡Mami!, hemos marcado un *Touchdown* y no lo has visto —Conrad entró con su hijo en brazos y se lo acercó para que le diera un beso. Ella le besó la frente y lo cogió peinándole el pelo rubio y observando con atención sus enormes ojazos azules.

—Parece que no hay rastro de fiebre.

—No, está perfecto. No has visto el partidillo.

—Estamos cocinando, mi vida —le tocó la cara y él hizo amago de morderle la mano.

—Vale, ¿en qué puedo ayudar?

—Hay que ir poniendo la mesa y ocúpate del niño, por favor, tengo que llamar al hospital. Ahora vengo, mi amorcito.

Le dio un beso al niño, otro a Conrad, que la miraba con los ojos brillantes, y le sonrió antes de girarse hacia la escalera y subir a su dormitorio para charlar más tranquila con la enfermera de guardia.

Subió los peldaños mirando las fotografías que empezaban a llenar la pared, y que eran principalmente de Conrad Andrew Williams, su primogénito, que había venido al mundo sin novedad un 1 de abril, y se detuvo un segundo para mirar las dos que tenía de su boda, su preciosa boda religiosa en la iglesia católica de San Patricio, en el centro de Washington D.C., solo dos meses antes del nacimiento del bebé.

Conrad se había empeñado en casarse antes de que naciera el niño, le daba igual dónde o cómo, y su madre había conseguido que su párroco de cabecera les diera una fecha en su iglesia justo un mes después de que él regresara bastante conmocionado de Siria, donde había sobrevivido de milagro a un ataque indiscriminado que no habían sido capaces de prever, así que no se había podido negar y se habían casado acompañados por los más íntimos en una ceremonia católica (aunque él no lo fuera), y tan felices que los dos habían acabado llorando en el altar.

Siempre que miraba las fotos de su boda, ella tan contenta con su sencillo vestido blanco premamá comprado en el último momento, y su flamante marido maravilloso con su uniforme de gala, se echaba a llorar, porque aquel 1 de febrero había sido uno de los días más felices de su vida, sabía que también para sus padres, y aquello no tenía precio.

Se limpió las lágrimas y miró de reojo otras fotografías, alguna de sus vacaciones en España, con su familia de Cádiz, donde Conrad se sentía como en casa, la primera navidad del bebé, su visita a Long Island para conocer donde había crecido, o las de Boston para ver a Brad y a Martina, que se habían convertido en padres de una niña, la primera en tres generaciones Williams, solo quince después del nacimiento Conrad.

Un verdadero acontecimiento familiar de la que también tenía una foto en la escalera, concretamente del multitudinario bautizo de Alexandra, la preciosa Alex, que era su ahijada y el ojito derecho de su entregado padre.

Lo cierto es que se estaban construyendo una buena vida, una familiar y muy tranquila en una casa que habían comprado en la misma calle de sus padres y, aunque desde que él había regresado de Siria no se habían vuelto a separar, estaban empeñados en pasar todo el tiempo posible juntos. Esa era una de las premisas de su relación, no separarse, porque ya bastante tiempo les robaban sus respectivos trabajos, así que se esforzaban muchísimo por coordinar horarios y días libres, y

de momento el invento les estaba funcionando muy bien.

Ella seguía trabajando en el hospital, con jornada reducida desde que se había quedado embarazada otra vez, y él en el Pentágono, en Washington, desde un puesto en la retaguardia, más tranquilo, pero con la misma responsabilidad de siempre y con el mismo estrés que necesitaba para vivir, así que no se podían quejar.

—Marion, seguimos con el antibiótico que prescribimos ayer. Le dije al doctor Peters que no ampliara los fármacos porque con esto es suficiente.

—Lo que usted diga, doctora.

—Y al señor Franklin... —sintió las manos de Conrad abrazándola con todo el cuerpo para acariciarle el vientre y saltó porque no lo había oído entrar—. Si no hay empeoramiento de aquí a seis horas también lo dejamos igual, creo que el tratamiento está funcionando así.

—Tomo nota.

—Gracias y cualquier cosa me llamáis, tendré el móvil encendido.

—Estupendo y feliz Acción de Gracias, doctora Williams.

—Mmm, doctora Williams —susurró él lamiéndole el cuello y Anna movió la cabeza—. Me encanta que te llamen doctora Williams, me pone cachondo.

—Nadie hace caso a lo de Pine-Williams, así que, qué remedio. ¿Qué tal todo abajo?, ¿dónde está Conrad?

—Con los abuelos —no la dejó moverse y subió la mano por debajo de su camiseta—. Me pones muchísimo, Anna Williams, cada día más —la hizo girar para pegarle un beso de los suyos, uno intenso, caliente y muy apasionado, y después la miró a los ojos—. Venga, uno rápido, nadie nos echará de menos.

—No, no pienso acostarme contigo teniendo a toda nuestra familia en el salón.

—No tienes que acostarte conmigo, solo sácate los vaqueros y yo me ocupo de lo demás.

—¡Conrad!

—Venga —la llevó al cuarto de baño y cerró la puerta con seguro—. Están organizando la navidad en Polson, han invitado a tus padres y como Andy se va con Sue a casa de sus suegros, pues...

—¿Montana? —observó cómo se sacaba la camiseta y dejaba a la vista ese cuerpazo estupendo que tenía y luego lo miró a los ojos—. No sé...

—Será la primera reunión familiar de los Williams en diez años, incluso viene Parker de Australia. Preciosa —le bajó los vaqueros y la sujetó por el trasero—. El tío Robert y mi primo Taylor lo tienen todo previsto, te encantará... Dios, cómo te deseo, pelirroja.

—¿Montana? —repitió antes de sentirlo encima y él asintió besándola y apoyándola sin ningún esfuerzo contra la pared.

—Sí, Polson, Montana y ahora, si no te importa, señora Williams, solo bésame y déjate llevar.

INFORMACIÓN SOBRE LA AUTORA

Emma Madden es periodista, trabaja desde hace diez años en el mundo de las celebrities y los famosos. Nació en Madrid, pero reside en Londres con su marido, al que le debe su apellido.

Lleva muchos años escribiendo, debutó en 2019 con la Serie DIVAS, que incluye CHLOE, GISELLE y PAISLEY, una serie romántica dedicada a tres mujeres fuertes, ricas y famosas, y continuó con la Serie SUEÑO AMERICANO, que incluye BRADLEY, CONRAD y TAYLOR, dedicada a tres hombres de una misma familia, con profesiones muy diversas, y que representan la quintaescencia del sueño americano.